

BOLIVAR

Y su Campaña Admirable

Juvenal Herrera Torres

Ediciones FARC-EP
Segunda Marquetalia



BOLIVAR Y SU CAMPAÑA ADMIRABLE

Juvenal Herrera Torres

DEDICATORIA:

A mi Victoriosa
A los bolivarianos que trabajan
por construir una Nueva Colombia
A los hermanos de la República
Bolivariana de Venezuela
A mis hijos

**BOLIVAR Y SU CAMPAÑA
ADMIRABLE**
Juvenal Herrera Torres

Cuarta Edición Caracas, 2020

Primera edición Caracas, 2003.

Segunda edición Caracas, 2003.

Tercera edición Caracas, 2005.

Lecturas Bolivarianas
Ediciones Convivencias de la
Corporación Bolivariana Simón Rodríguez

Ediciones FARC-EP, Segunda Marquetalia

CONTENIDO

PRÓLOGO	9
LA “CAMPAÑA ADMIRABLE” DE BOLÍVAR RECORDADA POR JUVENAL HERRERA TORRES	9
El decreto de “Guerra a Muerte”	14
El reformador revolucionario	16
PROLOGO A LA PRIMERA EDICIÓN	21
PRESENTACIÓN DE LA SEGUNDA EDICIÓN	25
EN EL PRINCIPIO FUE EL VERBO	27

MEMORIA DIRIGIDA A LOS CIUDADANOS DE LA NUEVA GRANADA POR UN CARAQUEÑO.	33
DE LA ELOCUENCIA A LA ACCIÓN.....	45
LAS “ESCARAMUZAS” DEL RÍO	49
LOS LÍMITES NO PUEDEN LIMITARNOS	59
GRANADINOS: VENEZUELA Y LA AMÉRICA ENTERA NOS ESPERAN	63
LA MARCHA SOBRE MERIDA.....	71
MANIOBRA DE BARINAS, TOMA DE TRUJILLO.....	83
¡GUERRA A MUERTE A LOS OPRESORES!	91
LAS MUJERES GUERRERAS- LA MARCHA ENVOLVENTE	111
LOS LIBERTADORES ENTRAN A BARINAS.....	121
LOS LIBERTADORES MARCHAN VICTORIOSOS A CARACAS	127

SIMÓN BOLÍVAR: PRECURSOR Y CREADOR DE LA REPÚBLICA DE COLOMBIA	137
ATANASIO GIRARDOT: HÉROE DEL INTERNACIONALISMO BOLIVARIANO.....	151
“Ley de la Republica de Venezuela para honrar.....	152
la memoria del coronel Atanasio Girardot:.....	152
MANIFIESTO BOLIVARIANO A LAS NACIONES DEL MUNDO	163
EPILOGO	171
BIBLIOGRAFIA.....	175

PRÓLOGO

LA “CAMPAÑA ADMIRABLE” DE BOLÍVAR RECORDADA POR JUVENAL HERRERA TORRES

Por Miguel Urbano Rodríguez (Portugal)

“Es que el pensamiento de Bolívar –como acontece con el pensamiento de hombres como Carlos Marx-, trasciende los tiempos. Tiene y tendrá continuadores. Por eso se habla del pensamiento bolivariano, como se habla del pensamiento marxista. Cada cual, naturalmente, con sus propios esquemas y acentos. Uno y otro, partiendo de mundos y realidades diferentes, hicieron la crítica fulminante de la opresión existente y trazaron caminos a los pueblos” (Juvenal Herrera Torres, en Bolívar, la libertad del ser y del pensar, p. 119).

Nos es frecuente sentir el deseo de escribir sobre un libro inmediatamente después de leerlo. Eso aconteció ahora con **Bolívar y su campaña admirable**¹

1 JUVENAL HERRERA TORRES: Bolívar y su Campaña Admirable. Corporación Bolivariana Simón Rodríguez, Caracas, Venezuela, 2003.

Conocía ya otras obras del autor. Apreciaba de modo especial Simón Bolívar – El hombre de América, presencia y camino², un ensayo fascinante sobre el gran revolucionario latinoamericano.

Juvenal Herrera Torres es un colombiano de Medellín, mirado en su país por los intelectuales de la oligarquía como historiador maldito. No le perdonan su esfuerzo como académico y escritor por “recuperar” a Bolívar y reflexionar sobre la actualidad de su pensamiento y de su obra. Al contrario, hace días en La Habana hablamos durante muchas horas de Bolívar y de la telaraña de calumnias que las fuerzas más reaccionarias del continente continúan montando alrededor del hombre, del político y del revolucionario.

Desde la insurrección que abrió el camino hacia la I República en Venezuela, la vida de Bolívar ha sido una batalla ininterrumpida por la independencia y la unidad de los pueblos de América Latina. Precisamente por haber sido un revolucionario, el Libertador se transformó en pesadilla para las fuerzas que han hecho todo lo posible por destruir su obra y apagar su memoria. No siendo posible ignorar su intervención en la historia, han creado el mito de los dos Bolívares: rinden homenaje al general victorioso, pero satanizan al estadista y al reformador social.

Juvenal Herrera desmonta de su último libro esa tesis fantasiosa. Para ello utiliza como instrumento una de las campañas menos conocidas de Bolívar. El discurso del historiador es transparente y permite al lector, colocado en el escenario temporal de los acontecimientos, acompañar la historia en movimiento día a día. Es de los actos y palabras que nace la evidencia: entre el militar y el político no hay contradicciones, al contrario, hay una gran armonía. Son complemento el uno del otro.

Es natural que la memoria de la campaña de Bolívar en 1812-13 sea muy incómoda para las oligarquías colombiana y venezolana. Ella quedó como marco de una asombrosa hazaña militar, con implica-

2 JUVENAL HERRERA TORRES: Bolívar, el Hombre de América – Presencia y Camino-. Segunda edición: Universidad Autónoma de Guerrero, México, 2001.

ciones políticas continentales y llamó la atención de los pueblos de América sobre el genio del joven que la concibió y ejecutó.

Bolívar tenía 29 años cuando en Cartagena –uno de los últimos reductos en el Caribe de la rebelión contra la corona española- ofreció sus servicios al Congreso de la Nueva Granada. El coronel Manuel Castillo, que era comandante militar con Labatut de aquel bastión independentista, no ha tomado en serio el pedido del joven caraqueño que había llegado derrotado de Puerto Cabello, en Venezuela. Pero, ante la insistencia, por iniciativa de Camilo Torres, presidente del Congreso de la Nueva Granada, fue confiada a Bolívar una tarea muy secundaria: instalarse con 70 hombres en Barranca, un pueblo de Bajo Magdalena. Quedó claro que su misión sería de simple vigilancia. Le estaba prohibido iniciar cualquier operación militar sin recibir órdenes de Cartagena.

Las tropas españolas ocupaban entonces las principales ciudades de la Nueva Granada. Por la imaginación, talento y concepción estratégica, lo que Bolívar hizo en las semanas siguientes trae a la memoria –guardadas las proporciones, por sus insignificantes recursos humanos y materiales- campañas de Alejandro, Aníbal, César y Bonaparte.

En Barranca, Bolívar reforzó su destacamento de soldados famélicos con 130 voluntarios, construyó diez balsas y navegó río arriba. El 23 de diciembre atacó y tomó Tenerife, defendida por una guarnición de 500 hombres. Venció. Su victoria fue comunicada a Cartagena, pero no aguardó la respuesta. Siguió por el norte, por el Magdalena, y derrotó a los españoles en Mompós. Allí encuentra 15 barcos, y la expedición crece con la adhesión de más de 300 voluntarios.

Las guarniciones realistas – miles de soldados y oficiales- al recibir noticias de su aproximación abandonan las plazas que ocupaban. Bolívar entra así, casi sin combatir, en El Banco, Chiriguana, Tamalameque y Puerto Real. En sólo 17 días limpió de tropas españolas el

valle del Bajo Magdalena.

En enero de 1813 dispone ya de un pequeño ejército de 700 hombres. Para financiar la campaña expropia los bienes de los enemigos de la independencia en los pueblos liberados y grava con empréstitos obligatorios a los vecinos más adinerados.

Antes de iniciar las operaciones militares, el 15 de diciembre, Bolívar había divulgado una proclama que se hizo conocida como El Manifiesto de Cartagena, que anticipó, por el rumbo esbozado y la opción ideológica, a la Carta de Jamaica, a su Discurso al Congreso de Angostura, al Congreso Anfictiónico de Panamá y al proyecto de Constitución para Bolivia.

El Manifiesto de Cartagena es simultáneamente un plan de campaña, una reflexión sobre la historia y la síntesis de su futura estrategia revolucionaria. Según el filósofo Fernando González, “está allí la historia de la revolución hasta 1813, y es y será siempre una enseñanza para Sudamérica”.

Bolívar deja percibir su objetivo inmediato:

“La Nueva Granada ha visto sucumbir a Venezuela: por consiguiente, debe evitar los escollos que han destrozado a aquella. A este efecto presento la reconquista de Caracas como medida indispensable para la seguridad de la Nueva Granada. A primera vista parecerá este proyecto inconducente, costoso, y quizás impracticable, pero examinado atentamente con ojos previsivos, y una meditación profunda, es imposible desconocer su necesidad, como dejar de ponerlo en ejecución, probada la utilidad”.

En Cartagena de Indias y Tunja, donde se instalara el Congreso, las noticias de las victorias de Bolívar provocan reacciones antagónicas. El pueblo las recibe con entusiasmo. Los políticos, con pocas excepciones, y los mandos militares, afirman que Bolívar no respetó

las instrucciones recibidas y está actuando de manera irresponsable, desafiadora. El coronel Castillo identifica en el joven caraqueño un “demente” que no entiende nada del arte de la guerra.

Los comandantes españoles concluyen que Bolívar va a quedarse donde está para consolidar las áreas conquistadas. Sin embargo, su plan es otro. Después de simular que va a subir por el Magdalena para atacar Bogotá, abandona el valle y, en una maniobra rapidísima, el 8 de enero, toma la plaza de Ocaña, punto estratégico que domina los pasos de la Cordillera Oriental de los Andes.

Mientras, en Cartagena, entre los politiqueros, recrudece el clamor contra el “caudillo venezolano”.

Bolívar no rompe, pero no se somete. Solicita incluso autorización para avanzar sobre Cúcuta y Mérida, rumbo a Caracas. Castillo, indignado e intrigante, declara que el proyecto es una “aventura quimérica” propia de una “cabeza delirante”. Pide una corte marcial para juzgar a Bolívar.

La desproporción de fuerzas, en efecto, es enorme. Mientras Bolívar cuenta entonces con 1.600 soldados mal alimentados, peor vestidos y armados, las fuerzas realistas, bajo el mando de Monteverde, disponen de 16.000 hombres (y una excelente artillería) concentrados en lugares estratégicos.

Entre tanto, los enemigos militares del Libertador son derrotados militarmente por los españoles en la Costa, lo que hace cambiar la relación de fuerzas en el Congreso. Camilo Torres, con el apoyo solidario de Antonio Nariño –el gran prócer de la independencia– consigue entonces que Bolívar sea nombrado comandante en jefe. De repente todo cambia, y recibe autorización para avanzar sobre Venezuela.

Esa segunda fase de la campaña fue el complemento natural de la primera. El genio estratégico y táctico de Bolívar se impuso. Confundir un adversario que, al inicio, tenía sobre él una superioridad de

diez a uno ha sido su permanente preocupación. Cartas con planes falsos aprehendidas a mensajeros suyos, ayudaron mucho, desorientando al enemigo. Nunca estaba donde los peninsulares lo imaginaban, y aparecía cuando y donde era menos esperado. El 23 de mayo entró en Mérida.

No cabe aquí una síntesis de lo que fue su cabalgata. A fines de julio destrozó a los realistas en Taguanes después de expulsarlos de Trujillo. Avanza sobre Valencia y la ocupa, y el 6 de agosto es recibido triunfalmente en Caracas, abandonada por el ejército español. En menos de ocho meses, durante los cuales recorrió más de dos mil kilómetros, obligó a las fuerzas realistas, repetidamente derrotadas, a retirarse de un vastísimo territorio de ambos lados de la cordillera, y liberó a Caracas.

El decreto de “Guerra a Muerte”

Juvenal Herrera llama la atención en su libro a la importancia que en la “Campaña Admirable” tuvo una decisión de trascendental significado tomada por Bolívar: el polémico decreto de “¡guerra a muerte!”.

Al ocupar Trujillo, se percató de la indiferencia de la población al recibir a los que llegaban para libertarla.

En Venezuela –al contrario de lo que ocurría en la Nueva Granada, donde la herencia de la rebelión de los comuneros, en el siglo XVIII, había dejado raíces en la conciencia de las masas-, el pueblo no se sentía representado en el discurso de los próceres de la I República. Esta fue creación de una aristocracia de blancos criollos, descendientes de españoles, una casta que, aunque asumiendo los ideales de la Revolución Francesa, mantenía la esclavitud y despreciaba a indios y mulatos. Casi todos esos señores pretendían conservar sus privilegios. El mismo Bolívar pertenecía, por cuna, a esa clase social.

Atentos al sentimiento de las clases oprimidas, los realistas han comprendido que, recurriendo a una política y un discurso demagógicos podrían transformar en aliada a la gran masa de oprimidos. Por un lado, iniciaron una feroz represión contra la clase de los “mantuanos”, la aristocracia blanca. Simultáneamente promovieron el levantamiento de los negros, los indios esclavizados, los mestizos, los libertos. El clero, ultrarreaccionario, ayudó, exigiendo en las iglesias fidelidad al rey de España, Fernando VII, que representaba a Dios. Vale la pena recordar que su padre, Carlos IV, afirmaba públicamente que “un americano no tiene necesidad de saber leer (...) que le baste con reverenciar a Dios y a su representante, el rey de España”.

Como subraya Juvenal Herrera, “Bolívar no olvidaba que mucho más de la mitad de las fuerzas realistas en Venezuela estaba conformada por nativos que habían adquirido el hábito de la obediencia al imperio, que nunca habían sido libres, y, por lo tanto, nada sabían de libertad, y que, por lo tanto, la guerra de independencia tenía al mismo tiempo cierto carácter de confrontación civil”.

Al declarar por decreto una guerra sin cuartel a los ocupantes extranjeros, Bolívar pretendió “divorciar la fidelidad a Cristo de la fidelidad al estado español”. El objetivo era la “sustitución del rey como símbolo de hermandad y justicia, por América y la República”.

“Al oponer la guerra a muerte al odio de castas y razas –comenta Juvenal Herrera- le indicó al pueblo que la brecha no se haría ya según el nivel social o el color de la piel, que la patria era el patrimonio común de todos los nacidos en ella”.

La “Campaña Admirable” no ambicionaba liquidar la dominación española en el continente. Bolívar tenía conciencia de que a corto plazo eso era imposible. Meses después de la reconquista de Caracas, terminada la guerra contra Francia en Europa, España quedó con las manos libres para enfrentar la rebelión de las colonias en América. No pasó mucho tiempo para que el general Pablo Morillo des-

embarcara con un ejército de 15.000 veteranos de las guerras contra Napoleón. Diez años de lucha transcurrieron hasta la capitulación en Ayacucho del último ejército de España en Sur América.

Pero la “Campaña Admirable” fue, además de prodigiosa hazaña militar, una experiencia que permitió a Bolívar conocer mejor los pueblos de la región, reflexionar sobre el tipo de instituciones más adecuadas y estructurar su concepción del ejército libertador.

Para el joven general, el ejército debería ser el pueblo en armas, un instrumento de garantía de las libertades y derechos de la ciudadanía, al servicio de la nación, garantía de su futura independencia.

Datan de esa época sus primeros choques con Santander, que años después sería su principal adversario.

El ejército imaginado por Bolívar no se formó inmediatamente. Fue la dialéctica misma de la guerra la que lo hizo posible. El hecho de que las campañas contra el enemigo obligaron al Libertador a luchar en territorios muy diferentes no hizo más que reforzar sus ideas sobre la necesidad absoluta de la unidad futura de los pueblos de América Latina. El ejército ha sido la primera imagen de la materialización de su proyecto continental. En los escuadrones que, bajo el mando de Sucre vencieron en Ayacucho la última batalla, pelearon, hombro a hombro, colombianos, venezolanos, ecuatorianos, peruanos, bolivianos, panameños, chilenos, argentinos. Fue el primero, y hasta ahora el único, ejército internacionalista de América.

El reformador revolucionario

Cuando, finalizada la guerra, Bolívar trató de aplicar en la Gran Colombia –Venezuela, la actual Colombia, Panamá y Ecuador- sus ideas libertarias, se hizo inevitable el conflicto con muchos de sus generales y los defensores de un parlamentarismo de fachada for-

malmente inspirado en modelos europeos.

Bolívar derrotó a los esclavos, determinó que las tierras fueran restituidas a los indios, instituyó la educación gratuita, creó hospitales, creches, protegió la producción nacional de la competencia con las mercancías importadas, incentivó la industria y el comercio, nacionalizó las minas y decretó el monopolio estatal de todas las riquezas del subsuelo, combatió la corrupción, defendió la soberanía nacional en el diálogo con los EUA e Inglaterra, en la época primera potencia mundial.

Su dictadura del año 1828, tan calumniada por las fuerzas de la derecha, ha sido, por su concepción y fines, una anticipación de la dictadura del proletariado, tal como la definiría Lenin casi un siglo después.

Para las oligarquías locales, que ya detentaban el poder económico, la independencia debería garantizarles el poder político. Se oponían a cambios de fondo en las estructuras sociales y económicas heredadas del imperio español.

Bolívar concluyó que la victoria militar sería inútil socialmente si no adoptaba una política que permitiese la reconstrucción del Estado en beneficio de las grandes mayorías. Sus ideas universales chocaban con el regionalismo conservador, los egoísmos de clase, la arrogancia y las envidias mezquinas de la nueva aristocracia militar y terrateniente.

La Iglesia excomulgó a Bolívar, lo comparó a Satanás mismo. Los enemigos le llamaban el “caudillo de los descamisados”, “monstruo del género humano”, “tirano libertador de esclavos”, etc.

Para el general Francisco de Paula Santander, que consideraba dádiva de la Providencia ser vecino de los Estados Unidos, el ejército debería ser el brazo armado del Estado oligárquico, tal como lo con-

cebía. La propiedad privada era, en su concepción de la democracia liberal, sagrada. Hubo, por lo tanto, lógica en su oposición irreductible al Bolívar revolucionario cuando éste, al regresar del Perú, después de cinco años de ausencia, alarmado con el espectáculo de misera y degradación ofrecido por las masas oprimidas, le escribió:

“No sé cómo todavía no se levantaron todos estos pueblos y soldados al concluir que sus males no vienen de la guerra, sino de leyes absurdas”.

Santander, entonces vicepresidente de la Gran Colombia, lo acusó de querer provocar “una guerra interior en que ganen los que nada tienen, que siempre son muchos, y que perdamos los que tenemos, que somos pocos”.

No sorprende que Washington condenara con vehemencia al proyecto bolivariano de una América Latina unida en una confederación de estados hermanos. Los gobiernos de Monroe y Jhon Quincy Adams identificaban en él “un déspota militar de talento”. Le llamaron “el loco de Colombia”, el “Libertador de esclavos”.

Los agentes consulares norteamericanos en el Perú financiaron conspiraciones contra el revolucionario cuyas ideas y actos eran incompatibles con ambiciosos proyectos de Washington. Uno de los diplomáticos incentivó la invasión de Ecuador, por el ejército peruano de La Mar, un ex general de Bolívar. Otros han dado apoyo permanente al general Obando, responsable del asesinato del mariscal Sucre, el más puro de los grandes soldados de Bolívar.

Como nos recuerda Juvenal Herrera en su importante libro sobre la Campaña Admirable, se asistió en aquella época, tan mal estudiada en las escuelas de América Latina, a una alianza espuria de cuantos se oponían a la concreción del ideal bolivariano que identificaba la guerra de liberación con una revolución social que echara abajo los privilegios y que eliminara todas las formas de opresión y elevara a

sus habitantes al rango de ciudadanos.

Sucre solía decir que Bolívar difería de sus compañeros de armas porque tenía el don de “ver el futuro”.

En 1830, cuando el héroe murió, las clases dominantes celebraron su desaparición física en todo el hemisferio. Creían que su obra había sido destruida para siempre. Engaño. El Libertador desarrolló una unidad orgánica armoniosa entre el pensamiento y la acción. Su ejemplo, su concepción de la unidad latinoamericana, sus lecciones no han sido olvidados. Persisten. El proyecto bolivariano permanece vivo y sus banderas son enarboladas en toda América Latina.

PROLOGO A LA PRIMERA EDICIÓN

Se pierden en los anales de la historia, las batallas de los pueblos por forjar su libertad y construir su nacionalidad; pocas como la Campaña Admirable en la que hombres de una nación (la Nueva Granada) cabalgan sobre tierras vecinas para despojar a un enemigo fratricida y liberar a otra nación.

Fue así como Simón Bolívar, quien después sería aclamado por el pueblo de Venezuela y titulado “Libertador”, diseña un plan, una estrategia, toma en cuenta un momento político y decide dar un salto a la inmortalidad. Es el Manifiesto de Cartagena escrito el 15 de diciembre de 1812, la visión del estratega plasmada en el papel, donde, con máxima elocuencia y sobre todo como una manifiesta e indeclinable convicción, el hombre vislumbra no sólo las adversidades, sino las armas para enfrentarlas y vencerlas, como efectivamente lo hizo; con una audacia sin precedentes logra siete triunfos consecutivos, tres de ellos en la Nueva Granada (Barranca, Tenerife, Ocaña) y cuatro en Venezuela. La habilidad en el desplazamiento y el sentido de la oportunidad triunfa sobre la obvia superioridad numérica y experiencia de combate del ejército español.

Ahora, más allá de una serie de batallas, algunas de ellas ganadas en contra de la voluntad de los propios oprimidos como ocurrió en la provincia de Trujillo en Venezuela, la Campaña Admirable se distingue de los tradicionales combates, por ser conducida por un hombre que tenía la misión de forjar “el americano consciente”, de sembrar los principios de una nacionalidad y más allá de ella el espíritu integrador de una gran nación, la Gran Colombia, como el crisol donde habría de mezclar a las razas india, negra y blanca, bajo el signo de una religión común. Un idioma y una historia labrados con la senda del sacrificio, regados por sus opresores con la sangre de sus habitantes, y compaginados con el atractivo aroma de la libertad, más constituidos en los hechos que como producto de un deseo o una comprensión colectiva. Podremos analizar cómo esta campaña libertadora pasa de la sumisión al combate, del perdón al decreto de guerra a muerte y de él a la magnanimidad de los triunfadores; como en pocas se combinan lo sangriento de algunas acciones necesarias para el momento histórico, con la clemencia y el trato al enemigo demostrado en la entrada y consolidación de Caracas en agosto de 1813.

En sí hallaremos en este retrato histórico compilado y analizado por la visión revolucionaria de Juvenal Herrera Torres, siempre esclarecida y acertada, más aún en este momento cuando bolivarianos de diversos rincones de la América Latina rememoran en los mismos lugares insignes donde se forjó la libertad, la campaña patriótica de 1813 con Simón Bolívar a la cabeza; es además de un compendio de estrategia militar, el afán permanente de sembrar los primeros elementos de una república democrática; a lo largo de la campaña Bolívar, el hombre de las dificultades, no sólo logra crear una conciencia de clase entre los más desposeídos y transforma con los hechos a campesinos en libertadores, sino además con su impetuoso espíritu joven y rebelde y su atractivo natural de hombre de acción, logra la incorporación de la mujer en combate y Las Juanas como se llamó a las combatientes del momento, lograron también dar impulso de particular atractivo a este movimiento de voluntades impetuosas. El heroísmo que colmó de gloria cada acción, teniendo como máxima

manifestación la muerte en combate del neogranadino Atanasio Girardot, en el cerro de Bárbula en la provincia de Valencia en Venezuela, le da a esta campaña un carácter de consciente sacrificio en pro de un ideal colectivo, cuando se es capaz de cruzar la frontera de su patria hasta dar la vida para consolidar la libertad de un pueblo hermano.

Sin duda alguna este texto, que nos llega de la mano de nuestros libertadores recorriendo el escabroso camino de la libertad, es de por sí, la proyección de una acción humana que conforma un legado filosófico, ideológico y político, ejemplo necesario a reflexión de lo que un pueblo inspirado en un ideal colectivo y guiado acertadamente por un líder preclaro y carismático es capaz de conseguir; ya lo decía Juan Domingo Perón, en Argentina: “El siglo XXI nos encontrará unidos o divididos”. Lamentablemente nos ha encontrado divididos, y a muchos, serviles ante nuestros detractores; pero al mismo tiempo con una llama fulgurante que comienza a ser faro en América Latina. Bolívar ha roto las cadenas que lo signaron a pedestales de bronce a lo largo de más de un siglo, y envuelto por el sempiterno espíritu de combate ha renacido en su país natal, hecho pueblo mestizo, negro, indio y blanco. Y está recorriendo la América entera para decirnos con su visión precognitiva, que otra vez es necesario hacer el esfuerzo por la unión bajo los mismos ideales y con los mismos sueños frustrados por la mentira y la traición, por las bajas pasiones y el servilismo atroz. Y nos empinamos sobre la grandeza de nuestras convicciones para hacer realidad lo que dijo Martí: “Bolívar tiene mucho que hacer en América todavía”.

Lic. Freddy Bernal
Alcalde del Municipio Libertador
Caracas – Venezuela

PRESENTACIÓN DE LA SEGUNDA EDICIÓN

Desde nuestra época de estudiantes aprendimos de la Campaña Admirable lo que aquella gesta significó en forma inmediata a los efectos de la guerra de Independencia, es decir, desde el punto de vista militar.

Sin embargo, el análisis de tal campaña debe efectuarse, más allá de lo estrictamente militar, para mostrarnos el genio político del Libertador y más concretamente su convencimiento acerca de la necesidad de construir y compartir una visión y una misión colectivas de nuestra América y en nuestra América meridional y mestiza, tal como fue siempre de manifiesto en el ideario bolivariano.

Hoy, cuando nuestros pueblos se preparan para nuevas campañas, aunque ya no necesariamente en el plano militar, la enseñanza de la gesta de 1812 y 1813 continúa presente, quizás más presente que nunca, para mostrarnos que para nuestros pueblos toda victoria es posible, siempre que en ella se involucre conscientemente ese colectivo de nuestra nación de naciones.

En el momento de la conmemoración de los ciento noventa años de la culminación de la Campaña Admirable, el Ministerio de Educación Superior de la República Bolivariana de Venezuela, considera sumamente apropiado contribuir con la edición de esta obra de Juvenal Herrera Torres la cual, justamente, permite establecer esa imprescindible visión de la historia que juzga no sólo las acciones propiamente dichas, sino mucho más importante, las circunstancias que rodearon tales acciones y sus implicaciones futuras.

Difundir esta obra entre los jóvenes de nuestra América Meridional será un pequeño bloque en la edificación que estamos obligados a llevar a cabo para continuar la obra de Bolívar.

Héctor Navarro D.,
Ministro de Educación Superior

EN EL PRINCIPIO FUE EL VERBO

“Corramos a romper las cadenas de aquellas víctimas que gimen en las mazmorras, siempre esperando su salvación de vosotros: no burléis su confianza: no seáis insensibles a los lamentos de vuestros hermanos. Id veloces a vengar al muerto, a dar vida al moribundo, soltura al oprimido y libertad a todos”. (Simón Bolívar: Manifiesto de Cartagena, 15 de diciembre de 1812).

Siempre que hacemos una lectura reflexiva sobre nuestra historia nos encontramos con muchos hechos y situaciones que, con el correr del tiempo, llegan a aceptarse con imprecisiones y fallas muy notables. Como ocurre, por ejemplo, cuando hablamos de la **Campaña Admirable** que Bolívar concibe y ejecuta magistralmente y que da a las fuerzas republicanas y patriotas la restauración de la República de Venezuela, que yacía oprimida bajo el yugo feroz del general Monteverde.

En efecto, muchos restringen esta Campaña al territorio venezolano, o sea a las acciones que se llevaron a cabo entre el Táchira o Mérida y Caracas. Confundiendo la parte con el todo, presentan los hechos culminantes y olvidan los que engendraron y constituyeron la campaña desde el punto de vista ideológico, político, social y militar.

Ya es hora de señalar que la **Campaña Admirable**, por la cronología, por el impulso y las acciones de su naturaleza, comienza en Cartagena a finales de 1812, se inicia con los combatientes cartageneros que acompañaron a Bolívar al pueblito de Barranca, se pertrecha de hombres y armas en Tenerife y Mompós, funda su cuartel en Ocaña y recibe en Cúcuta los refuerzos y el apoyo solidario que le brindan Antonio Nariño desde Santafé de Bogotá y Camilo Torres desde Tunja.

Todo ello materializado en un mismo envión, con un ímpetu y una originalidad asombrosa, que algunos subdividen en tramos como el de la llamada campaña del río Magdalena, el de Ocaña a Cúcuta y el que culmina en Caracas. Pero la **Campaña Admirable** es una y hay que empezar por afirmar que se inicia con la más rutilante victoria que es la del verbo, la de la idea revolucionaria, la del pensamiento constructivo, la del líder político que se abre paso entre la confusión y contradicciones que paralizaban a venezolanos y granadinos a finales de 1812.

El 2 de noviembre, recién llegado a la Ciudad Heroica con un grupo de venezolanos desplazados, Bolívar escribió un manifiesto A los americanos, sobre la conducta del gobierno de Monteverde en Venezuela, concluyendo en forma categórica: “La guerra, sólo la guerra puede liberarnos de los tiranos odiosos y desleales”. La cobardía y las vacilaciones frente a un enemigo sanguinario e intransigente, son inaceptables e inconcebibles para todo republicano. Por eso su llamado a la lucha es inequívoco: “Ved cuál es el carácter de vuestros enemigos. Lo que podéis esperar de su amistad, cuando a la faz del mundo y bajo la fe de los tratados, violan abiertamente no sólo las estipulaciones que ellos mismos hacen, sino el sagrado derecho de gentes (...).

El menosprecio, el tormento y la muerte son los dones que nos presentan, al someternos a su dominio. Miran a sus hermanos como viles esclavos, y como víctimas a sus vencidos. ¿Qué esperanzas nos

restan de salud? La guerra, la guerra sola puede salvarnos por la senda del honor”.

La filosofía utilitarista ha pretendido que conceptos como el del honor, la dignidad y la virtud son simples arcaísmos que estorban las relaciones sociales modernas. Pero Bolívar nos habla y nos apremia cuando nos enseña esa cualidad moral que nos impone el cabal cumplimiento de nuestros deberes; que nos incita a hacernos merecedores de una honrosa reputación y a ser dignos de nuestras responsabilidades y dignidades cívicas, políticas y sociales. Nos reclama ser éticos y nos compromete a los más altos niveles de la lucha revolucionaria contra el afrentoso sistema que quiere envilecernos, en una existencia llena de deshonor, indignidad y crueldad.

Y así lo proclama a los americanos: “No haya otro objeto que el exterminio de los tiranos, que sedientos de sangre y de oro, invaden nuestras pacíficas y felices regiones, talándolas, incendiándolas, pillando al paisano indefenso, asesinando al defensor de la patria, y usurpando todos los derechos de la naturaleza y de los hombres”.

La vida sin libertad, la vida encadenada constituye un suplicio intolerable, por lo mismo que no hay patria sin libertad. Bolívar comprendía que la guerra, con todo lo horrorosa que es, debe llevarse a cabo sin vacilaciones siempre que sea indispensable para lograr la independencia, la libertad, la paz y la dignidad humana. Y así lo promulga para toda América: “...americanos, no seamos más tiempo el ludibrio de esos miserables, que sólo son superiores a nosotros en maldad, en tanto que no nos exceden en valor; pues nuestra indulgencia es sola la que hace toda su fuerza. Si ellos nos parecen grandes, es porque estamos prosternados”.

La estrategia de la **Campaña Admirable** ya estaba concebida por Bolívar, cuando en su manifiesto a los americanos desde Cartagena concluye: “Cerremos para siempre la puerta a la conciliación y a la armonía: que ya no se oiga otra voz que la de la indignación.

Vengamos tres siglos de ignominia, que nuestra criminal bondad ha prolongado; y sobre todo, vengamos condignamente los asesinatos, robos y violencias que los vándalos de España están cometiendo en la desastrada e ilustre Caracas.

¿Pero podrá existir un americano, que merezca este glorioso nombre, que no prorumpa en un grito de muerte contra todo español, al contemplar el sacrificio de tantas víctimas inmoladas en toda la extensión de Venezuela? No, no, no”.

Días después, el 27 de noviembre, en su calidad de Coronel del Ejército y Comandante de Puerto Cabello, y secundado por Vicente Tejera como Ministro de la Alta Corte de Caracas, Bolívar escribe desde Cartagena una exposición motivada para el Soberano Congreso de la Nueva Granada, en la que hace una síntesis crítica y autocrítica sobre las circunstancias y factores que determinaron la pérdida de la Primera República en Venezuela.

En su exposición solicita que se le permita a él y a sus compañeros, tomar parte en la lucha republicana que se libra en el territorio granadino, argumentando que “La identidad de la causa de Venezuela con la que defiende toda la América, y principalmente la Nueva Granada, no nos permite dudar de la compasión que excitarán nuestros desastres en los corazones de sus ciudadanos”.

Desde un principio entiende que la unión de fuerzas y recursos de granadinos y venezolanos se identifica con la causa de los pueblos de América. La **Campaña Admirable**, estratégicamente hablando, ha de ser un escalón formidable dentro del ascenso de las luchas populares para culminar la guerra de la primera independencia de Nuestra América. La recuperación de Caracas es, por lo mismo, no un fin sino un medio indispensable para el proceso estratégico completo. Y a los granadinos entrega Bolívar el papel protagónico esencial de esa tarea: “Sí, los más ilustres mártires de la libertad de la América Meridional, tienen colocada su confianza en el ánimo fuerte y liberal

de los Granadinos del Nuevo Mundo”.

Su verbo definitivamente patriótico, republicano e internacionalista, insiste ante el Congreso Granadino: “Caracas, cuna de la Independencia Colombiana”, debe merecer su redención como otra Jerusalén, a nuevas cruzadas de fieles republicanos y estos republicanos no pueden ser otros que los que tocando tan inmediatamente los tormentos que sufren las víctimas de Venezuela se penetrarán del sublime entusiasmo de ser los libertadores de sus hermanos cautivos”.

Su conclusión es clara y rotunda: “La seguridad, la gloria y lo que es más, el honor de estos Estados Confederados exigen imperiosamente cubrir sus fronteras, vindicar a Venezuela y cumplir con los deberes sagrados de recobrar la libertad de América del Sur, establecer en ella las santas leyes de la Justicia y restituir su naturales derechos a la humanidad”.

Como podemos observar en sus escritos citados del 2 y 27 de noviembre en Cartagena, Bolívar fue elaborando su estrategia revolucionaria, partiendo de los siguientes presupuestos:

Cuando la opresión no deja más alternativa, la insurrección, la guerra de liberación, constituye el legítimo recurso de los pueblos para lograr la libertad.

Cuando soportamos en paz las atrocidades de los opresores, caemos en una bondad criminal y en un pacifismo delincuente que hace más fuerte la opresión.

La unidad combatiente es nuestra verdadera fuerza: si ellos nos parecen grandes, es porque vivimos de rodillas. ¡Levantémonos!

La causa que defiende Venezuela es la misma que la identifica con Colombia y toda nuestra América.

La **Campaña Admirable**, como resultado de la solidaridad revolucionaria de granadinos y venezolanos, ha de ser condición para la derrota total del viejo colonialismo.

Caracas, como cuna de la Independencia Colombiana, ha de ser liberada por granadinos y venezolanos, como etapa necesaria para formar un mismo cuerpo de nación.

Los granadinos del Nuevo Mundo, libertadores de sus hermanos cautivos, se unirán a los venezolanos para constituir la República de Colombia.

Desde Colombia habrá de convocarse a la unidad combatiente de nuestra América y a la cooperación revolucionaria de sus pueblos, para poner fin a más de tres siglos de dominación colonial.

Estos principios fueron el umbral de su Memoria dirigida a los ciudadanos de la Nueva Granda por un caraqueño, que hemos convenido en llamar El Manifiesto de Cartagena, escrito por Bolívar el 15 de diciembre de 1812 y que, con toda razón, se considera como el acta de nacimiento del Bolívar político y conductor de pueblos en la lucha emancipadora. Documento que cito entero a continuación.

Del original impreso.

Cartagena de Indias, 15 de diciembre, 1812.

MEMORIA DIRIGIDA A LOS CIUDADANOS DE LA NUEVA GRANADA POR UN CARAQUEÑO.

Conciudadanos:

Libertar a la Nueva Granada de la suerte de Venezuela y redimir a ésta de la que padece, son los objetos que me he propuesto en esta memoria. Dignaos, oh mis conciudadanos, de aceptarla con indulgencia en obsequio de miras tan laudables.

Yo soy, granadinos, un hijo de la infeliz Caracas, escapado prodigiosamente de en medio de sus ruinas físicas y políticas, que siempre fiel al sistema liberal y justo que proclamó mi patria, he venido a seguir aquí los estandartes de la independencia, que tan gloriosamente tremolan en estos estados.

Permitidme que animado de un celo patriótico me atreva a dirigirme a vosotros, para indicaros ligeramente las causas que condujeron a Venezuela a su destrucción; lisonjeándome que las terribles y ejemplares lecciones que ha dado aquella extinguida república, persuadan a la América a mejorar de conducta, corrigiendo los

vicios de unidad, solidez y energía que se notan en sus gobiernos.

El más consecuente error que cometió Venezuela, al presentarse en el teatro político fue, sin contradicción, la fatal adopción que hizo del sistema tolerante; sistema improbable como débil e ineficaz, desde entonces, por todo el mundo sensato, y tenazmente sostenido hasta los últimos períodos, con una ceguedad sin ejemplo.

Las primeras pruebas que dio nuestro gobierno de su insensata debilidad, las manifestó con la ciudad subalterna de Coro que, denegándose a reconocer su legitimidad, lo declaró insurgente y lo hostilizó como enemigo. La Junta Suprema en lugar de subyugar aquella indefensa ciudad que estaba rendida con presentar nuestras fuerzas marítimas delante de su puerto, la dejó fortificar y tomar una actitud tan respetable que logró subyugar después la confederación entera, con casi igual facilidad que la que teníamos nosotros anteriormente para vencerla; fundando la Junta su política en los principios de humanidad mal entendida que no autorizan a ningún gobierno, para hacer, por la fuerza, libres a los pueblos estúpidos que desconocen el valor de sus derechos.

Los códigos que consultaban nuestros magistrados, no eran los que podían enseñarles la ciencia práctica del gobierno, sino los que han formado ciertos buenos visionarios que, imaginándose repúblicas aéreas, han procurado alcanzar la perfección política, presuponiendo la perfectibilidad del linaje humano. Por manera que tuvimos filósofos por jefes, filantropía por legislación, dialéctica por táctica y sofistas por soldados. Con semejante subversión de principios y de cosas, el orden social se resintió extremadamente conmovido, y desde luego corrió el estado a pasos agigantados a una disolución universal, que bien pronto se vio realizada.

De aquí nació la impunidad de los delitos de estado cometidos descaradamente por los descontentos, y particularmente por nuestros natos e implacables enemigos –los españoles europeos–

que maliciosamente se habían quedado en nuestro país, para tenerlo incesantemente inquieto, y promover cuantas conjuraciones les permitían formar nuestros jueces, perdonándolos siempre, aun cuando sus atentados eran tan enormes, que se dirigían contra la salud pública.

La doctrina que apoyaba esta conducta tenía su origen en las máximas filantrópicas de algunos escritores, que defienden la no residencia de facultad en nadie, para privar de la vida a un hombre, aun en el caso de haber delinquido éste, en el delito de lesa patria. Al abrigo de esta piadosa doctrina, a cada conspiración sucedía un perdón y a cada perdón sucedía otra conspiración que se volvía a perdonar, porque los gobiernos liberales deben distinguirse por la clemencia. ¡Clemencia criminal, que contribuyó más que nada, a derribar la máquina, que todavía no habíamos enteramente concluido!

De aquí vino la oposición decidida a levantar tropas veteranas, disciplinadas, y capaces de presentarse en el campo de batalla, ya instruidas, a defender la libertad, con suceso y gloria. Por el contrario: se establecieron innumerables cuerpos de milicias indisciplinadas, que además de agotar las cajas del erario nacional, con los sueldos de la plana mayor, destruyeron la agricultura, alejando a los paisanos de sus hogares; e hicieron odioso el gobierno que obligaba a éstos a tomar las armas y a abandonar sus familias.

Las repúblicas, decían nuestros estadistas, no han menester de hombres pagados para mantener su libertad. Todos los ciudadanos serán soldados cuando nos ataque el enemigo. Grecia, Roma, Venecia, Génova, Suiza, Holanda y recientemente el Norte de América, vencieron a sus contrarios sin auxilio de tropas mercenarias siempre prontas a sostener el despotismo y a subyugar a sus conciudadanos.

Con estos antipolíticos e inexactos raciocinios, fascinaban a los

simples; pero no convencían a los prudentes que conocían bien la inmensa diferencia que hay entre los pueblos, los tiempos y las costumbres de aquellas repúblicas y las nuestras. Ellas, es verdad, que no pagaban ejércitos permanentes; más era porque en la antigüedad no los había, y sólo confiaban la salvación y la gloria de los estados, en sus virtudes políticas, costumbres severas y carácter militar: cualidades que nosotros estamos muy distantes de poseer. Y en cuanto a las modernas que han sacudido el yugo de sus tiranos, es notorio que han mantenido el competente número de veteranos que exige su seguridad; exceptuando al Norte de América, que estando en paz con todo el mundo, y guarnecido por el mar, no ha tenido por conveniente sostener en estos últimos años el completo de tropa veterana que necesita para la defensa de sus fronteras y plazas.

El resultado probó severamente a Venezuela el error de su cálculo; pues los milicianos que salieron al encuentro del enemigo, ignorando hasta el manejo del arma, y no estando habituados a la disciplina y obediencia, fueron arrollados al comenzar la última campaña, a pesar de los heroicos y extraordinarios esfuerzos que hicieron sus jefes, por llevarlos a la victoria. Lo que causó un desaliento general en soldados y oficiales, porque es una verdad militar que sólo ejércitos aguerridos son capaces de sobreponerse a los primeros infaustos sucesos de una campaña. El soldado bisoño lo cree todo perdido, desde que es derrotado una vez; porque la experiencia no le ha probado que el valor, la habilidad y la constancia corrigen la mala fortuna.

La subdivisión de la provincia de Caracas proyectada, discutida y sancionada por el congreso federal, despertó y fomentó una enconada rivalidad en las ciudades y lugares subalternos, contra la capital: “la cual decían los congresistas ambiciosos de dominar en sus distritos, era la tirana de las ciudades y la sanguijuela del estado”. De este modo se encendió el fuego de la guerra civil en Valencia, que nunca se logró apagar, con la reducción de aquella

ciudad: pues conservándolo encubierto, lo comunicó a las otras limítrofes a Coro y Maracaibo: y éstas entablaron comunicaciones con aquélla, y facilitaron, por este medio, la entrada de los españoles que trajo consigo la caída de Venezuela.

La disposición de las rentas públicas en objetos frívolos y perjudiciales; y particularmente en sueldos de infinidad de oficinistas, secretarios, jueces, magistrados, legisladores provinciales y federales dio un golpe mortal a la república, porque la obligó a recurrir al peligroso expediente de establecer el papel moneda, sin otra garantía que la fuerza y las rentas imaginarias de la Confederación. Esta nueva moneda pareció a los ojos de los más, una violación manifiesta del derecho de propiedad, porque se conceptuaban despojados de objetos de intrínseco valor, en cambio de otros cuyo precio era incierto, y aún ideal. El papel moneda remató el descontento de los estóolidos pueblos internos, que llamaron al comandante de las tropas españolas, para que viniese a librarlos de una moneda que veían con más horror que la servidumbre.

Pero lo que debilitó más al gobierno de Venezuela, fue la forma federal que adoptó. Siguiendo las máximas exageradas de los derechos del hombre, que autorizándolo para que se rija por sí mismo, rompe los pactos sociales, y constituye las naciones en anarquía. Tal era el verdadero estado de la Confederación. Cada provincia se gobernaba independientemente; y a ejemplo de éstas, cada ciudad pretendía iguales facultades alegando la práctica de aquéllas, y la teoría de que todos los hombres y todos los pueblos, gozan de la prerrogativa de instituir a su antojo el gobierno que les acomode.

El sistema federal, bien que sea el más perfecto, y más capaz de proporcionar la felicidad humana en sociedad, es, no obstante, el más opuesto a los intereses de nuestros nacientes estados; generalmente hablando, todavía nuestros conciudadanos no se hallan en aptitud de ejercer por sí mismos y ampliamente sus derechos; porque carecen de las virtudes políticas que caracterizan al ver-

dadero republicano: virtudes que no se adquieren en los gobiernos absolutos, en donde se desconocen los derechos y los deberes del ciudadano.

¿Por otra parte qué país del mundo por morigerado y republicano que sea, podrá, en medio de las facciones intestinas y de una guerra exterior, regirse por un gobierno tan complicado y débil como el federal? No, no es posible conservarlo en el tumulto de los combates y de los partidos. Es preciso que el gobierno se identifique, por decirlo así, al carácter de las circunstancias, de los tiempos y de los hombres que lo rodean. Si éstos son prósperos y serenos, él debe ser dulce y protector; pero si son calamitosos y turbulentos, él debe mostrarse terrible y armarse de una firmeza igual a los peligros, sin atender a leyes ni constituciones, interín no se restablecen la felicidad y la paz.

Caracas tuvo mucho que padecer por defecto de la Confederación que, lejos de socorrerla, le agotó sus caudales y pertrechos; y cuando vino el peligro la abandonó a su suerte, sin auxiliarla con el menor contingente. Además le aumentó sus embarazos habiéndose empeñado una competencia ante el poder federal y el provincial, que dio lugar a la cuestión, de si deberían salir las tropas federales o provinciales a rechazarlos, cuando ya tenían ocupada una gran porción de la provincia. Esta fatal contestación produjo una demora que fue terrible para nuestras armas, pues las derrotaron en San Carlos sin que les llegasen los refuerzos que esperaban para vencer.

Yo soy del sentir que mientras no centralicemos nuestros gobiernos americanos, los enemigos obtendrán las más completas ventajas; seremos indefectiblemente envueltos en los horrores de las disensiones civiles, y conquistados vilipendiosamente por ese puñado de bandidos que infestan nuestras comarcas.

Las elecciones populares hechas por los rústicos del campo y por

los intrigantes moradores de las ciudades, añaden un obstáculo más a la práctica de la federación entre nosotros; porque los unos son tan ignorantes que hacen sus votaciones maquinalmente, y los otros, tan ambiciosos que todo lo convierten en facción; por lo que jamás se vio en Venezuela una votación libre y acertada; lo que ponía el gobierno en manos de hombres ya desafectos a la causa, ya ineptos, ya inmorales. El espíritu de partido decidía en todo, y por consiguiente nos desorganizó más de lo que las circunstancias hicieron. Nuestra división, y no las armas españolas, nos tornó a la esclavitud.

El terremoto del 26 de marzo trastornó ciertamente, tanto lo físico como lo moral; y puede llamarse propiamente, la causa inmediata de la ruina de Venezuela; más este mismo suceso habría tenido lugar sin producir tan mortales efectos, si Caracas se hubiera gobernado entonces por una sola autoridad, que, obrando con rapidez y vigor; hubiese puesto remedio a los daños sin trabas, ni competencias que retardando el efecto de las providencias dejaban tomar al mal un incremento tan grande que lo hizo incurable.

Si Caracas, en lugar de una confederación lánguida e insubsistente, hubiese establecido un gobierno sencillo, cual lo requería su situación política y militar; tú existieras ¡oh Venezuela! y gozaras hoy de tu libertad.

La influencia eclesiástica tuvo, después del terremoto, una parte muy considerable en la sublevación de los lugares y ciudades subalternas y en la introducción de los enemigos en el país, abusando sacrílegamente de la santidad de su ministerio en favor de los promotores de la guerra civil. Sin embargo, debemos confesar ingenuamente, que estos traidores sacerdotes, se animaban a cometer los execrables crímenes de que justamente se les acusa, porque la impunidad de los delitos era absoluta, la cual hallaba en el congreso un escandaloso abrigo; llegando a tal punto esta injusticia, que de la insurrección de la ciudad de Valencia, que costó su paci-

ficación cerca de mil hombres, no se dio a la vindicta de las leyes un solo rebelde; quedando todos con vida y los más con sus bienes.

De lo referido se deduce, que entre las causas que han producido la caída de Venezuela, debe colocarse en primer lugar la naturaleza de su constitución que, repito, era tan contraria a sus intereses como favorable a los de sus contrarios. En segundo, el espíritu de filantropía que se apoderó de nuestros gobernantes. Tercero: la oposición al establecimiento de un cuerpo militar que salvase la república y repeliese los choques que le daban los españoles. Cuarto, el terremoto acompañado del fanatismo que logró sacar de este fenómeno los más importantes resultados; y últimamente, las facciones internas que en realidad fueron el mortal veneno que hicieron descender la patria al sepulcro.

Estos ejemplos de errores e infortunios, no serán enteramente inútiles para los pueblos de la América meridional, que aspiran a la libertad e independencia.

La Nueva Granada ha visto sucumbir a Venezuela; por consiguiente, debe evitar los escollos que han destrozado a aquélla. A este efecto presento como una medida indispensable para la seguridad de la Nueva Granada, la reconquista de Caracas. A primera vista parecerá este proyecto inconducente, costoso, y quizás impracticable: pero examinando atentamente con ojos previsivos, y una meditación profunda, es imposible desconocer su necesidad, como dejar de ponerlo en ejecución, probada la utilidad.

Lo primero que se presenta en apoyo de esta operación, es el origen de la destrucción de Caracas, que no fue otro que el desprecio con que miró aquella ciudad la existencia de un enemigo que parecía pequeño, y no lo era considerándolo en su verdadera luz.

Coro ciertamente no habría podido nunca entrar en competencia con Caracas, si la comparamos en sus fuerzas intrínsecas con

ésta; más como en el orden de las vicisitudes humanas no es siempre la mayoría de la masa física la que decide, sino que es la superioridad de la fuerza moral la que inclina hacia sí la balanza política, no debió el gobierno de Venezuela, por esta razón, haber descuidado la extirpación de un enemigo, que aunque aparentemente débil, tenía por auxiliares a la provincia de Maracaibo; a todas las que obedecen a la Regencia; el oro, y la cooperación de nuestros eternos contrarios, los europeos que viven con nosotros; el partido clerical, siempre adicto a su apoyo y compañero, el despotismo; y sobre todo, la opinión inveterada de cuantos ignorantes y supersticiosos contienen los límites de nuestros estados. Así fue que apenas hubo un oficial traidor que llamase al enemigo, cuando se desconcertó la máquina política, sin que los inauditos y patrióticos esfuerzos que hicieron los defensores de Caracas, lograsen impedir la caída de un edificio ya desplomado por el golpe que recibió de un solo hombre.

Aplicando el ejemplo de Venezuela a la Nueva Granada, y formando una proporción, hallaremos: que Coro es a Caracas, como Caracas es a la América entera: consiguientemente el peligro que amenaza este país, está en razón de la anterior progresión; porque poseyendo la España el territorio de Venezuela, podrá con facilidad sacarle hombres y municiones de boca y guerra, para que bajo la dirección de jefes experimentados contra los grandes maestros de la guerra, los franceses, penetren desde las provincias de Barinas y Maracaibo hasta los últimos confines de la América meridional.

La España tiene en el día gran número de oficiales generales, ambiciosos y audaces; acostumbrados a los peligros y a las privaciones, que anhelan por venir aquí, a buscar un imperio que reemplace el que acaban de perder.

Es muy probable que, al expirar la Península, haya una prodigiosa emigración de hombres de todas clases; y particularmente de

cardenales, arzobispos, obispos, canónigos y clérigos revolucionarios, capaces de subvertir, no sólo nuestros tiernos y lánguidos estados, sino de envolver el Nuevo Mundo entero, en una espantosa anarquía. La influencia religiosa, el imperio de la dominación civil y militar, y cuantos prestigios pueden obrar sobre el espíritu humano, serán otros tantos instrumentos de que se valdrán para someter estas regiones.

Nada se opondrá a la emigración de España. Es verosímil que la Inglaterra proteja la evasión de un partido que disminuye en parte las fuerzas de Bonaparte en España y trae consigo el aumento y permanencia del suyo en América. La Francia no podrá impedirlo; tampoco Norte América y nosotros menos aún, pues careciendo todos de una marina respetable, nuestras tentativas serán vanas.

Estos tráfugas hallarán ciertamente una favorable acogida en los puertos de Venezuela, como que vienen a reforzar a los opresores de aquel país, y los habilitan de medios para emprender la conquista de los estados independientes.

Levantarán quince o veinte mil hombres que disciplinarán prontamente con sus jefes, oficiales, sargentos, cabos y soldados veteranos. A este ejército seguirá otro todavía más temible, de ministros, embajadores, consejeros, magistrados, toda la jerarquía eclesiástica y los grandes de España, cuya profesión es el dolo y la intriga, condecorados con ostentosos títulos, muy adecuados para deslumbrar a la multitud, los que, derramándose como un torrente, lo inundarán todo arrancando las semillas y hasta las raíces del árbol de la libertad de Colombia. Las tropas combatirán en el campo; y éstos desde sus gabinetes, nos harán la guerra por los resortes de la seducción del fanatismo.

Así pues, no nos queda otro recurso para precavernos de estas calamidades, que el de pacificar rápidamente nuestras provincias

sublevadas, para llevar después nuestras armas contra las enemigas; y formar de este modo soldados y oficiales dignos de llamarse columnas de la patria.

Todo conspira a hacernos adoptar esta medida; sin hacer mención de la necesidad urgente que tenemos de cerrarles las puertas al enemigo, hay otras razones tan poderosas para determinarnos a la ofensiva, que sería una falta militar y política inexcusable, dejar de hacerla. Nosotros nos hallamos invadidos, y por consiguiente forzados a rechazar al enemigo más allá de la frontera. Además, es un principio del arte que toda guerra defensiva es perjudicial y ruinoso para el que la sostiene, pues lo debilita sin esperanza de indemnizarlo; y que las hostilidades en el territorio enemigo siempre son provechosas, por el bien que resulta del mal del contrario, así, no debemos por ningún motivo emplear la defensiva.

Debemos considerar también el estado actual del enemigo, que se halla en una posición muy crítica, habiéndosele desertado la mayor parte de sus soldados criollos; y teniendo al mismo tiempo que guarnecer las patrióticas ciudades de Caracas, Puerto Cabello, La Guaira, Barcelona, Cumaná y Margarita, en donde existen sus depósitos; sin que se atrevan a desamparar estas plazas, por temor de una insurrección general en el acto de separarse de ellas. De modo que no sería imposible que llegasen nuestras tropas hasta las puertas de Caracas, sin haber dado una batalla campal.

Es una cosa positiva, que en cuanto nos presentemos en Venezuela, se nos agreguen millares de valerosos patriotas, que suspiran por vernos aparecer, para sacudir el yugo de sus tiranos, y unir sus esfuerzos a los nuestros, en defensa de la libertad.

La naturaleza de la presente campaña nos proporciona la ventaja de aproximarnos a Maracaibo por Santa Marta, y a Barinas por Cúcuta. Aprovechemos, pues, instantes tan propicios; no sea que los refuerzos que incesantemente deben llegar de España, cam-

bien absolutamente el aspecto de los negocios, y perdamos, quizás para siempre, la dichosa oportunidad de asegurar la suerte de estos estados.

*El honor de la Nueva Granada exige imperiosamente, escarmen-
tar a esos osados invasores, persiguiéndolos hasta sus últimos
atrincheramientos. Como su gloria depende de tomar a su cargo
la empresa de marchar a Venezuela, a libertar la cuna de la inde-
pendencia colombiana, sus mártires, y aquel benemérito pueblo
caraqueño, cuyos clamores sólo se dirigen a sus amados compa-
triotas los granadinos, que ellos aguardan con una mortal impa-
ciencia, como a sus redentores. Corramos a romper las cadenas
de aquellas víctimas que gimen en las mazmorras, siempre espe-
rando su salvación de vosotros: no burléis su confianza: no seáis
insensibles a los lamentos de vuestros hermanos. Id veloces a ven-
gar al muerto, a dar vida al moribundo, soltura al oprimido y li-
bertad a todos.*

(Fdo) Simón Bolívar.”

*(Cartagena de Indias. Imprenta del C. Diego Espinosa. Año de
1813 (8p.)...)*

DE LA ELOCUENCIA A LA ACCIÓN

“Os hemos puesto al abrigo de las violencias de una legislación corrompida y arbitraria; se os abre una vasta carrera de gloria y de fortuna, al declararos miembros de una sociedad, que tiene por bases constitutivas una absoluta igualdad de derechos, y una regla de justicia, que no se inclina jamás hacia el nacimiento o fortuna, sino siempre en favor de la virtud y el mérito” (Simón Bolívar: Discurso en Tenerife del Magdalena el 24 de diciembre de 1812).

Teórico y práctico a la vez: en Bolívar se descubre una unidad orgánica y creativa entre el pensamiento y la acción. Ejecutor de sus sueños: siempre se le verá galopando para materializar sus ideas en el mismo campo de batalla. Su elocuencia revolucionaria es a la vez fría y dialéctica, fogosa y apremiante, agitadora y pedagógica. El Manifiesto de Cartagena es, sin duda alguna, la plataforma de lanzamiento de la Campaña Admirable. Pero va más allá: en él hallamos los primeros trazos de su estrategia revolucionaria continental.

Su pedagogía social era insólita: imaginémoslo allá, en el pueblito de Barranca, hablándole a unos mulatos cartageneros sobre la fraterni-

dad de la revolución en Nueva Granada, Venezuela y América; o más allá, en las Antillas, persuadiendo a los haitianos para ir a luchar por la independencia continental; o en la desembocadura del Orinoco; colocando en Angostura los cimientos de la Gran Colombia, o llano adentro incitando a los negros, indios, pardos y criollos para escalar la cordillera y sellar en Boyacá la independencia granadina; y más adelante, engrosando sus fuerzas con los boyacenses, cundinamarqueses y antioqueños para remontar los Andes y caer sobre Carabobo, con la tromba llanera que dio vida real a su proyecto grancolombiano. Imaginémoslo en la campaña de Pasto, trepado en Bomboná, arengando a los pastusos y caucanos para unirse a los colombianos, ecuatorianos, peruanos, chilenos y argentinos en la cumbre del Pichincha, en los repechos de Junín y en el esplendoroso Ayacucho, poniendo fin a más de tres siglos de colonialismo atroz. Situémoslo en Bolivia y en la cima de Potosí llamando a toda la América española para liberar a Cuba y Puerto Rico, incluso para expedicionar sobre la dominación española en las Filipinas y, más aún, deseando ir a la Europa para barrer en todas partes con tronos y coronas. Llenémos de su presencia cósmica cuando quiere formar de Hispanoamérica un bloque continental de pueblos libres que se ligen solidariamente para frenar la codicia yanqui, para no caer en las redes británicas, en las tenazas napoleónicas o en las garras de la Santa Alianza.

En Barranca, en Ocaña, en Angostura, en Cali, en Chimbote, en Guayaquil o el Cuzco fue siempre, en forma simultánea, el audaz guerrero que forjaba en las derrotas el arte de la victoria, y el filósofo dialéctico y el político que pensaba con categorías universales y ubicaba la especificidad del problema para diagnosticar su tendencia histórica. Sabía que el gran parto de un pueblo es naturalmente doloroso y que debía obrar con tino y con perseverancia invencible dentro de un ambiente caótico y salvajemente contradictorio.

En la Nueva Granada el Congreso que era presidido por Camilo Torres, ideólogo del federalismo, estaba enfrentado al gobierno que presidía Antonio Nariño en Bogotá. Y en Cartagena, enfrentada al

bastión colonialista de Santa Marta, el gobierno estaba al mando de Manuel Rodríguez Torices, que acogió a los venezolanos desplazados reconociéndoles el rango militar que tenían en su ejército de origen; pero la máxima autoridad militar la ostentaba el brigadier Manuel Castillo, un oportunista que veía con malos ojos a los militares venezolanos refugiados en el puerto, quizá temiendo que sus opacas aptitudes provocaran una competencia desfavorable; y un francés de apellido Labatut, que vino a América con Miranda y durante mucho tiempo ofició como pirata en las Antillas y el Caribe.

Bolívar debió unir a su elocuencia una actitud inquebrantable para iniciar con el pueblo granadino la Campaña Admirable que debía culminar con la reconquista de Caracas. Ciertamente, escribe Waldo Frank, “Camilo Torres, jefe de los federales de Tunja, leyó aquel ataque (del Manifiesto de Cartagena) contra sus principios y quedó impresionado por la personalidad del hombre que lo había escrito. Lo mismo ocurrió a Antonio Nariño, que estaba de acuerdo con sus afirmaciones en Bogotá; e incluso a Rodríguez Torices, presidente del estado en la anárquica Cartagena. Pero el estilo lleno de lucidez, el análisis frío y acerado no demostraban que el autor fuese un militar”.

¿Acaso quien lo escribía no era el derrotado de Puerto Cabello? Por eso, cuando Cartagena lanzó una ofensiva limitada a hostigar a los enemigos que medraban a su alrededor, el gobierno confió sus destacamentos “al mando del coronel Manuel Castillo” y no ubicó a Bolívar dentro de dicha misión. Todavía más, Manuel Castillo “prefirió servirse de Pierre Labatut, militar francés aventurero, que, en su condición de veterano de las guerras napoleónicas, tenía ciertos títulos para reclamar el mando. Castillo envió a Labatut con una flota de pequeñas embarcaciones, para apoderarse por asalto de Santa Marta. Asignó a Miguel Carabaño, oficial que había llegado con Bolívar, y a Cortés Campomanes, republicano español, la tarea de limpiar de realistas las poblaciones del oeste, en dirección a Panamá, que era “el granero de Cartagena”.

La campaña ya estaba siendo ejecutada y Bolívar seguía insistiendo en que se le permitiera participar en ella: Finalmente se le dio un puesto, bajo el mando de Pierre Labatut, para que fuese con 70 hombres a Barranca, una “aldea sin importancia” a orillas del río Magdalena, y que estaba rodeada de fuerzas enemigas. La orden, sin embargo, era la de que Bolívar no iniciaría movimiento alguno sin órdenes de Labatut. “Dejó descansar la pluma y marchó a ese agujero de Barranca -que es, como dice Frank– fangoso y propenso a la malaria. En la otra orilla del río estaban los españoles y los realistas, sólidamente establecidos hacia el oriente de los Andes, donde se daban las manos con los realistas de Venezuela en las plazas fuertes montañosas de Mérida y Trujillo”. Aguas arriba, los puertos y aldeas del Magdalena eran otros tantos fortines adictos al enemigo.

Pero a Bolívar no era posible contenerlo. Claro que defendería la independencia de Cartagena, ¡y en qué forma! Pero su concepto de la defensa era el de una activa y fulminante ofensiva. ¿Cómo concebir a Bolívar como un pasivo jefecillo militar, encerrado en una plaza en espera de los asaltos del enemigo? ¿Cómo compaginar su ideal revolucionario de vuelo continental, con el de un oficial cualquiera, embutido en un cuartel de aldea? ¡Imposible!

LAS “ESCARAMUZAS” DEL RÍO

*“El valor es preferible al número y la habilidad superior al valor”
(Simón Bolívar: Carta a J. B. Arismendi. Carúpano, 26 de junio de 1816).*

Cuando Bolívar llega a Barranca con su famélica fuerza de 70 hombres de tropa, empieza a organizar en el acto un destacamento anfibio con 130 hombres más, y dispone y participa en la construcción a toda prisa de diez balsas de madera. Con estos elementos asaltó a Tenerife el 23 de diciembre, primer puesto enemigo con una guarnición de 500 hombres que fueron copados, derrotados y desarmados por los republicanos. El pueblo, que había sido obligado a tomar armas para combatir a los republicanos, recibió a Bolívar y sus compañeros con aclamaciones de júbilo. Al día siguiente expresó un vibrante discurso:

“Ciudadanos, magistrados y pastores:

Yo he venido a traeros la paz y la libertad que son los presentes que hace el Gobierno justo y liberal del Estado de Cartagena a los pueblos que tienen la dicha de someterse al suave imperio de sus leyes; yo que soy el instrumento de que se ha valido para colmar-

los de beneficencia, me congratulo también de ser el intérprete del espíritu de su constitución, y el órgano de las intenciones de sus jefes.

La discordia civil ha tenido privada a esta villa de la luz que brilla sobre todo el horizonte de los estados de la Nueva Granada, porque vuestra ciega credulidad, y vuestra timidez, han dado ascenso a las imposturas de vuestros opresores, y los habéis auxiliado contra vuestros hermanos y vecinos.

La guerra que habéis sostenido contra ellos, además de haberos cubierto de una ignominia eterna, os ha hecho probar todas las aflicciones que son capaces de inventar los tiranos para asolar, y anonadar si es posible, a los que tienen la estolidez de presentarles la cerviz a su yugo opresor; vuestra experiencia os ha manifestado, cuán duro y feroz es el dominio de la España en estas regiones. Habéis visto incendiar vuestras habitaciones, encadenar a vuestros conciudadanos, pillar vuestras casas, y hasta violar vuestras mujeres; echad los ojos sobre vuestros campos y los hallaréis incultos; observad vuestras poblaciones, desiertas; mirad el manantial de vuestra prosperidad, ese caudaloso Magdalena, que solitario y triste huye, por decirlo así, de unas riberas que devora la guerra: todo, todo, os está diciendo: donde reina el imperio español reinan con él, la desolación y la muerte.

Habitantes de Tenerife: yo no puedo engañaros, pues os hablo de las calamidades que padecéis, y os han reducido a ser la burla de un puñado de bandidos, que después de haberos aniquilado con su protección, después de haberos atraído el odio de vuestros hermanos de Cartagena y puesto en el orden del precipicio, os han abandonado en el peligro al arbitrio de un conquistador, y han huido como unos malhechores, que temen la espada de la justicia. Estas son las recompensas de vuestra sumisión y fidelidad al nominado rey Fernando VII.

¡Qué diferencia entre el imperio de la libertad y el de la tiranía! La estáis tocando por vosotros mismos. Los españoles vinieron a auxiliaros, y os han destruido, porque ellos son los cómitres de sus visires: nosotros hemos venido a subyugaros como enemigos, y os hemos perdonado las ofensas que nos habéis hecho, os hemos constituido en el augusto carácter de ciudadanos libres del Estado de Cartagena, igualándoos a vuestros redentores. Os hemos puesto al abrigo de las violencias de una legislación corrompida y arbitraria; se os abre una vasta carrera de gloria y de fortuna, al declararos miembros de una sociedad, que tiene por basas constitutivas una absoluta igualdad de derechos, y una regla de justicia, que no se inclina jamás hacia el nacimiento o fortuna, sino siempre en favor de la virtud y el mérito.

Ya sois en fin hombres libres independientes de toda autoridad, que no sea la constituida por nuestros sufragios, y únicamente sujetos a vuestra propia voluntad, y al voto de vuestra conciencia legalmente pronunciado según lo prescribe la sabia constitución que vais a reconocer y a jurar. Constitución que asegura la libertad civil de los derechos del ciudadano en su propiedad, vida y honor; y que además de conservar ilesos estos sagrados derechos, pone al ciudadano en aptitud de desplegar sus talentos e industria, con todas las ventajas que se pueden obtener en una sociedad civil, la más perfecta a que el hombre puede aspirar sobre la tierra.

Tal es, ciudadanos, la naturaleza del Gobierno de Cartagena que se ha dignado tomaros en su seno como sus hijos.

El supremo magistrado del Estado, de quien todo depende en el poder ejecutivo, se halla dotado de cuantas cualidades morales e intelectuales se requieren en un jefe, que atiende al fomento de los ramos de industria nacional, en comercio, agricultura, alta policía, ejecución exacta de las leyes, la dirección de la guerra y el departamento de los negocios diplomáticos.

El Senado, compuesto de hombres prudentes y sabios, vigila incansablemente sobre la conducta de los magistrados y jueces para que no se infrinjan las constituciones y leyes en perjuicio del inocente y del benemérito, y en favor de los culpables y de los ineptos.

El cuerpo legislativo, que representa la soberanía del pueblo, defiende sus derechos con rectitud y ciencia. Forma las leyes, que promueven, y sostienen la felicidad pública, y revoca, suspende, o varía las que son contrarias al bien general. Los legisladores son los padres del pueblo, pues que de ellos nace su prosperidad y gloria estableciendo los fundamentos sobre que se elevan las naciones, a su mayor grandeza.

Hay un poder judicial que distribuye imparcialmente la justicia, sin adherirse ni al poderoso ni al intrigante; la más estricta equidad reina en sus juicios y nadie se ve privado de sus derechos naturales y legítimos por sentencias arbitrarias, o por una viciosa interpretación de los códigos. Ningún culpado se exime de la pena, como a ningún justo se condena. Por manera que todo hombre debe contar, bajo los auspicios de nuestros magistrados, legisladores y jueces, con los bienes que el Cielo o su industria le haya dado: con el honor que sus virtudes le hayan adquirido; y con la vida, que después de la libertad, es el don más precioso, que el Ente Supremo nos ha hecho.

Comparad, ciudadanos, la lisonjera perspectiva que se os presenta en el sistema adoptado por Cartagena, con el horroroso cuadro de crímenes e infortunios que habéis tenido a la vista hasta el presente, bajo el poder absoluto de los monstruos que os han mandado de España sus feroces mandatarios. Comparad, digo, ambos gobiernos; y decid según la expresión de vuestra conciencia, ¿cuál de los dos es el justo? ¿Cuál de los dos es el liberal? ¿Y cuál de los dos merecerá las bendiciones del Creador?

Vuestra elección no es dudosa, y ciertamente vuestro corazón

mismo abrazará con ardor y placer el Gobierno independiente de Cartagena.

¿En consecuencia de esta exposición, os pregunto si reconocéis y juráis fidelidad y obediencia al soberano Gobierno del Estado de Cartagena con todas las formalidades del caso?”

(El pueblo de Tenerife, según acta, atendió la consulta hecha por Bolívar: “A que respondieron todos unánimemente que sí juraban, conforme al uso de derecho, por Dios Nuestro Señor y una señal de cruz; y según su fuero los eclesiásticos, y en su virtud para la mayor constancia lo firmaron los que saben, y por los que no saben lo hace también el Procurador Síndico General”).

A todo lo largo de su lucha y ante los más improvisados y diversos auditorios del continente, Bolívar armaba sus campañas con los per trechos fundamentales de su pensamiento constitucionalista, republicano y democrático.

La toma de Tenerife, ciudad entonces próspera y rica, en donde se hallaba un pequeño arsenal muy provisto, permitió a Bolívar completar su armamento. Se alistaron algunos reclutas, reforzó su flotilla de río, y en la noche de ese mismo día salió para Mompós.

Bolívar toma a Mompós, donde los habitantes lo reciben con banderas, un grupo de 300 voluntarios, más 15 barcos ligeros acrecientan la flotilla de guerra del audaz destacamento. Y allí ante el pueblo reunido, pronuncia su ardiente proclama:

“Momposinos:

La Providencia ha querido que después de tantas vicisitudes y amargos contratiempos que han combatido mi corazón y llenado de luto mi esperanza, pueda hoy lisonjearme de mandar este importante distrito militar, donde he hallado la decisión y la leal

cooperación con que podré llevar a cabo el anhelo de redención que me domina. Agradezco cordialmente la amistosa acogida que me han dado, así las autoridades como el virtuoso pueblo de la ciudad valerosa, lo cual es agüero de la buena fortuna que me ha traído a esta tierra hospitalaria y heroica.

Hoy se espera nueva prueba de vuestro patriotismo y del valor de vuestras almas intrépidas de que habéis dado claro testimonio. Los enemigos de la causa americana, adueñados del alto Magdalena, amenazan la salud pública y la salud del Estado. Es preciso develarlos y escarmentarlos completamente. Yo empeño en ello el honor de vuestras armas y vuestro denuedo incomparables mediante los cuales, con el favor de Dios, tengo fe de llevar la libertad al infortunado pueblo caraqueño, que gime bajo la más ominosa opresión.

La obra de independencia que proclamasteis de una manera absoluta el 6 de agosto, quedaría incompleta si fuereis indiferentes a las desgracias de vuestros hermanos oprimidos. Pero vosotros amais la libertad verdaderamente, y vosotros sois hombres de bien y no estaréis sosegados mientras padezca esclavo un solo pueblo, y vengaréis la virtud que mancillan los tiranos.

Habéis ofrecido acompañarme. Vamos a aprender juntos el arte de la guerra y de vencer. En la lucha que la razón y el derecho oponen al despotismo que oprime y a las malas pasiones, decide la justicia. Nadie podrá dudar que el triunfo estará de nuestro lado.

Vuestro propio valor es garantía también de mi palabra y de que alcanzaremos la gloria, premio de los nobles esfuerzos.

Simón Bolívar

Mompós, Diciembre 28 de 1812

La dinámica de las “escaramuzas” del río ideadas por Bolívar es vi-

gorosa y sorprendente. De paso por Guamal el 30 de diciembre, luego de pasar revista sobre los elementos de logística, escribe al ciudadano Vicente Piñérez:

“Mi estimado amigo:

Hoy he entrado aquí sin la menor resistencia como verá usted en el adjunto que dirigirá al presidente. Remito a usted esas cargas de azúcar y harina que se servirá mandar vender por cuenta de la tropa que hizo este botín. Nosotros tenemos el gusto de regalar a usted una carga de harina que escogerá. Es preciso que nombre usted jefes civiles, y Ribon, militares para organizar esto, pues yo sigo al amanecer al Banco”.

Dicho y hecho: Bolívar toma El Banco, como será habitual en sus maniobras de combate: por sorpresa. El jefe español, Capdevilla, al enterarse de su llegada huye por el río Cesar hacia Chiriguaná. Pero Bolívar no se da tregua y se lanza en su persecución hasta alcanzarlo y derrotarlo, apropiándose de sus armamentos y municiones. En aquella plaza establece su cuartel general y el 5 de enero escribe al ciudadano Pedro Nájera y al capitán Layet:

“Al teniente ciudadano Francisco Molina que sigue a Mompós a conducir algunos prisioneros, entregarán ustedes los prisioneros que mantienen en su poder y las armas inútiles, reservando sólo las útiles para el servicio de las tropas que vayan teniendo necesidad de reemplazarse, manteniéndose ustedes en ese punto para incorporarse a mi paso por ese lugar pues salgo hoy o mañana”.

Y decirlo es hacerlo: la palabra en Bolívar era concreta y activa. Anuncia como hechos cumplidos la toma de Tamalameque, la derrota de las fuerzas del capitán Capmani y la fácil y fulgurante ocupación de Puerto Real.

En su paso por los pueblos que iba conquistando iba dejando los em-

briones organizativos de un nuevo poder. Las victorias militares, decía Bolívar, son nulas si no están conducidas por el triunfo político. Sabía que un hilo conductor debe ligar todo lo objetivo con lo subjetivo. No basta lo uno sin lo otro. Era necesario formar al combatiente y al pueblo, concientizándolos, dándoles la espiritualidad de la tierra, identificándolos con su suelo, con su país, con su geografía, con sus intereses. Dándoles los principios de la solidaridad y de amor a la patria.

Los sorprendentes combates del río Magdalena abren de una manera impactante la Campaña Admirable. “Bolívar inicia entonces -nos dice Liévano Aguirre- la aplicación de una estrategia que, por desusada entre realistas y patriotas, habría de causar profundo desconcierto a sus enemigos y facilitarle su rápido aniquilamiento”. En efecto, lo lógico hubiese sido, de acuerdo con las normas de la guerra regular, que Bolívar se decidiera por consolidar las posiciones ganadas en tan sorprendentes combates. No ocurrió así y, para sorpresa de los españoles, tras simular que surcaba el Magdalena con rumbo hacia Bogotá, en una rápida contramarcha abandonó el río y trepó con sus combatientes a Ocaña, punto crucial de la Cordillera Oriental de los Andes, donde el 8 de enero se le tributó un fervoroso recibimiento, e instaló allí nueva sede para su Cuartel General.

El balance de estas vertiginosas acciones era bastante halagador: había llegado a Barranca con 70 hombres apenas armados; derrotó a los españoles y tomó las plazas de Tenerife, Mompós, El Banco, Chiriguaná, Tamalameque y Puerto Real y encontrábase ahora con una fuerza de más de 700 hombres armados en su propio Cuartel General de Ocaña. ¡Todo ello en sólo 17 días! Tiempo suficiente para limpiar de enemigos la región del Bajo Magdalena, despejar el camino hacia Cúcuta y el Táchira, punto limítrofe de Nueva Granada y Venezuela, y acreditar con hechos su retórica y dialéctica expuesta en el Manifiesto de Cartagena.

Para financiar su campaña expropiaba los bienes de los más prepotentes enemigos de la independencia y gravaba con empréstitos obligatorios a los más adinerados, como bien lo ejemplifica en su comunicación escrita desde Ocaña al ciudadano Simón Jácome el día 10 de febrero:

“Por última vez se le notifica a usted para que en el término de este día exhiba la cantidad que se le ha asignado en calidad de empréstito, en inteligencia de que al no verificarlo así se pasará a embargarle todos los bienes que es la pena que se debe aplicar a su tibieza y morosidad”.

De más está decir que sus triunfos despertaron tanto asombro como alegría en Cartagena y en el pueblo granadino. Y como nada consiguiera tanto como el éxito, la venturosa Campaña desbarató las intrigas de Manuel Castillo y Labatut, que airadamente exigían al presidente de Cartagena que convocase a una corte marcial para juzgar a su subalterno, Simón Bolívar, por desobedecer las órdenes de sus superiores y realizar una campaña moviéndose de Barranca sin órdenes previas.

Las tentativas de Castillo y Labatut fracasaron. Era claro que la ayuda prestada por Bolívar a la independencia, en la coyuntura crítica que amenazaba a Cartagena, valía mucho más que la observación rígida y formal de la disciplina militar. Claro está que Bolívar estimaba la disciplina como la regla de oro del militar. Pero, en el caso de una situación tan crítica, cuando la inacción y la falta de iniciativas de los comandantes de Cartagena abrían campo a las más ponzoñosas intrigas y arribismos, Bolívar se decide a actuar en forma revolucionaria para impedir que Cartagena y la Nueva Granada corrieran la misma suerte de Venezuela.

Y, desde luego, fijaría con firmeza su propia disciplina: “yo soy irrevocable como el destino, en los negocios de la disciplina”, como diría después al general Salom; “porque la disciplina es el alma de las

tropas enemigas, como lo es el valor de las nuestras; y por descontado, aquélla es más conveniente en una batalla general que éste”, como bien lo advirtió después al general Santander.

En consecuencia, Rodríguez Torices defendió a Bolívar, quien ya había comunicado simultáneamente a los gobiernos de Cartagena, Tunja y Santafé de Bogotá, que, al liberar la provincia del Bajo Magdalena, quedaban restablecidas las comunicaciones entre los tres estados granadinos. Y, por supuesto, los gobernantes granadinos no podían dejar de admirar que Simón Bolívar, que tres meses atrás había llegado al puerto de Cartagena como un fugitivo y desplazado de Venezuela, era ahora ¡un aliado!

LOS LÍMITES NO PUEDEN LIMITARNOS

“El solo brillo de vuestras armas invictas, hará desaparecer en los campos de Venezuela, las bandas españolas, como se disipan las nieblas delante de los rayos del sol” (Simón Bolívar: A los soldados del ejército de Cartagena y de la Unión. San Antonio de Venezuela, 1º de marzo de 1813)

Bolívar sabía que los límites o líneas fronterizas impuestos por la opresión colonialista, eran arbitrarios. No correspondían a la realidad sociocultural de nuestra América. Por eso, cuando en el Manifiesto de Cartagena menciona por primera vez la “independencia colombiana”, al referirse a la emancipación de Nueva Granada y Venezuela, lo mismo que cuando califica de compatriotas a granadinos y venezolanos, los integra como un todo indivisible de cuya unión nacerá, poco después, la Gran Colombia que él mismo proclama desde Angostura.

¡Qué diferente esta posición patriótica e internacionalista, integradora de pueblos y forjadora de la unidad latinoamericana con naciones histórica y culturalmente identificadas, en comparación con la posi-

ción de los caudillos federalistas, enfermos de regionalismo, cuya ambición se contentaba con establecer sus propios fundos en repúblicas. Si de estos últimos hubiese dependido el desenvolvimiento de los acontecimientos sociales, económicos, militares y políticos, nuestro continente estuviese parcelado en republiquetas llamadas Caracas, Coro, Maracaibo, Cumaná, Guyana, Apure, Tunja, Cartagena, Pamplona, Mompós, Santa Marta, Antioquia, Cundinamarca, Neiva, Cauca, Pasto, Quito, Guayaquil, Lima, Arequipa, etc., etc.

Es importante significar que las ideas unitarias de Bolívar coincidían en todo lo fundamental con las que por su lado venía exponiendo Antonio Nariño. Por eso mismo es altamente significativo que Camilo Torres, quien se hallaba en Tunja presidiendo el Congreso granadino, cuya política federalista lo había llevado a enfrentarse al gobierno de Nariño, hubiese dado acogida al Manifiesto de Cartagena, remitiéndolo al poder Ejecutivo con respuesta favorable para llevar a cabo la expedición sobre Venezuela.

Al margen de dicha remisión se lee una nota fechada en Tunja el 18 de febrero de 1813: “Al poder ejecutivo, para su inteligencia y contestación; en la que el Congreso, mirando como una misma la causa de Venezuela y de la Nueva Granada, ha deseado e insiste en aplicar sus recursos, en el momento que pueda, a favor de aquélla”.

Había logrado Bolívar, por vez primera, que nuestros caudillos enfrascados en pleitos de tierras y confrontaciones verbales y bélicas de alcance aldeano, se empinaran para divisar el continente, para mirar más allá de sus narices y de sus mojones y comprender que habían hallado en Bolívar al conductor de América. Haberlo comprendido así y disponer su apoyo, fue la reivindicación histórica de Camilo Torres, quien llamó a Bolívar la espada de la libertad. Fue, escribe Gervinus, como si en medio de todos los odios y pasiones, el entendimiento hubiese hablado por fin con el entendimiento.

Afirmemos con Masur que el futuro de Simón Bolívar, sin embargo,

no se limitaba a su profesión de soldado: “Ir a la guerra con otros oficiales venezolanos hubiera sido la decisión del valor, pero planear la liberación de toda Sudamérica fue la decisión de la grandeza”.

Por eso sus palabras, armadas de un gran poder persuasivo y apremiante, ponían al descubierto la pequeñez de los politiqueros malabaristas y faltos de inteligencia y de coraje. Bolívar pensaba en todos los pueblos de nuestra América para hacer frente a la dominación extranjera. Así lo había proclamado en su intervención en la Plazuela de San Jacinto, sobre las ruinas del terremoto del 26 de marzo de 1812: “¿Pero podrá existir un americano, que merezca este glorioso nombre, que no prorrumpe en un grito de muerte contra todo español, al contemplar el sacrificio de tantas víctimas inmoladas en toda la extensión de Venezuela? ¡No, no, no!”.

¡Qué lejanos y opuestos al pensamiento bolivariano los gobernantes herederos de Páez, Monagas y Carujo en Venezuela y los pupilos de Santander, Azuero y Ospina Rodríguez en la Nueva Granada! He aquí una razón bien contundente para no desmayar en la solidaridad de nuestra América con la República Bolivariana de Venezuela. Porque Simón Bolívar está en marcha para acometer la Campaña Admirable del siglo XXI.

He aquí una categórica razón, para comprender por qué el pensamiento ideológico y político del Libertador no se le transmite a nuestros pueblos, sino, por el contrario, se le retuerce y tergiversa de la más turbia manera. Como podemos ver al repasar la lectura del Manifiesto de Cartagena, Bolívar era para entonces un revolucionario completo: había crecido de sí mismo y se había fusionado de tal forma con el pueblo de nuestra América, que no pensaba tan sólo en derrotar al imperio español. Su estrategia iba más allá: “Quería -dice Masur-, ganar a sus compatriotas para su idea de integridad continental: Estados independientes unidos en un continente, Sudamérica...” ¡Nada de republiquetas ni de gobiernitos aislados!

Con razón escribieron Marshall y Crane, que, cuando Bolívar hizo entrega de su manifiesto a Rodríguez Torices, el primer mandatario de Cartagena concluyó su lectura como tocado por un relámpago, y dijo a Bolívar: ¡“Lo haré imprimir al momento, y no sólo se enviará esta proclama por correo, sino que se distribuirá a los ciudadanos”!

Evidentemente, el Manifiesto de Cartagena es el acta de nacimiento ideológico y político de Simón Bolívar; anticipa, como producto de una evolución orgánica ulterior, la Carta de Jamaica, el Discurso ante el Congreso de Angostura, su invitación a fundar el Congreso Anfictiónico de Panamá y su Proyecto de Constitución para Bolivia. En fin, concluyamos con el filósofo Fernando González al resumir la significación del Manifiesto de Cartagena: “Está allí la historia de la revolución hasta 1813, y es y será siempre una enseñanza para Sudamérica”.

En otras palabras, el Manifiesto de Cartagena es la carta de navegación de la Campaña Admirable, que desborda los límites de la arbitrariedad y abre paso a la integración de nuestros pueblos hermanos.

GRANADINOS: VENEZUELA Y LA AMÉRICA ENTERA NOS ESPERAN

“¡La América entera espera su libertad y salvación de vosotros, impertérritos soldados de Cartagena y de la Unión! No, su confianza no es vana, y Venezuela bien pronto os verá clavar vuestros estandartes en las fortalezas de Puerto Cabello y de La Guaira. Corred a colmaros de gloria adquiriéndooos el sublime renombre de Libertadores de Venezuela” (Simón Bolívar: Proclama a los soldados del ejército de Cartagena y de la Unión. Cuartel General de la villa redimida de San Antonio de Venezuela, 1º de marzo de 1813).

Acantonado en Ocaña, Bolívar se dedicó a informarse de todo lo relacionado con las posiciones enemigas en las vecindades de Cúcuta. Entre tanto, Labatut había tomado posesión de Santa Marta, consiguiendo que ésta se declarase por la independencia. Mas impuso una política represiva de consecuencias funestas, toda vez que al tomar el mando de la provincia “hizo arrestar y maltratar a los principales habitantes de la ciudad, criollos en su mayoría y todos partidarios sinceros de la causa liberal, que se habían permitido pedir un régimen menos opresivo. Les obligó a cederle, contra los asignados que Cartagena había introducido en Santa Marta, terrenos, mercancías,

valores de todo género, pretextando que los necesitaba su gobierno”. Esta política despótica y absurda —escribe Liévano—, suscitó la inconformidad de toda la provincia, donde los españoles continuaban siendo fuertes, “de tal suerte que, en menos de tres meses de su regreso a la independencia, Santa Marta levantaba de nuevo la autoridad de la metrópoli (marzo de 1813)”.

De todos modos Bolívar se movía con cautela en medio de un nudo de contradicciones políticas. Consideró prudente esperar la autorización del gobierno de Cartagena, teniendo en cuenta que hasta ahora sólo era un subalterno de Labatut, quien a su vez estaba subordinado a Castillo, y que éste y Rodríguez Torices constituían la dirección militar y política de dicho estado. Castillo, que se había convertido ya en un enemigo de Bolívar, insistía ante el presidente de Cartagena que Bolívar fuese sometido a una corte marcial, acusándole de insubordinación y de malgastar los fondos públicos.

Claro que este último cargo, como bien lo afirma Waldo Frank, “carecía de fundamento: el joven aristócrata, manirroto y despreocupado en sus gastos personales, puso de manifiesto en las cuentas que presentó de esa campaña un severo cuidado del dinero público”.

Tales eran las intrigas que se perpetraban en Cartagena para desautorizar a Bolívar y juzgarlo. Sin contar las prevenciones y rencores suscitados entre los caudillos del Congreso granadino instalado en Tunja, frente a Antonio Nariño que presidía el gobierno en la capital de la Nueva Granada. Bolívar se hallaba concentrado en estos problemas, cuando en los días 19 y 23 de enero recibió sucesivos comunicados del Congreso de Tunja, anunciando que las avanzadas de las tropas de Monteverde, al mando del coronel Ramón Correa, venían hacia Pamplona luego de haber conquistado a Cúcuta.

Estas noticias —como lo anota Liévano Aguirre—, causa de profundo desconcierto y temor para los granadinos, las recibió Bolívar con alegría, porque fácilmente advirtió que, ante la amenaza de Correa,

las diversas autoridades políticas de la Nueva Granada no tardarían en ponerse de acuerdo para confiarle la defensa de la frontera amenazada, proporcionándole así la ambicionada oportunidad de invadir a Venezuela. Y, sintiéndose autorizado para ello, se dispuso en el acto a enfrentar las fuerzas de Correa.

Ante todo, hay que advertir que la confrontación militar con las fuerzas españolas era lo más fácil en esta lucha. Era indispensable superar los escollos impuestos por la política oportunista y rastrera de caudillos sin estatura intelectual y sin propósitos altruistas y revolucionarios. “A partir de este momento -nos dice Liévano- debe comenzar para Bolívar esa larga y tenaz lucha con los jefes republicanos, que encasillados en la vieja táctica defensiva y faltos de aspiraciones continentales, se satisfacían con pequeñas victorias de tipo local y no consideraban prudente ni necesario colaborar en la defensa de la causa republicana entre sus vecinos. La primera de estas pugnas se le presentó a Bolívar con el coronel Manuel Castillo, hombre vacuo, vanidoso, bajo cuyo mando estaban los puestos militares fronterizos de la provincia de Tunja, hacia los cuales Correa avanzaba con ímpetu avasallador”. En vano intentó Bolívar ganar la amistad de Castillo, como cuando le escribe: “...mi ánimo nunca ha sido aumentar mis facultades en perjuicio de las suyas”, llegando hasta pedirle que lo admita bajo sus órdenes.

Pero por más que Castillo se empeñase en desplazar al ámbito personal su rencor contra Bolívar, lo cierto es que había entre ellos una profunda e irreconciliable contradicción ideológica, política, militar, estratégica y táctica, como se hizo manifiesto en la defensa de Pamplona contra las fuerzas españolas. En tanto que Castillo fijaba una posición de defensa estática, consistente en acuartelar sus tropas en Pamplona para combatir a Correa en el caso de que asaltara la ciudad; Bolívar invitaba a Castillo a unir fuerzas, para que conjuntamente desataran un sorpresivo ataque sobre Cúcuta para desalojar a Correa y dominar la ruta hacia San Antonio, vía que abriría el paso de los republicanos para marchar a Venezuela. En principio, el pro-

pio Rodríguez Torices quedó impresionado con el razonamiento de Bolívar, y le dio órdenes “de no moverse de donde estaba”.

Y, ciertamente, cuando Bolívar obtiene permiso para tomar a Cúcuta, se le advierte que, una vez cumplido el objetivo inmediato, no podía moverse de dicho límite. Sale de Ocaña con 500 hombres y quebranta la primera resistencia de los españoles en el Alto de la Aguada, para luego internarse en sus posiciones por las márgenes del río Zulia. El 28 de febrero alcanza las alturas desde donde se divisa el valle de San José de Cúcuta, observando desde allí los movimientos de las fuerzas del coronel Correa. Bolívar idea despachar cierto correo que calculadamente debería ser interceptado por el enemigo. En dicho correo “da a conocer” su plan de ataque y los movimientos a realizar, para forzar con ello una falsa apreciación entre los realistas e inesperadamente lanza sus efectivos contra los del desprevenido coronel español: tras una feroz batalla de más de cuatro horas, la columna de Ribas decide la contienda con una arremetida a bayoneta calada. Correa y los sobrevivientes consiguen huir hacia La Grita, y dejan en el campo de combate varios cañones y una considerable cantidad de armas y municiones.

El 1º de marzo de 1813 Bolívar expresa a sus combatientes una ardiente proclama:

“A los soldados del Ejército de Cartagena y de la Unión:

Soldados:

Vuestro valor ha salvado la patria, surcando los caudalosos ríos del Magdalena y del Zulia; transitando por los páramos y las montañas, atravesando los desiertos, arrostrando la sed, el hambre, el insomnio, combatiendo en los campos de Chiriguaná, Alto de la Aguada, San Cayetano y Cúcuta, reconquistando cien lugares, cinco villas y seis ciudades en las provincias de Santa Marta y Pamplona.

Vuestras armas libertadoras han venido hasta Venezuela que ve respirar ya a una de sus villas al abrigo de vuestra generosa protección. En menos de dos meses habéis terminado dos campañas, y habéis comenzado una tercera que empieza aquí, y debe concluir en el país que me dio la vida. Vosotros fieles republicanos marcharéis a redimir la cuna de la independencia colombiana como las cruzadas libertaron a Jerusalén cuna del cristianismo.

Yo que he tenido la honra de combatir a vuestro lado conozco los sentimientos magnánimos que os animan a favor de vuestros hermanos esclavizados, a quienes pueden únicamente dar salud, vida y libertad vuestros temibles brazos y vuestros pechos aguerridos. El solo brillo de vuestras armas invictas, hará desaparecer en los campos de Venezuela, las banderas españolas, como se disipan las tinieblas delante de los rayos del sol.

¡La América entera espera su libertad y salvación de vosotros, impertérritos soldados de Cartagena y de la Unión! No, su confianza no es vana, y Venezuela bien pronto os verá clavar vuestros estandartes en las fortalezas de Puerto Cabello y de La Guaira.

Corred a colmaros de gloria adquiriéndoo el sublime renombre de Libertadores de Venezuela”.

En ese mismo día y desde su Cuartel General de la Villa redimida de San Antonio de Venezuela, dirige otra proclama al pueblo venezolano de la región:

“Ciudadanos:

Yo soy uno de vuestros hermanos de Caracas, que arrancado prodigiosamente por el Dios de las misericordias de las manos de los tiranos que agobian a Venezuela vuestra patria, he venido a redimiros del duro cautiverio en que yaciais bajo el feroz despotis-

mo de los bandidos españoles que infestan nuestras comarcas. He venido digo, a traeros la libertad, la independencia y el reino de la justicia, protegido generosamente por las gloriosas armas de Cartagena y de la Unión, que han arrojado ya de su seno a los indignos enemigos que pretendían subyugarlas, y han tomado a su cargo el heroico empeño de romper las cadenas que arrastra todavía una gran porción de los pueblos de Venezuela.

Vosotros tenéis la dicha de ser los primeros que levantáis la cerviz, sacudiendo el yugo que os abrumaba con mayor crueldad, porque defendisteis en vuestros propios hogares vuestros sagrados derechos. En este día ha resucitado la República de Venezuela, tomando el primer aliento en la patriótica y valerosa villa de San Antonio, primera en respirar, la libertad como lo es en el orden local de vuestro sagrado territorio.

Venezolanos: vuestro júbilo es igual a la grandeza del bien que acabáis de recibir; y aunque superior a todos los sentimientos que puede inspirar la naturaleza, sólo le iguala el que experimenta mi alma, siendo el instrumento de vuestra redención, y recibéndola yo también como hijo de Venezuela, de mis compañeros de armas los ínclitos soldados de Cartagena y de la Unión.

Prosternaos delante del Dios omnipotente, y elevad vuestros cánticos de alabanza hasta su trono, porque os ha restituido el augusto carácter de hombres”.

El parte de victoria que Bolívar envía de inmediato al presidente del Congreso de la Nueva Granada es contundente:

“Ya tiene vuestra excelencia terminada la campaña de Cúcuta y libertada una bella porción de la Nueva Granada de los tiranos que la assolaban. ¡Ahora sólo nos resta vencer a los opresores de Venezuela!

“

La noticia victoriosa destruyó una vez más las argucias de Castillo, quien venía influyendo una parte del Congreso contra Bolívar, conceptuando que la campaña de Cúcuta era una quimera y un absurdo costoso para los granadinos. La buena nueva fue comunicada por Camilo Torres al Congreso en pleno, que la acogió con alborozo, y procedió a remitirle copia del boletín a don Antonio Nariño, agregándole estas palabras: “Sea cual fuere el estado actual de nuestras cosas, a vuestra Excelencia y al ilustre pueblo de Santafé no puede dejar de interesar la adjunta noticia, que comunico con el mayor placer”.

Por consiguiente, los efectos de la campaña fueron múltiples, si analizamos los siguientes aspectos:

1. Desde Cartagena hasta Cúcuta ha propiciado derrotas fulminantes a todos los puestos que eran bastiones de los españoles.
2. Además de liberar importantes regiones en todo el trayecto, se fueron construyendo las primeras bases del Ejército Libertador.
3. Había frustrado las intrigas corrosivas de Castillo y Labatut, al tiempo que conciliaba las contradicciones entre Torres y Nariño, los más importantes líderes granadinos.
4. Sentaba las bases sociales y políticas para la integración solidaria de granadinos y venezolanos para la construcción de Colombia. Y,
5. Se había empezado victoriosamente el camino hacia el objetivo estratégico de la independencia de toda nuestra América.

Lo anterior, además, creaba las condiciones para que el gobierno de Cundinamarca y el Congreso de Tunja, procedieran a la dotación de dos importantísimas expediciones libertadoras: la que Bolívar solicitaba sobre Venezuela, y la que comandaría el propio Nariño hacia el sur: la región de Pasto y el Ecuador.

LA MARCHA SOBRE MERIDA

“Aceptad, ilustres merideños, las congratulaciones que, a nombre del Congreso de la Nueva Granada, tengo el honor de haceros, reponiéndolos en el uso de vuestra autoridad, que sin duda será ejercida con la dignidad que corresponde a un gobierno independiente” (Simón Bolívar: Discurso pronunciado ante la Municipalidad de Mérida, el 23 de mayo de 1813).

Situado sobre el camino a Venezuela y urgido como estaba de que se le autorizara la nueva campaña en territorio venezolano, Bolívar envió a José Félix Ribas con varios mensajes a Camilo Torres y Antonio Nariño. Entre tanto se traslada con sus compañeros al Táchira, sin descuidar el empeño en persuadir a Rodríguez Torices en el mismo sentido, esto es expedicionar sobre Caracas. Sin embargo, las noticias que recibe sobre la situación crítica en que se hallaba Cartagena eran muy malas.

En efecto, derrotado Labatut tuvo que huir a Cartagena, que era de nuevo amenazada por los realistas desde Santa Marta. Rodríguez Torices ordena el destierro de Labatut y no piensa más que en los preparativos para la defensa de Cartagena. Labatut es sustituido por el coronel Chatillón -el mismo que había formado parte del Estado

Mayor de Guerra de Miranda- quien toma la dirección de las fuerzas cartageneras con la misión de reconquistar a Santa Marta, sin embargo, en el pueblo de Toribio en el sur de Santa Marta, la expedición fue completamente abatida por los realistas. El propio Chatillón y 500 hombres que constituían la mitad de su destacamento, perecieron en aquel funesto combate. Esto, lógicamente perjudicaba los planes de Bolívar, no sólo porque no podía esperar apoyo de Cartagena, sino porque recibió orden del presidente Rodríguez Torices para que le devolviera los hombres con quienes había hecho la campaña del bajo Magdalena.

Al mismo tiempo, el coronel Castillo no cejaba en su propósito de indisponer a la mayoría del Congreso de Tunja contra Bolívar, por más que Camilo Torres y José Fernández Madrid defendían con vehemencia los proyectos y puntos de vista de Bolívar con relación a su expedición libertadora. Castillo sostenía injuriosamente que Bolívar era un demente, cuyos proyectos no eran más que aventuras quiméricas propias de una cabeza delirante, insistiendo, además, que si el Congreso respaldaba al venezolano, él, el coronel Castillo, “el vencedor de la Grita, saldría del ejército”.

La lógica de Castillo era simple: ¿qué podía hacer un demente con algunos centenares de guerrilleros, por muy arrojados que fueran éstos, si bajo la dirección de Monteverde estaban enrolados más de 16.000 hombres de tropa? ¿Por dónde podrían ese loco y sus aventureros avanzar sobre Caracas, si Trujillo estaba custodiada por 500 hombres al cuidado del capitán Cañas, si Coro era el tradicional fortín realista con más de 1000 hombre guarneciéndolo; si entre Barquisimeto y Valencia estaba el coronel Oberto con más de 1000 hombres en armas, y Tíscar vigilaba con otros 1000 soldados en las cercanías de Guasdalito; si el cuartel general realista de Barinas tenía 1500 hombres bien pertrechados, San Carlos 1200 y el propio Monteverde estaba reforzado en su escolta personal con 700 soldados escogidos y recibía el apoyo constante de la poderosa guarnición de Puerto Cabello? Evidentemente, concluye Castillo, Bolívar tenía que estar loco.

Por fin, el 30 de marzo, Bolívar es autorizado a marchar a Venezuela y es nombrado Comandante en Jefe, tal como lo indica la notificación fechada el 1º de abril. Bolívar procede de inmediato: “hallándose el enemigo en la ciudad de La Grita, he determinado que marche el coronel Castillo, con 500 ó 600 hombres, a destruirlo o desalojarlo por lo menos: operación que no debe ser muy difícil tanto por la naturaleza de las fuerzas enemigas como por el valor de las nuestras, y el talento y virtud militar que distinguen al coronel Castillo y al teniente coronel Girardot, que mandan la expedición.

Sin embargo, advierte Enrique Uribe White en su biografía de Girardot, esta orden -según aclara Lecuna-, no fue cumplida sino el 13 de abril, “a pesar de los esfuerzos del impetuoso Girardot, comandante del 4º Batallón de la Unión, joven oficial siempre decidido a toda acción enérgica”. El realista Correa fue derrotado y se retiró a Mérida.

Bolívar debió enfrentar entonces una situación extremadamente crítica en la cúpula militar de las fuerzas granadinas. Fueron inútiles sus esfuerzos por persuadir a Castillo para integrar la expedición libertadora. Al concederse a Bolívar el mando del ejército granadino, el coronel Castillo y sus efectivos pasaron a ser parte de dicho cuerpo. Esta situación provocó la ira del coronel que no podía aceptar verse relegado como subalterno del venezolano. Y aunque aparentaba obedecer la autoridad del Congreso, reiteró ante éste su franca resistencia contra Bolívar, insistiendo en que era “peligroso atacar a Venezuela con una fuerza escasa, y, con toda seguridad -decía- seremos sacrificados si avanzamos más allá de Mérida bajo el mando de Bolívar, cuyos proyectos son desordenados y temerarios”.

De este modo el coronel Castillo presentó renuncia y dejó el cargo a Baraya que, identificándose con su jefe también renunció y contramarchó sobre Cúcuta. Así las cosas, las tropas confederadas quedaron al mando del sargento mayor Francisco de Paula Santander. Lo peor de todo es que tal insubordinación amenazaba con crear una profunda crisis de autoridad. Oficiales como Delhúyar, por ejemplo,

ya habían dado muestras de indisciplina, y el propio Félix Ribas, cuya esposa era la menor de las tías de Bolívar, se mostraba reacio a recibir órdenes de su sobrino.

Para enfrentar tan delicada situación, Bolívar tuvo que aceptar el elemento humano que tenía a su alcance y, como escribe Frank, “nombró lugarteniente a Santander y ordenó que se iniciase la marcha. Santander se negó a ello, Bolívar se midió por vez primera con el hombre que habría de serle más fatal en su vida. Santander, nueve años más joven que Bolívar, tenía veintiuno. Nacido en Cúcuta... había sido educado en un colegio religioso de Bogotá. Era abogado, católico, federalista convencido y admirador de Castillo...”.

Santander dijo a Bolívar: mi obligación es seguir al brigadier Castillo, porque ninguna reunión del Estado Mayor ha aprobado el avance...

Bolívar se encaró con aquel hombre joven, alto, fríamente reservado (...) Santander vio ante sí al nervioso venezolano, más bajo de estatura y más moreno que él.

Bolívar le dijo: ¡Teniente, antes de que acabe el día tendré que fusilarlo o usted me fusilará a mí!

El intelectual granadino se calló, y resolvió el dilema marchando al encuentro de Castillo, en Cúcuta, y llevándose con él a una buena parte del pequeño ejército”.

Santander, que a decir de O’Leary y otros historiadores y cronistas “era reservado, callado y vengativo”, nunca olvidaría este enfrentamiento con Bolívar. Aunque el propio Santander escribiese posteriormente, para justificar su denigrante conducta: “mientras que Bolívar llevaba a cabo con audacia inimitable su gloriosa empresa de arrojar a Monteverde de Caracas, yo quedé encargado de la seguridad del valle de Cúcuta...” (?)

Este bochornoso episodio en que Castillo, Baraya y Santander estuvieron a punto de hacer fracasar el proyecto de Bolívar, lo he presentado tal y como lo expone con toda objetividad y pulcritud el historiador norteamericano Waldo Frank, a quien algunos historiógrafos oficiales han tachado como “enemigo de Colombia”, por el hecho de que en su libro Bolívar, el nacimiento de un mundo, Santander se nos presenta como es. O sea, un falso héroe nacional, como bien lo señala el filósofo Fernando González; o como un paradigma equivocado, como acertadamente lo ha denunciado el intelectual y poeta Martín Acantilado.

Algunos historiadores, como Max Grillo en su obra El Hombre de las Leyes, han pretendido acusar a O’Leary, manifestando que en la relación del citado episodio, el irlandés cae en la exageración. Sin embargo, la versión de O’Leary es plenamente confirmada por los documentos y testimonios más inapelables, como lo expone Bernardo Caycedo en su libro Grandezas y Miserias de dos Victorias, igualmente citado por Uribe White: “...sucedió el incidente con el mayor Santander, que relata O’Leary, al que se refiere Caicedo para probar, con cita de una carta de Santander, que el irlandés no exageraba, como quiere Max Grillo, que lo refiere para impugnar a O’Leary.

“Dirigiéndose Bolívar a Santander le ordenó marchar. Contestó éste que no estaba dispuesto a obedecer: “marche usted inmediatamente -replicó Bolívar- o usted me fusila a mí, o positivamente yo lo fusilo a usted”. La división partió, y Santander, que era tenido como uno de los principales instigadores de Castillo, y de los más actores en promover el descontento que reinaba entre los oficiales, con fútiles excusas se quedó en La Grita y no volvió a unirse a la división. De este modo se vio Bolívar libre de la presencia de dos jefes influyentes, cuyas intrigas le habían enajenado la confianza de sus subalternos, y entibiado el ardimiento de la tropa, que en breve renació con la victoria”.

Pese al deplorable ejemplo de los dudadores -como los llamaba Na-

riño-, Bolívar permaneció al frente de quienes lo habían acompañado, y les dijo: ¡los que quieran seguirme hasta Caracas, pueden hacerlo. Los que no estén de acuerdo con ello, tienen ahora tiempo de volverse atrás!

Rafael Urdaneta salió al frente y respondió a Bolívar:

“¡General, si con dos hombres bastara para emancipar la patria, pronto estoy a acompañar a usted!”

Esta actitud tocó en lo más profundo al grupo de granadinos que habían llegado a sus filas enviados y escogidos personalmente por Antonio Nariño, junto con los refuerzos venidos desde Tunja. Bolívar pasó revista a todos y cada uno de estos jóvenes. Entre ellos estaban Atanasio Girardot, Joaquín París, Hermógenes Maza, José María Ortega Nariño (sobrino del general Nariño), Luciano D'Elhúyar, Antonio Ricaurte y Francisco de Paula Vélez. Bolívar pareció intuir que la valía de este refuerzo, no por su cantidad sino por su calidad humana, estaba por revelarse. Procedían de Pamplona, Tunja, Santafé, El Socorro, Mompós, Cartagena y Antioquia. Pura flor granadina ofrendada en sublime acto de solidaridad para con sus hermanos venezolanos.

Bolívar comienza la marcha mientras va definiendo la composición de su Estado Mayor. La estrategia estaba claramente trazada: liberar a Venezuela y propagar el fuego revolucionario a la América entera. El ordenamiento táctico, en cambio, se iría definiendo bajo el dictado de circunstancias siempre complejas y cambiantes. Mérida era su objetivo inmediato. Cuando el reducido ejército republicano se acercaba a él, Bolívar se las ingeniaba para despachar “informes confidenciales” que debían caer en manos enemigas.

Versaban tales informes sobre el poderoso ejército que iba bajo su mando. El coronel Correa, al enterarse de ello, abandonó sus posiciones, y los republicanos entraron triunfalmente a Mérida el 23 de

mayo, siendo recibidos con aclamaciones y banderas. Allí ingresaron 600 voluntarios al ejército patriota, entre éstos, 200 hombre a caballo, venidos de los Llanos. Campo Elías y Francisco Ponce, español el primero, abrazaron la causa de la independencia y fueron asignados al mando del nuevo contingente. Y allí mismo dirigió su discurso a la Municipalidad de Mérida:

“Permitidme, señores, expresar los sentimientos de júbilo que experimenta mi corazón al verme rodeado de tan esclarecidos y virtuosos ciudadanos, los que formáis la representación popular de esta patriótica ciudad, que por sus propios esfuerzos ha tenido la dicha de arrojar de su seno a los tiranos que la oprimían, en el glorioso día del 18 del mes pasado, y de recobrar los sagrados derechos de la soberanía que había perdido con la inicua invasión que hicieron a este Estado los bandidos de la España que infestaban y tienen todavía sujeta una parte de la confederación venezolana.

El augusto Congreso de la Nueva Granada, tocado de compasión al contemplar el doloroso espectáculo que presenta el buen pueblo de Caracas, aún gimiendo en cadenas y conmovido de indignación por el grito de la justicia, que está clamando vindicta contra los usurpadores de los derechos de la América, ha enviado su Ejército Libertador a restablecer en su antigua soberanía a las provincias que componen la República de Venezuela. La gloria del Congreso y del Ejército que os ha redimido consiste en la magnanimidad de sus designios, que no son otros que los de destruir a vuestros verdugos y ponerlos en aptitud de gobernarlos por vuestras constituciones y por vuestros magistrados.

Nuestras armas redentoras no han venido a daros leyes, ni menos a perseguir al noble americano; han venido a protegeros contra vuestros natos enemigos los españoles de Europa, a quienes juramos una guerra eterna y un odio implacable, porque ellos han violado los derechos de gentes y de las naciones, infringiendo las

capitulaciones, y los tratados más solemnes, persiguiendo impiamente al inocente y al débil, reduciendo los pueblos enteros a la indigencia y desolación, degradando el santo carácter del sacerdocio y cargando de prisiones a los Ministros del altar, a los magistrados, a los defensores de la patria y a toda clase de ciudadanos por el solo delito de ser americanos.

Aceptad, ilustres merideños, las congratulaciones que, a nombre del Congreso de la Nueva Granada, tengo el honor de haceros, reponiéndoos en el uso de vuestra autoridad, que sin duda será ejercida con la dignidad que corresponde a un gobierno independiente; y yo me lisonjeo que bien pronto veréis en medio de vosotros a vuestros magistrados del Poder Ejecutivo provincial, que han sido ya invitados por mí, para que vengan a llenar las funciones de su Ministerio, en cumplimiento de las generosas órdenes del Congreso que ha tomado a su cargo el restablecimiento de la Constitución venezolana, que regía los Estados antes de la irrupción de los bandidos que ya hemos expulsado de toda la provincia de Mérida y arrojaaremos más allá de los mares, si el Dios de los ejércitos protege la causa de la justicia.

Tengo la honra de poner en vuestras manos el título de mi comisión, que como veréis no tiene otro objeto que amparar al americano y exterminar al español; destruir el gobierno intruso y reponer el legítimo; en fin, dar libertad a la República de Venezuela”.

Y como no hay que perder tiempo sino recuperar el que se perdió durante tres meses enfrentando intrigas y arrojando las insubordinaciones, Bolívar escribe desde la ciudad de Mérida al señor Presidente de La Unión, instándolo a la agilización de los procedimientos, cuando ya tenía meditada su maniobra sobre Barinas, dirigiendo el grueso del ejército hacia Betijoque y Carache, en tanto que el coronel Atanasio Girardot marcha con la vanguardia hacia Trujillo. En su oficio Bolívar plantea:

“Yo espero con la más inmortal impaciencia la orden para marchar rápidamente sobre Caracas a cumplir mi profecía de fijar los estandartes de la Nueva Granada en los muros de Puerto Cabello y La Guaira: todo el ejército aspira por tener esta gloria, y no hay un solo cobarde en él que se atreva a no desearlo.

Antes de ahora he ofrecido a V.E. reconquistar a Venezuela con las solas tropas de mi mando. Repito la misma oferta, pero con el sentimiento de que es tanto más fácil esta empresa cuanto menos gloriosa. Nuestra descubierta ha marchado hoy; mañana marchará la avanzada y sucesivamente el grueso del ejército hacia Betijoque y Carache, que es donde únicamente existen algunas reliquias de nuestros enemigos, que estarán extremadamente acobardados con la noticias de la ausencia de Monteverde, que prueba una de dos cosas, o la desesperación de triunfar de nosotros, o inminentes peligros por la parte de Cumaná, lo que siempre es un desaliento para las tropas partidarias de los opresores.

Dentro de dos meses podremos ver enteramente libertada la República de Venezuela, siempre que, como lo espero del Soberano Poder Ejecutivo de la Unión, se me autorice para obrar con arreglo a las circunstancias, pues de otro modo no aprovecharemos la bella oportunidad que se nos ofrece y perderemos el tiempo, como hemos perdido estos tres meses pasados arruinando el erario, destruyendo el entusiasmo de las tropas y exponiendo la suerte del ejército sin ventaja alguna, y desperdiciando las que el enemigo nos ha presentado. Yo me tomo la libertad de exponer a V. E. estas observaciones, para que se digne mirarlas con indulgencia, y tomarlas en consideración”.

Y ante la barbarie terrorista del ejército colonial español, cuya sevicia se ensaña de una forma ciega masacrando campesinos de aldeas enteras, Bolívar proclama a los valientes moradores de Mérida:

“...Los verdugos que se titulan nuestros enemigos han violado el

sagrado derecho de gentes y de las naciones en Quito, La Paz, México, Caracas y recientemente en Popayán. Ellos sacrificaron en sus mazmorras a nuestros virtuosos hermanos en las ciudades de Quito y La Paz. Degollaron a millares de nuestros prisioneros en México; sepultaron vivos en las bóvedas y pontones de Puerto Cabello y de La Guaira a nuestros padres, hijos, y amigos de Venezuela; han inmolado al Presidente y Comandante de Popayán con todos sus compañeros de infortunio; y últimamente ¡oh Dios! ¡Casi a presencia de nosotros han hecho una espantosa carnicería en Barinas de nuestros prisioneros de guerra y de nuestros pacíficos compatriotas de aquella capital! Mas esas víctimas serán vengadas, estos verdugos serán exterminados. Nuestra vindicta será igual a la ferocidad española. Nuestra bondad se agotó ya y puesto que nuestros opresores nos fuerzan a una guerra mortal, ellos desaparecerán de América, y nuestra tierra será purgada de los monstruos que la infestan. Nuestro odio será implacable, y la guerra será a muerte”.

Para entonces Bolívar obraba ya con un Estado Mayor en el que se destaca Urdaneta como jefe, Girardot dirigiendo la vanguardia y Ribas al mando de la retaguardia. La distinción hecha por Bolívar al nombrar al joven Girardot como Comandante en Jefe de la vanguardia, constituyó un acierto vital para el buen éxito de las acciones militares del ejército republicano. El joven antioqueño nacido en San Jerónimo y bautizado en Medellín, contaba para entonces con la edad de 22 años. Su dinamismo y vigor, su ya comprobada lealtad y patriotismo, su heroísmo y talento y el arrojo que contagiaba a sus soldados, lo erigen como el más destacado de los oficiales que acompañaron a Bolívar en la Campaña Admirable, si bien su temprana desaparición al morir heroicamente en combate privaría a Bolívar de uno de sus más firmes colaboradores y a Colombia de uno de sus mejores hijos.

La orden impartida por Bolívar es del siguiente tenor:

“Ciudadano Comandante del 4º Batallón, Teniente Coronel Atanasio Girardot:

Estando usted nombrado Comandante en Jefe de la vanguardia, compuesta de todas las compañías de fusileros del 3º, 4º y 5º Batallón de línea, que han marchado ya hacia la ciudad de Trujillo por los itinerarios, y con las instrucciones que tengo el honor de acompañar a usted, le prevengo que inmediatamente que reciba usted esta orden, parta a incorporarse al expresado cuerpo de vanguardia, a ejecutar las disposiciones que se expresan en los oficios dirigidos a los comandantes de los trozos que han salido de este Cuartel General.

Siendo imposible prever todos los casos que pueden presentarse, y estando yo y todo el mundo satisfecho perfectamente del valor y talento militar que a usted distingue, le autorizo plenamente para que obre con libertad, arreglando su conducta al imperio de las circunstancias; y tomando todas las medidas convenientes para gobernar los pueblos que nuestras armas liberten; y hacer colección de víveres, dinero, hombres y caballería para el servicio del ejército (...).

Cuartel General de Mérida, mayo 31 de 1813.

(Fdo) Simón Bolívar”

MANIOBRA DE BARINAS, TOMA DE TRUJILLO.

“A pesar de nuestros justos resentimientos contra los inicuos españoles, nuestro magnánimo corazón se digna aún, abrirles por la última vez una vía a la conciliación y a la amistad; todavía se les invita a vivir pacíficamente entre nosotros, si detestando sus crímenes y convirtiéndose de buena fe, cooperan con nosotros a la destrucción del Gobierno intruso de la España, y al restablecimiento de la República de Venezuela” (Simón Bolívar: Proclama a los venezolanos. Cuartel General de Trujillo, 15 de junio de 1813).

Tras una rápida gestión en Mérida, donde Bolívar incrementó su ejército con otros mil combatientes, promovió a Girardot, como ya hemos visto, como Comandante en Jefe de las fuerzas de vanguardia; ubica a Urdaneta (natural de Maracaibo y educado en Santafé de Bogotá), en la dirección de su Estado Mayor; mientras que Ribas, que llega con el parque es encomendado a la retaguardia. Y, como escribe Uribe White, concibe la espléndida Maniobra de Barinas que, echando una ojeada al mapa de este capítulo, se puede comprender. “Primero, limpiar a Trujillo, su flanco izquierdo, de enemigos;

a ellos va Girardot; no atacar a Tíscar, que tiene 2600 hombres, de frente, por escabrosa ruta, sino, dando una gran vuelta al norte, por Guanare, aislarlo de toda posibilidad de socorro, por San Carlos, y tomarlo por sorpresa por la espalda. La primera parte de la maniobra se ejecuta con precisión, de acuerdo con las órdenes recibidas y el carácter impetuoso de Girardot, dice Lecuna. Las columnas de D'Elhúyar y Maza, a órdenes de aquel, baten el 3 de junio a Correa en Ponemesa y lo hacen huir, desbaratado, a los bosques del lago Maracaibo. Girardot no le dio tiempo de replegarse a Carache, donde hubiera obtenido refuerzos...”.

Leamos lo que Girardot ha escrito sobre lo anterior:

“Trujillo libre de godos, junio 9 de 1813.

En la que les escribí de Mérida les dije que marchaba a Betijoque, donde estaba Correa. Este, apenas vio nuestras bayonetas cuando se ponía en fuga; lo perseguimos hasta cerca del puerto, y a esta hora estaría en Maracaibo. Aquí tenemos un pueblo llamado Carache, donde hay algunos enemigos, los que en breve probarán nuestros esfuerzos y serán derrotados; y creemos que éste y el embarazo de Barinas serán los únicos que tenemos hasta Valencia, y de allí a Caracas. Repetidas veces le he dicho que no tengan cuidado por mí, pues las balas no se atreven a mi pecho.

Muchos abrazos a Cancino, que recibí los escudos, que agradezco, y que no le escribo porque tengo la cabeza muy revuelta con los asuntos de Gobierno o generales, pues aquí soy todo mientras formo un Cabildo abierto, promulgo bandos, embargo bienes de godos, etc., etc.

Salud y libertad”.

Por este medio Girardot mantenía enterada a todos sus familiares y amigos sobre el proceso de la expedición libertadora a Venezuela. Al

día siguiente, el 10 de junio, Atanasio Girardot decreta en la misma ciudad de Trujillo un indulto, del que transcribimos lo siguiente:

“ATANASIO GIRARDOT, Teniente Coronel y Cuartel Maestro de los Ejércitos de los Estados Unidos de la Nueva Granada, Comandante del 4º Batallón de Línea y en Jefe de las Divisiones que componen la vanguardia del Ejército de Operaciones del Norte, destinado a libertar los oprimidos pueblos de Venezuela, y del que es General en Jefe el señor Brigadier Simón Bolívar, etc., etc.

Hago saber para su observancia y cumplimiento de esta ciudad capital de Trujillo y pueblos de su jurisdicción, los artículos siguientes:

1º. Que el expresado General en Jefe, como órgano del Poder Ejecutivo de la Unión, me ha encargado que a los pueblos de Venezuela que fuéremos libertando se les vaya restableciendo la misma forma o estado de Gobierno en que los encontró la invasión y que le disolvieron sus bárbaros opresores... Arreglándome a las instrucciones y órdenes de mi General, prevengo que el día doce del presente mes y año se tenga un Cabildo abierto en las casas consistoriales, presidido por las personas de que se compone actualmente la Municipalidad, y al que concurrirán el venerable Padre Cura, Prelados de las religiones...

3º. Desde este momento quedarán en quieta y pacífica posesión de sus posesiones todos los ciudadanos del Distrito a quienes por el gobierno español se les habían embargado o confiscado sus bienes, muebles y raíces...

4º. Todos los vecinos estantes y habitantes de esta capital y pueblos de su comprehensión presentarán inmediatamente a esta Comandancia las armas de fuego y blancas que tengan, como así mismo las municiones de guerra, como pólvora, balas, piedras de chispa... apercibiendo a los contraventores de este artículo con las

severas penas a que se hacen acreedores los rebeldes y sordos a los clamores de la Patria.

A nombre del General en Jefe y del Soberano de la Nueva Granada ofrezco indulto y garantía a todos los soldados dispersos del ya exterminado ejército de Correa, y a los que se presenten con su fusil, bayoneta y fornitura la gratificación de cuatro pesos.

Dado en el Cuartel principal de la vanguardia del Ejército, en la ciudad libre de Trujillo, a diez de junio de mil ochocientos trece, tercero de la Independencia.

(Fdo). ATANASIO GIRARDOT”.

En su tránsito hacia Trujillo Bolívar habló a los paisanos por cuantas aldeas cruzó. No consiguió, sin embargo, incorporarlos a sus filas. Por el contrario, los campesinos se aferraban a sus labores o se internaban en los montes para evitar su reclutamiento. Notó Bolívar que no había allí el entusiasmo republicano que conoció entre los granadinos. Pero claro está: el pueblo de la Nueva Granada había sido formado en gran parte por la masiva insurgencia de los comuneros, y todavía resonaba en el ambiente la consigna de su líder José Antonio Galán llamando a la población para crear la unión de los oprimidos contra los opresores y fundar el Estado del Común. En Venezuela, en cambio, el pueblo profundo de amplias regiones no se sentía interpretado en el discurso de los criollos blancos y prepotentes que decían ser republicanos y conservaban la esclavitud y los privilegios contra la gran masa de la población.

Concentrado en estas reflexiones hallábase Bolívar en el Cuartel General de Trujillo. Había proclamado la independencia, pero la gente común no se entusiasmaba con dicho suceso. Fue entonces cuando recibió del Congreso de Tunja un manifiesto de apoyo, firmado por Camilo Torres, que más parecía una proclama dirigida al pueblo venezolano. Leyóla entonces conmovido al pueblo trujillano en la

plaza principal, procurando exaltar el ánimo de la multitud con la entonación arrebatada de su voz. Esta proclama de Camilo Torres comunicada al pueblo por la voz de Simón Bolívar, manifiesta:

“¡Venezolanos!

Reuníos bajo las banderas de la Nueva Granada que tremolan ya en vuestros campos, y que deben llenar de terror a los enemigos del hombre americano... Levantaos contra vuestros opresores... Es preciso que nadie quede en su asiento... Varones, jóvenes y hasta niños, si es posible, de uno y otro sexo, desplieguen su justo enojo contra los tiranos. Corred a las armas, venezolanos todos, y haceos dignos de la gloria que les espera a los libertadores de la Patria!”.

La acogida no fue todo lo calurosa y firme que era de desear. Pero, poco a poco, fuéronse situando entre las filas de Bolívar algunos campesinos, indígenas inconscientes hasta entonces, labradores que antes habían sido remisos, criollos ociosos y comerciantes pequeños y medianos. Esto, no obstante, no se compadecía con la brutalidad sanguinaria de los realistas en el país, que habían provocado el levantamiento devastador y anárquico de los negros, esclavos y libertos, de los indios enajenados por las supercherías del clero: movimientos de un resentimiento social y atávico terribles.

Por otra parte era indispensable concientizar a las amplias masas de la población. Diferenciar claramente a los americanos en el bando amigo y a los españoles de Europa en el bando enemigo, constituía un elemento de formación ideológica y política de capital importancia, pues, hasta entonces, los únicos que se llamaban a sí mismos americanos, ostentando dicho nombre con orgullo, eran los criollos ilustrados que, por lo general, pertenecían a los sectores sociales más poderosos en dinero, haciendas y esclavos, o quienes autonombrándose liberales, sólo avanzarían, como se comprobó en esa misma época, a la libertad de comercio. ¡No estaban interesados en la liber-

tad del pueblo, querían conservar sus esclavos y, como lo advirtió Bolívar, terminarían ensangrentando nuestros países y no tardarían en buscarse un nuevo amo!

Muy poco podía hacerse mientras amplias extensiones del pueblo se identificaran con lo español, creyendo, además, las prédicas del clero godo que aseguraban que el propio rey de España no hacía más que ejecutar una soberanía plena concedida por Dios. Educar a las masas populares en tal diferenciación era asunto prioritario. Siempre lo ha sido y siempre lo será. Si un pueblo no es conciente de sus propios intereses, si no sabe distinguir entre quiénes lo interpretan y quiénes lo esclavizan, tendrá amos y cadenas durante su tortuosa existencia. Bolívar no pasaba por alto que mucho más de la mitad de las fuerzas realistas en Venezuela era conformada por nativos que habían adquirido el hábito de la obediencia al imperio, que nunca habían sido libres y por lo tanto nada sabían de libertad, y que, por lo tanto, en tales circunstancias, la guerra de independencia tenía al mismo tiempo cierto carácter de confrontación civil.

Bolívar siempre tuvo ante sí la dolorosa representación del holocausto de nuestra América: la exterminación continental de los pueblos aborígenes, de sus civilizaciones, de sus valores y de su vida; la explotación inhumana de millares de esclavos en todo el continente; los infames patíbulos y cadalsos en que fueron victimados los hombres y mujeres republicanos y patriotas; los atroces masacramientos de los guaraníes en el Paraguay, de los incas en el Perú, de los comuneros en la Nueva Granada, de los cristeros en México, y, en fin, la ejecución en las mazmorras y presidios de los más valiosos intelectuales que sólo reclamaban el derecho a vivir con dignidad y de acuerdo con los fueros de su conciencia.

¿Qué dice el mundo sobre este holocausto? Ese mundo que se autotitula civilizado ¿qué nos dijo ayer? ¿Qué nos dice hoy? ¿Hasta cuándo seguiremos abandonados a nuestra propia suerte si el mundo que llaman civilizado es testigo mudo y pasivo de las fechorías co-

medidas por la dominación colonialista en la tierra?

Así lo expone Simón Bolívar en sus discursos y proclamas en todos los pueblos y regiones por donde marcha, y en sus manifiestos a las naciones del mundo.

¡GUERRA A MUERTE A LOS OPRESORES!

“No envainaré jamás la espada mientras la libertad de mi patria no esté completamente asegurada” (Simón Bolívar: Discurso en el Convento de Franciscanos en Caracas, el 2 de enero de 1814.

Veamos como nos describe el historiador Enrique Uribe White este episodio en el que Bolívar firma el decreto de la Guerra a Muerte: “Al llegar Bolívar a Trujillo el 14 de junio, se encargó del gobierno y envió a Girardot a batir los 500 hombres que el Capitán de Fragata don Manuel de Cañas tenía en Carache, en un valle en las alturas. Llegó la noche del 14 al 15 de junio. Bolívar no duerme. Antes del amanecer llamó a Briceño Méndez y le dictó un decreto. Guardó el papel. Convocó a sus oficiales a una Junta de Guerra. Los oficiales dieron su dictamen. Al disolver la Junta puso Bolívar su firma a la terrible proclama de la guerra a muerte. Cataratas de tinta se han volcado sobre este acto, que aquí se pasa en silencio”.

¡Pero aquí no!

No podemos callar ante el acto más trascendental y polémico de la

vida de Simón Bolívar. Los liberales y retrógrados, ciertamente, volcaron cataratas de tinta contra Bolívar en razón de su decreto. Y los enemigos de todo acto de contenido revolucionario y progresista en los días actuales, siguen vaciando su tinta rencorosa y rancia contra Bolívar. Pero los que somos amigos del progreso de los pueblos echaremos océanos de tinta en homenaje a este acto revolucionario supremo de Bolívar.

Sin embargo, para que intentemos un debate sobre la materia, es preciso antes que todo poner sobre la mesa el texto del famoso decreto, que Bolívar hizo publicar como proclama a sus conciudadanos, el ya citado 15 de junio:

“Venezolanos:

Un ejército de hermanos, enviado por el soberano Congreso de la Nueva Granada, ha venido a libertaros, y ya lo tenéis en medio de vosotros, después de haber expulsado a los opresores de las provincias de Mérida y Trujillo.

Nosotros somos enviados a destruir a los españoles, a proteger a los americanos, y a restablecer los Gobiernos Republicanos que formaban la Confederación de Venezuela. Los estados que cubren nuestras armas, están regidos nuevamente por sus antiguas Constituciones y Magistrados, gozando plenamente de su libertad e independencia; porque nuestra misión, sólo se dirige a romper las cadenas de la servidumbre, que agobian todavía a algunos de nuestros pueblos, sin pretender dar leyes, ni ejercer actos de dominio, a que el derecho de la guerra podría autorizarnos.

Tocados de vuestros infortunios, no hemos podido ver con indiferencia las aflicciones que os hacían experimentar los bárbaros españoles, que os han aniquilado con la rapiña y os han destruido con la muerte; que han violado los derechos sagrados de las gentes; que han infringido las capitulaciones y los tratados más

solemnes; y en fin han cometido todos los crímenes, reduciendo la República de Venezuela a la más espantosa desolación. Así pues, la justicia exige la vindicta, y la necesidad nos obliga a tomarla. Que desaparezcan para siempre del suelo colombiano los monstruos que lo infestan y han cubierto de sangre: que su escarmiento sea igual a la enormidad de su perfidia, para lavar de este modo la mancha de nuestra ignominia, y mostrar a las naciones del Universo, que no se ofende impunemente a los hijos de la América.

A pesar de nuestros justos resentimientos contra los inicuos españoles, nuestro magnánimo corazón se digna aún, abrirles por la última vez una vía a la conciliación y a la amistad; todavía se les invita a vivir pacíficamente entre nosotros, si detestando sus crímenes y convirtiéndose de buena fe, cooperan con nosotros a la destrucción del gobierno intruso de la España, y al restablecimiento de la República de Venezuela.

Todo español que no conspire contra la tiranía en favor de la justa causa, por los medios más activos y eficaces, será tenido por enemigo, y castigado como traidor a la patria, y por consecuencia será irremisiblemente pasado por las armas. Por el contrario, se concede un indulto general y absoluto a los que pasen a nuestro ejército con sus armas o sin ellas, a los que presten sus auxilios a los buenos ciudadanos que se están esforzando por sacudir el yugo de la tiranía. Se conservarán en sus empleos y destinos a los oficiales de guerra, y magistrados civiles que proclamen el gobierno de Venezuela, y se unan a nosotros; en una palabra, los españoles que hagan señalados servicios al estado, serán reputados y tratados como americanos.

Y vosotros, americanos, que el error o la perfidia os ha extraviado de las sendas de la justicia, sabed que vuestros hermanos os perdonan y lamentan sinceramente vuestros descarríos, en la última persuasión de que vosotros no podéis ser culpables, y que sólo la ceguedad e ignorancia en que os han tenido hasta el presente

los autores de vuestros crímenes, han podido induciros a ellos. No temáis la espada que viene a vengaros y a cortar los lazos ignominiosos con que os ligan a su suerte vuestros verdugos. Contad con una inmunidad absoluta en vuestro honor, vida y propiedad: el solo título de americanos será vuestra garantía y salvaguardia. Nuestras armas han venido a protegeros y no se emplearán jamás contra uno solo de nuestros hermanos.

Esta amnistía se extiende hasta los mismos traidores que más recientemente hayan cometido actos de felonía; y será tan religiosamente cumplida, que ninguna razón, causa o pretexto será suficiente para obligarnos a quebrantar nuestra oferta, por grandes y extraordinarios que sean los motivos que nos deis para excitar nuestra animadversión.

españoles y canarios, contad con la muerte, aun siendo indiferentes, si no obráis activamente en obsequio de la libertad de la América.

Americanos, contad con la vida, aun cuando seáis culpables.

(Fdo) SIMÓN BOLÍVAR”.

En las “Memorias sobre el origen, causas y progreso de las desavenencias entre el Presidente de la República de Colombia, Simón Bolívar, y el Vicepresidente de la misma, Francisco de Paula Santander, escritas por un colombiano en 1829”, podemos leer lo siguiente: “Bolívar, como hombre de Estado, carece de conocimientos del derecho público, de economía política y de legislación universal. La justicia, la moral y la buena fe, que son las primeras cualidades de un buen magistrado, no le son muy familiares. Como guerrero no conoce la profesión de las armas, aunque tiene cualidades marciales. Sus campañas tienen más ardidés y casualidades que sistema. Sus batallas han sido arrojo de las tropas colombianas o de faltas del enemigo (...) Hasta el año de 1816 tuvo fama de sanguinario, y su declaración

de guerra a muerte y su ejecución lo justifican”.

Y tras del anonimato de “un colombiano” encontramos otros juicios condenatorios y calumniadores sobre Simón Bolívar, al que se compara con Felipe II y se le califica como peor que Pablo Morillo, y otras aseveraciones de la misma índole... ¿Pero quién puede ser “un colombiano” sino el mismo intrigante que, años atrás, había conspirado en complicidad con Castillo para impedir la expedición libertadora sobre Venezuela? ¿Quién es el que firma como “un colombiano”, sino el mismo que se puso a la cabeza de los destructores de la Gran Colombia?

Leed la nota explicativa de los editores de tales “memorias...” “Está plenamente demostrado que fueron escritas por el general Santander y por tal razón fueron incluidas en el Archivo Santander, publicación hecha por una comisión de la Academia Colombiana de Historia (Volumen XXIV, paginas 192-267)”.

Y, como bien lo ha expuesto el filósofo Fernando González, el archivo Santander es la historia oficial de Colombia, o, dicho en las palabras del filósofo, es la coartada que Santander escribió para cubrirse.

Leed así mismo que “Estas memorias fueron publicadas por primera vez en la Revista Ilustrada, editada en Bogotá en al año 1898 por Carlos Manrique”, y pensad que en la nota de introducción a dicha publicación se escribe que “El documento que insertamos a continuación, escrito de puño y letra del general Santander, vino a nuestras manos desde hace algún tiempo y estamos seguros que todo el que lo lea calificará, sin vacilación, de día fausto para la historia nacional el de la publicación de estas memorias”.

Los editores agregan en su nota: “Y sea por temor de incurrir en el aborrecible yo de que nos habla La Rochefoucauld, o quizás con fines políticos de otro orden, el general Santander pone su relato en boca de terceros, manera a que él recurrió en otras ocasiones, por

ejemplo, al escribir la relación de la campaña de 1819 que publicó la Biblioteca popular que con tanta competencia dirige nuestro ilustrado amigo el señor don Jorge Roa”.

Por eso Santander acudió a la ficción tramposa de un tercer personaje, o lo que es igual a un testigo falso que era él mismo, para escribir que nunca desobedeció a Bolívar ni se opuso a la liberación de Venezuela, sino que le cubrió la retaguardia. ¡Pero no! Leedlo más bien de la pluma sin igual del propio Santander: “Mientras que Bolívar llevaba a cabo con audacia inimitable su gloriosa empresa de arrojar a Monteverde de Caracas, yo quedé encargado de la seguridad del valle de Cúcuta”. ¿No les parece increíble? ¡A mí sí!

Además, fue Santander y no Bolívar el inspirador, ejecutor y héroe de la Campaña Libertadora de 1819 sobre Boyacá. ¿Quién lo asegura? ¡Ni más ni menos que un colombiano! Así las cosas, mientras Santander dice en la página 37 de sus Memorias: “Bolívar llevaba con audacia inimitable su gloriosa empresa de arrojar a Monteverde de Caracas”, en la página 281 del mismo libro “un colombiano” afirma que Bolívar “no conoce la profesión de las armas” y lo estigmatiza por su “fama de sanguinario”.

Tal es la doblez que encarna Santander, que no tenía cara sino antifaz, como bien lo señala Fernando González en su biografía titulada “Santander”, que todo buen colombiano debiera leer y difundir: obra en la que el filósofo hace un verdadero psicoanálisis de la casta politiquera que ha ejercido el poder en Colombia, partiendo de su indiscutible héroe oficial (padre del liberalismo y del conservatismo), y de su falso héroe nacional (destruyó a Colombia y la obra bolivariana).

Se llega a un instante en las confrontaciones militares y políticas de antagonismo máximo e irreversible, en el que no queda otra alternativa que asumir una actitud vigorosa y revolucionaria si se quiere llevar un movimiento a la victoria. Lo contrario es claudicar y perecer.

Así lo concluye el historiador alemán Gerhard Masur en su biografía titulada Simón Bolívar, cuando escribe que “Bolívar, en su decisión de luchar en una guerra sin tregua, tenía como mira principal la división del frente monárquico, en españoles de un lado y americanos del otro. Con la promesa de inmunidad para los americanos esperaba atraer a muchos a su lado”.

En una coyuntura, cuando ya no bastan las razones, cuando exponer francamente las ideas significa la represión cruel y el patíbulo, cuando la controversia ideológica no es posible, entonces, como advierte Marx, es necesario pasar de las armas de la crítica a la crítica de las armas”.

Así lo entiende Masur cuando concluye en que “Bolívar sólo podía seguir y llevar su lucha a un final venturoso usando idénticas armas: debía hacer frente al terror con el terror”.

Así lo deduce el citado historiador evocando las palabras de Bolívar: “Yo he decidido emprender esta guerra a muerte para quitar a los tiranos la incomparable ventaja que su sistema de destrucción les ha otorgado”.

No olvidemos que estamos hablando de una medida excepcional tomada en el curso de una guerra crudelísima, en la que es muy difícil mantener un equilibrio ético, ya que “sólo una línea estrecha divide las acciones dictadas por la necesidad y aquellas que provienen de la arbitrariedad”.

¿Era esta guerra a muerte necesaria, y dependía de ella la independencia americana? Es el interrogante que se hace Masur y que concreta apuntando que “¿Si los españoles habían pretendido exterminar a los criollos, el deber de Bolívar hubiera sido salvarlos?” ¿De qué clase de “salvación” se trata? “Sobre esta base -dice Masur-, los actos de Bolívar han sido condenados por muchos historiadores”.

Entre tales historiadores Masur se refiere a algunos que son de la flor y nata de las academias oficiales de historia de Venezuela y Colombia, tales como Gil Fortoul y Lozano y Lozano, y otros como Mitre y Cantú. Y podemos agregar muchos más de entre la nutrida nómina de historiógrafos de las academias oficiales de Hispanoamérica, sin hablar de España, Estados Unidos, Inglaterra, y otras potencias que han levantado su esplendor de la miseria de los pueblos colonizados.

Gerhard Masur redondea sus criterios sobre este tema declarando: “Si la fuerza de España no hubiera sido quebrantada entonces por la violencia de la resistencia venezolana, la lucha por la independencia hubiera sido más larga y no hubiera sido menos cruel. Por lo tanto, la decisión de Bolívar tiene algún justificativo. Como Ranke dijo: “Solo las ideas absolutas sobreviven en la historia del mundo”.

La verdad histórica es que, finaliza Masur: “Al juzgar la política de Bolívar debemos recordar que la independencia no llegó al pueblo de Sudamérica como un regalo del cielo. Surgió más bien de los cuerpos de cientos de miles cuya sangre manó y contribuyó a la vitalidad de la democracia”.

Las apreciaciones sobre el mismo tema, expuestas por el notable escritor e intelectual norteamericano Waldo Frank en su excelente obra *Simón Bolívar, nacimiento de un mundo*, coinciden en lo fundamental con las que hemos citado de Masur. Agregando que “el móvil que impulsó a Bolívar no fue directamente militar, ni fue tampoco el de hacer justicia. En Venezuela, en Nueva Granada e incluso en todo el continente, eran muy escasos los americanos conscientes. Bolívar se propuso crearlos; partiendo de esa premisa se encuentra un sentido a la guerra a muerte”.

Y agrega: “Las montañas, la selva, el desierto, aislaban entre sí a las comunidades americanas, cada una de las cuales se distinguía por su propio nombre. El sistema de España, que impedía el comercio y el intercambio entre ellas, ligando a cada una directamente, aislada-

mente, con España, intensificaba las divisiones naturales. Venezuela, Nueva Granada –todas las Indias Occidentales–, constituían archipiélagos humanos dentro de un mar terrestre. Únicamente España intervenía entre ellas por medio de su rey y, sobre todo, por medio de su Iglesia. Sus sacerdotes y frailes podían ser hombres avariciosos, que explotaban a sus rebaños tan duramente como los señores seculares; pero aun el peor de todos ellos llevaba hasta las aldeas más remotas la sensación de una justicia y de una hermandad. Ese era el problema de Bolívar. Las comunidades estaban divididas, y, si algo las ligaba era el principio indivisible del rey y de Cristo...”

Entendido lo anterior, la actitud asumida por Bolívar era trascendental: crear el pueblo americano. Crearle su propia espiritualidad. Fundarle la conciencia de una existencia propia. Hacerlo dueño de sí mismo. Por eso, comenta Waldo Frank, el propósito de Bolívar al promulgar el decreto de Trujillo fue el de “divorciar la fidelidad a Cristo de la fidelidad al Estado español”, lo que “se plasmó en la sustitución del rey –como símbolo de hermandad y de justicia– por América y la República. Era preciso que la gente supiese que ellos eran americanos. Si mueren porque son americanos, y porque los que no lo son los matan, acabarán sabiéndolo”.

Las consecuencias no podían ser otras, como apunta Frank: “el caos de razas, castas, colores, sierras volcánicas, selvas y desiertos tropicales debía quedar reducido, por su operación quirúrgica, al sencillo saldo de americanos frente a españoles, la mística y los valores de la Iglesia tenían que transvasarse por la violencia de la sangre a la mística de una república”.

La destacada historiadora francesa Gillette Saurat, en su magnífica obra titulada Bolívar, el libertador, se refiere al mismo tema y comienza con la escueta cita de O’Leary “las exigencias de la política impusieron ese decreto y la dura necesidad llevó a su aplicación”.

En efecto, las políticas de exterminio contra los republicanos “tenían

su lugar en el cuadro de una orientación de la política española en Venezuela, decidida no solo por Monteverde, sino por el consejo de regencia de Cádiz”. Esto, como dice Saurat, se le había revelado a Bolívar “en un documento que le habían entregado las autoridades de Mérida. Se trataba de una “orden” de Monteverde, debidamente rubricada por el secretario de estado en la guerra, que se apoyaba en la Ley de Indias, procedente de los reyes católicos, para condenar a muerte a aquellos que, según la fórmula española, se pronunciaran contra el rey. De ese modo, la aspiración a la independencia se asimilaba en un crimen de lesa majestad, lo cual dejaba la puerta abierta a todos los abusos y represalias que tomaban el carácter de un exterminio sistemático de los criollos”.

Desde luego, anota la ilustre historiadora, “ese concepto de inspiración medieval, además de las crueldades que autorizaba, constituía un peligro para la causa, por el impacto que podía tener sobre la masa ignorante. Trabajada por los escrúpulos y aterrorizada por el espectáculo de las represalias, era de temerse que ésta le volviera la espalda a los rebeldes para alinearse al lado de los que representaban un orden centenario y se apoyaban en la majestad de la ley”.

Bolívar pudo comprobar que en Trujillo no había el desbordante entusiasmo que había encontrado en Mérida, donde pudo engrosar su ejército con numerosos voluntarios. La fría acogida de las poblaciones a su ejército se hacía más evidente, a medida que iba aproximándose a Caracas. Tan cierto es ello, que algunos de sus oficiales llegaron a sugerirle que lo más conveniente era organizar una retirada a Mérida. Ante tales propuestas Bolívar respondió con la proclama conocida bajo el nombre de Decreto de la guerra a muerte.

El miedo de la población era explicable y a Bolívar, como escribe Saurat, “no le costó trabajo hallar la causa: el miedo a ser acusados de transigir con los rebeldes. Un miedo que se explicaba todavía más a medida que se avanzaba hacia el corazón del país y que llegaban los ecos de las tristes proezas de los jefes de las bandas realistas con

la aprobación de Monteverde. En los relatos de terror que ocupaban a los hombres en los altos de la marcha, o en las noches del campamento, venían los nombres de los torturadores: Antoñanzas, que se había especializado, una vez incendiado el pueblo, en ensartar como en un asador a los infelices que huían de las casas en llamas, o Zuazola, que llevaba un collar hecho con las orejas de sus víctimas, o ese hermano capuchino, pariente de Monteverde, que exhortaba a los soldados a no dejar con vida a ningún patriota mayor de siete años. Bolívar y sus oficiales, sacudidos de rabia impotente, veían además, a través de esa sucesión de crímenes y de despojos, dibujarse el espectro de la guerra de razas y de castas, arma a la que ya habían recurrido los españoles al sublevar a los esclavos de Barlovento para precipitar la caída de la República”.

No obstante, Saurat opina que es equivocado enfocar el decreto de Trujillo como una medida de represalia contra la política de represión empleada por los españoles. “La proclama de Trujillo era por el contrario un acto de alta sagacidad política. Correspondía a las necesidades de una situación cuya gravedad era evidente para el joven general en jefe, el único que tenía una visión de conjunto de los acontecimientos. Tuvo el valor de sacar las conclusiones con lucidez, y el genio para hallar los medios de remediar la situación”.

Bolívar descubrió que hasta ese instante el movimiento emancipador había sido la obra de las élites: “La masa, en su gran mayoría había permanecido indiferente, apegada por la costumbre secular a las tradiciones y a los símbolos monárquicos, a los cuales la influencia activa de la Iglesia comunicaba un valor casi divino. Mantenido por cálculo, en un oscurantismo propicio. “Un americano no tiene necesidad de saber leer”, había declarado Carlos IV con una ingenua franqueza, “que le baste con reverenciar a Dios y a su representante el rey de España”. ¿Cómo hubiera sido capaz, esa masa, de penetrar el sentido de los grandes principios y de imaginar la proyección práctica y benéfica que tenían para ella las palabras libertad, igualdad, justicia y dignidad?”.

La ilustre historiadora Saurat pone de relieve cómo “la imperiosa necesidad de asegurar la educación de esa masa, de elevarla al nivel de las nobles perspectivas del porvenir que llegará a ser una constante de la política bolivariana, no se le había escapado al joven General. Toda su acción desde Barranca lo testimoniaba. Sus proclamas, sus arengas son nada menos que lecciones de derecho público elemental expresadas en un lenguaje propio para impresionar a los espíritus incultos (...) Agrupar a ese pueblo en un solo bloque, unido, solidario, tal era el fin perseguido por Simón Bolívar con el decreto de Trujillo”.

De esta manera, el 15 de junio de 1813, Bolívar “trazó la línea divisoria con una pluma tan firme como su espada, y el límite que separaba dos mundos se desplazó. Al oponer la guerra a muerte al odio de casta y de razas, le indicó al pueblo que la brecha no se haría ya según el nivel social o el color de la piel, que la patria era el patrimonio común de todos los nacidos en ella, que ella exigía que se luchara, que se sufriera y que se muriera si era preciso para rechazar más allá de esa nueva frontera a aquellos que pretendían seguir subyugando a su América. El terror venía a ser el arma que había escogido para ponerla al servicio de ese gran designio, porque el terror era el arma adoptada por los españoles, que no le dejaban desde ese momento otra alternativa”.

Tal es el caso. Para liberar las colonias había que crear el pueblo y el pueblo necesitaba una patria que debía germinar en su conciencia y espiritualidad propias. Bolívar lo supo y actuó en consecuencia. Por eso, destaca Saurat, cuando “todos, D’Elhúyar, Tomás y Mariano Montilla, Vélez, Ricaurte, Emmanuel Serviez, Urdaneta, todos estaban persuadidos de que se les llamaba a aprobar la orden de retirada hacia Mérida”, la impresión fue tremenda: “Su sorpresa era apenas comparable con su espanto y con la admiración por el hombre que de un trazo de pluma acababa de abrir las perspectivas de la salvación”.

Avanzando en este episodio trascendental de la epopeya bolivariana,

que los historiadores oficiales detestan o eluden, Gillette Saurat escribe:

“Se dice que Bolívar, tomando el escrito de manos de Briceño, lo leyó en voz alta, y que hubo un silencio de algunos segundos antes de que Montilla, si no fue Urdaneta, dando un paso adelante, anunciara: Por unanimidad, mi general. Por el nacimiento de una patria, decididos a todos los sacrificios, habían descendido los peldaños dorados del patriciado, y con los ojos abiertos, sin hacerse ilusiones, iban hacia el abismo de sangre y de horror en donde entre los tormentos del odio se forjaría, más necesaria tal vez que todas las armas, la Conciencia Americana”...

Y pone punto final manifestando: “De allí se dedujeron dos consecuencias necesarias” -escribirá en sus Memorias Urdaneta, a propósito del Decreto de guerra a muerte-, “que los españoles, sabiendo que encontrarían una muerte cierta, cogieran miedo; y que los criollos engrosaran las filas de Bolívar”.

Por su parte, Indalecio Liévano Aguirre en su obra biográfica sobre Bolívar, se remite al tema de la guerra a muerte, anotando que ésta “ni fue inútil ni fue simple represalia”, sino que pone en claro “que esta forma de guerra obedeció a la necesidad de establecer una tajante separación entre España y América, para poner término al engrosamiento progresivo de las tropas realistas con nativos del continente, y evitar el paso de desertores de las fuerzas republicanas a las del monarca hispánico, lo demuestra la misma afirmación de Bolívar, quien en carta a Santander el 1º de noviembre de 1819 le decía: “las grandes medidas para sostener una empresa sin recursos, son indispensables aunque terribles. Recuerde usted los violentos resortes que he tenido que mover para lograr los pocos sucesos que nos tienen con vida. Para comprometer cuatro guerrillas, que han contribuido a libertarnos, fue necesario declarar la guerra a muerte...”.

Y, finalmente, el más notorio de los historiadores de la academia ofi-

cial de Colombia, Germán Arciniegas, en su libro Bolívar y la Revolución, aunque manifiesta su decidido rechazo al pensamiento político bolivariano, declara escuetamente: “Me rindo ante el liderazgo guerrero de Bolívar, de cuya voluntad de fierro nació nuestra liberación a través de las batallas más atrevidas, casi absurdas”.

Opina Arciniegas que “la originalidad y grandeza de la guerra americana no está, sin embargo, en los heroísmos, padecimientos y victorias de una lucha abierta contra la naturaleza. No: lo que se glorifica es la liberación. Hasta entonces, las guerras se hacían en Europa por venganzas, ambición de poder, conquistas para reducir vecinos y cercenar territorios de otros reinos”.

No se había visto que alguien se propusiese una guerra de carácter tan revolucionario, como la que comandó Simón Bolívar, no sólo para liberar a Venezuela, su país natal, sino a la América entera. Una guerra inspirada en los principios republicanos y democráticos que pretendía transformar colonias para fundar naciones libres en todo el continente.

Por eso Arciniegas tiene que reconocer y manifestar que “en América el Estado se proyecta para que gocen de libertad los ciudadanos. Tiene que ver con la dignidad de cada uno, y no con el poder de los gobiernos. Y llevar esta libertad a Suramérica entera. En esto el ideal de la Gran Colombia iba más lejos que el de Estado Unidos. Se salía de sus límites para liberar a los vecinos”.

Para lograr tal objetivo Bolívar creó con nuestro barro humano y amasó con nuestra sangre popular un ejército de nuevo tipo; un ejército diametralmente opuesto a los viejos ejércitos genocidas y opresores formados para sostener el despotismo de los imperios; un ejército libertador de indígenas y esclavos; un ejército libertador de pueblos; en fin, un ejército bolivariano que combinaba revolucionariamente el patriotismo con la solidaridad internacionalista de los pueblos.

Un ejército que, como acepta el historiador Arciniegas, “había logrado con su pueblo, y sin otra ayuda que su tozudez, lo increíble. Bolívar anduvo mucho más que Washington, hizo lo que el del Norte no intentó: libertar a los demás”.

Y concluye proclamando: “Ahí está lo perdurable de las guerras en América como ejemplo universal. Acabar con las colonias europeas fue una meta del ochocientos y vuelve a serlo del novecientos. Dijo en su famosa proclama Bolívar: La libertad de América es la esperanza del universo...”.

Ya Bolívar lo había advertido en diciembre de 1812, cuando expresa en su Manifiesto de Cartagena, que la libertad de la Nueva Granada y Venezuela era inseparable, del mismo modo que carecía de perspectiva segura, si no se emancipaba a la América entera. En tales puntos de vista se apreciaba la profunda contradicción existente, entre quienes tenían un pensamiento cercado por los mojones de sus propios fundos y aldeas, y quien, como Bolívar, se erguía desde su tierra nativa y se instalaba en una epopeya revolucionaria, forjando su propio ideal con categorías universales, históricas, filosóficas, políticas, militares, estratégicas y tácticas, emanadas y corroboradas por la práctica concreta de la lucha. Era preciso entonces, como lo promovió Simón Bolívar, enfrentar la fuerza con la fuerza y derrotar la guerra opresora con la guerra libertadora. Tan justa era, es y será la guerra contra la dominación imperial, como justa era, es y será la sublevación del oprimido contra su opresor.

Cabe resaltar la identidad de principios que en éste y otros temas encontramos entre Simón Bolívar y Antonio Nariño. En efecto, al criticar enérgicamente toda la modorra pacifista y genuflexa de los criollos que temían perder sus privilegios si no se conservaba la felicidad y las buenas maneras legadas tras las centurias de colonialismo, Nariño los fustiga en su Bagatela No.1 del 14 de julio de 1811: “Depender un mundo entero de un puñado de hombres con el océano de por medio, y ser su gobierno suave, es una paradoja que no cabrá

en la cabeza de un negro de África si lo dejan pensar”.

Y por analogía puya a ciertas personalidades que “Creen que la felicidad está en que unos manden con absoluto poder, y los otros obedezcan con humilde sumisión”.

En su Bagatela No.5 del 11 de agosto del mismo año, don Antonio Nariño desenmascara el histórico contubernio entre la Iglesia y el rey: “¿De dónde viene este irrevocable decreto de que hemos de ser eternamente esclavos? De la conquista... ¡De la conquista! ¿Y por qué España sacudió el yugo de los romanos y de los moros, si este derecho es legítimo? ¿Por qué se queja ahora tanto de Bonaparte que quiere ejercer contra ella este pretendido derecho? Porque estos países eran de infieles y el Papa se los regaló a los Reyes Católicos. ¿Y en qué página del Evangelio vemos que Jesucristo facultara a los apóstoles para que regalaran imperios y autorizaran a los ambiciosos para que asesinaran a la especie humana?”

Así mismo, en su Bagatela No.10 del 15 de septiembre, Nariño pone al desnudo la inconsistencia del mito opresor de la “Madre Patria”, en relación con los pobladores de nuestra América: “¿De cuál de estas progenies ha sido Madre la España? ¿De cuál de ellas ha sido Patria la Península? No de los indios que ya existían y que poco o nada tienen que agradecer a los españoles (...) Tampoco es Madre ni Patria de la casta de los negros. Horroriza solo el pensamiento de que aspire a título de Madre la que ha autorizado el tráfico infame de los negros, la que ha cooperado a sus desgracias, la que ha estampado sobre sus frentes el sello de la esclavitud”.

Y, lo mismo que Bolívar, Nariño proclama el levantamiento armado y revolucionario de la Nueva Granada para defender su independencia, como bien puede leerse en su Bagatela No.11 del 19 de septiembre:

“¿En qué fundamos las esperanzas de conservar nuestra libertad?”

Por fuera se aumentan los peligros, y por dentro la desconfianza y la inacción. La Patria no se salva con palabras, ni con alegar la justicia de nuestra causa. ¿La hemos emprendido, la creemos justa y necesaria? Pues a ello: vencer o morir, y contestar los argumentos con las bayonetas. ¿Habrá todavía almas tan crédulas que piensen escapar del cuchillo si volvemos a ser subyugados?, que no se engañen: somos insurgentes, rebeldes, traidores; y a los traidores, a los insurgentes y rebeldes se les castiga como a tales. Desengañense los hipócritas que nos rodean: caerán sin misericordia bajo la espada de la venganza, porque nuestros conquistadores no vendrán a disputar con palabras como nosotros, sino que segarán las dos hierbas sin detenerse a examinar y apartar la buena de la mala: morirán todos, y el que sobreviviere, sólo conservará su miserable existencia para llorar al padre, al hermano, al hijo o al marido”.

¿Qué hacer entonces? Se pregunta Nariño. La respuesta no puede ser otra que la de enfrentar los peligros con decisión y energía revolucionaria, tal como se lee en el mismo número de su Bagatela.

“No hay pues, ya más esperanzas que la energía y firmeza del Gobierno. Al americano, al europeo, al demonio que se oponga a nuestra libertad, tratarlo como nos han de tratar si la perdemos. Que no haya fueros, privilegios ni consideraciones: al que no se declare abiertamente con sus opiniones, con su dinero y con su persona a sostener nuestra causa, se debe declarar enemigo público, y castigarlo como tal. Esos egoístas, esos embrolladores son mil veces peores que los que abiertamente se declaran en contra. Al que no quiera ser libre con nosotros, que se vaya; pero al que se quede, y no sostenga nuestra causa con calor, que le caiga encima todo el peso de la Ley”.

En esta materia no puede haber vacilaciones, porque, como lo ratifica en su Bagatela No. 12 del 19 septiembre, “la confusión de ideas, es quizás más peligrosa en una revolución, que las mismas pasiones”.

Simón Bolívar y Antonio Nariño no habían tenido, hasta entonces, la oportunidad de tratarse personalmente. Esto hace más relevante su identidad de miras y su convicción revolucionaria. Leamos a Nariño en su Bagatela No.18 del 3 de noviembre:

“En el estado de división en que el Reyno se halla, es imposible conservarse; pero también es imposible subyugarlo si se une. La naturaleza nos favorece con lo escarpado y áspero de los caminos, con lo mortífero del clima para los forasteros, con la diferencia de los alimentos, con su escasez en los inmensos despoblados, y finalmente con el fuego sagrado de la libertad que bien o mal encendido, ya arde por todas las extremidades de nuestro continente. La población nos da una fuerza suficiente para defendernos del mundo entero, si sabemos hacer uso de ella. Sobre un cinco por ciento podemos poner un ejército de más de cien mil hombres; y aunque no tenemos las armas de fuego suficientes, tenemos la gran ventaja del manejo del caballo quizás sin igual en la Europa, y la facilidad y conocimiento de los caminos. No son sólo las armas de fuego las que matan: las mayores victorias de Bonaparte las debió a sus bayonetas, y los tiroleses nos han dado un ejemplo de lo que puede el amor a la libertad y lo escarpado de los caminos: ellos destruyeron un ejército entero y bien disciplinado de franceses con una sola descarga; y derrocando peñas, árboles y barrancos. Que nos unamos, que haya un gobierno fuerte y vigoroso, que se haga una conspiración general, y que venga la Europa entera. ¿No ha sostenido la España guerras costosas y eternas con las ciudades de América? ¿Pues por qué no las hemos de poder sostener nosotros, que somos los dueños? Tenemos más población que la Península, y aunque esté diseminada en mucha más extensión de terreno, también tenemos la barrera de lo escarpado y desconocido de este terreno y el océano de por medio. Queramos ser libres y lo seremos, armémonos de constancia y de firmeza; depongamos pretensiones pueriles; hagamos sacrificios a la causa común, y si un bagatelista valiera algo sobre la tierra, él apostaría su cabeza contra los dudadores del buen éxito de nuestra empresa...”

He aquí el genial antecedente del decreto de la guerra a muerte por Bolívar en Trujillo. He aquí la documentación original y lúcida de los principios revolucionarios que crearon la independencia de nuestra América.

Si el mismo código penal justifica la legítima defensa en el plano individual, lo que es de buen recibo entre todos los liberales del mundo, ¿cómo no va a ser más justo y ético que esa legítima defensa se le reconozca a una comunidad, a un pueblo, a una nación y a un continente cuya vida es humillada y amenazaba por un imperio opresor?

No entienden, o no quieren entender algunos historiadores, que las razones, las ideas, en un momento dado, tienen que convertirse en una potencia material para abrirse paso, y que las ideas, por justas que sean, no triunfan por sí mismas, y que fue precisamente esto lo que movió a Bolívar a decretar la guerra a muerte. Sólo cuando la sabiduría rija al mundo las ideas podrán triunfar por sí solas.

LAS MUJERES GUERRERAS - LA MARCHA ENVOLVENTE

“...todo hombre será soldado puesto que las mujeres se han convertido en guerreras y cada soldado será un héroe, por salvar pueblos que prefieren la libertad a la vida” (Simón Bolívar: Proclama a los soldados del Ejército Libertador de Venezuela. Cuartel General de Trujillo, junio 22 de 1813).

Las propuestas de regresar a Mérida, que Bolívar rechazó, estaban fundadas en el sentimiento de gratitud y seguridad que el ejército republicano sentía con alborozo y admiración. Las cabalgatas las aclamaciones, la solidaridad incondicional brindada por su población, elevó notablemente el nivel moral y los recursos humanos y materiales del ejército libertador. Todos, hasta los conventos, están penetrados de fervor patriótico, se piensa que un verdugo como el rey Fernando VII no puede representar a Dios. Así lo dice la copla que por entonces se oía:

Las monjas se han dividido
en abierta oposición:
unas rezan por Fernando

y las otras por Simón.

Leamos la descripción que hace Saurat en relación con Mérida: “en la emulación se confunden las familias nobles con el campesino, el artesano, el blanco, el indio, el negro y el mestizo. La pobreza heroica de una ciudad arruinada por el sismo y la avidez de los realistas hace prodigios. Se sacan de los viejos cofres de cedro con herrajes esculpidos los últimos pesos de oro, y se reúnen así treinta mil. Se economiza el aceite de las jarras, se racionan la carne y el pan de la mesa frugal, se funden los tubos del órgano de la catedral, se transforman los talleres en forjas de la patria y las casas en costureros para vestir a los soldados de la nación. Quién más quién menos todos darán su óbolo: sean seis sábanas de tela de Holanda, sea una pieza de pana roja de Narbona, o un rollo de galón de plata, o un simple ovillo de hilo de oro. Y si no tiene nada de todo esto, como Simona Corredor, se viene buenamente a ofrecer su casa a la patria”.

Y cómo olvidar ese desprendimiento generoso de sus mujeres que se alistan para servir a la causa: “son sus corazones y sus amores lo que las bellas de Mérida dan a los soldados de la patria. Pronto en un impulso de fervor amoroso y patriótico, anuncian ellas que se niegan a dejar partir solo al amante, al prometido o al esposo y deciden que ellas los seguirán en el peligro y en la gloria”.

Y siguiendo con Mérida, Gillette Saurat apunta: “Es la planchadora del barrio de El Espejo la primera que da el ejemplo. Cierra un buen día su taller y previene a su clientela. Se va a la guerra, para servirle de escudero a su hijo. Al día siguiente se le ve desfilar en las filas de la vanguardia que sale de la ciudad entre el ruido de los clarines y las aclamaciones, para ir, bajo la conducción del coronel Girardot y del capitán D’Elhúyar, a perseguir a las tropas de Correa, afrontar a las de Cañas en Trujillo y abrirle el camino al Libertador”.

Así Mérida podrá enorgullecerse de haber dado origen al movimiento de adhesión a la causa por parte de las mujeres suramericanas, de

aquellas a quienes se llamará las Juanas, esposas o compañeras de los soldados; ellas formarán la retaguardia de los ejércitos de la Independencia. Prodigando sus cuidados, su amor y sus sonrisas, pero también, con frecuencia, arrebatando el fusil y el sable de las manos crispadas de un moribundo, para marchar a la carga y contribuir a la victoria, antes de volver a su lado a cerrarle los ojos y amortajarlo decentemente.

Pero ahora, en Trujillo, Bolívar ha orientado a Girardot para que sorprenda con su vanguardia a las fuerzas enemigas comandadas por el capitán Cañas en Carache. Tres días después, el 17 de junio, Girardot informa a Bolívar que los realistas habían abandonado a Carache y que se dirigía para darles alcance en el Alto de las Palmas o en un lugar llamado el Salto de Agua de Obispos, lo que en efecto ejecuta brillantemente y al día siguiente informa a Bolívar de su acción:

“Cuartel General de la vanguardia en Carache liberado, a 19 de junio de 1813, 3° de la Independencia, a las 5 de la tarde.

*Señor Comandante en Jefe
Brigadier Simón Bolívar:*

Me puse en marcha en busca del enemigo la tarde del 17 y logré acampar al anochecer a su vista, y como a una legua de su campo establecido en la altura de Pozo Seco; pero temeroso de que lo sorprendiera aquella noche, abandonó la ventajosísima posición que ocupaba, y se trasladó a la toma de Agua de Obispos, que llaman las Rancherías de Matías, como tres cuartos de legua más atrás. Al amanecer del día de ayer levanté mi campo y me puse en marcha, solicitando el encuentro con el enemigo: efectivamente, a la hora y media de marcha tuve la dulce satisfacción de verlo en número de 400 fusileros y 50 de a caballo, formado en cuatro alas, y en dos estrechos distintos, al parecer inaccesibles, que figuraban un zigzag. Determiné atacarlo, y enarbolando el estandarte republicano, resonó en nuestro campo un grito universal de ¡Viva la

Libertad! Ya una voz amenazadora se siguió el silencio. Formé en una columna, avancé de frente y, rompiendo el fuego, hice que sus dos primeras alas se replegasen a las segundas, donde haciéndose firmes quisieron disputarnos la victoria; pero a las tropas libertadoras ningunas pueden resistir, y así fue que al cabo de una hora nos hicimos dueños de su campo, poniéndolos en la más espantosa derrota; seguimos en su alcance cuatro leguas, haciéndoles de paso 63 prisioneros, entre los cuales tres oficiales, y a don Miguel Barreto y al isleño José Rodríguez, y tomándoles un cañón de batir montado con 20 tiros de pólvora y metralla, 88 balas, rasas, 30 lanzafuegos, 80 fusiles, 15 bayonetas, 1500 cartuchos de fusil con bala, 7 escopetas, algunos correajes, pistolas y sables, 40 cargas de víveres, bastantes caballerías y mucho ganado vacuno.

Toda la oficialidad y tropas, por un movimiento simultáneo, y como movidos por un impulso secreto, cada uno se disputaba la gloria de distinguirse, y cada uno intentaba oscurecer los hechos de los otros, ¡tal era el ardor que los animaba! Sí señor General, todos se han portado con el mismo valor, y así es que me atrevo a recomendarlos a todos, sin excepción alguna. Por nuestra parte hemos tenido muertos un cabo del 5º batallón y un soldado de caballería, y tres heridos, el uno de gravedad. Del campo enemigo se han recogido cuatro muertos y muchos heridos... Mañana continuaré mi contramarcha para ese Cuartel General, cumpliendo con las previsivas órdenes de V.S.

(Fdo) ATANASIO GIRARDOT”.

Bolívar, como anota Lecuna, le envía al Congreso granadino el parte escrito por Atanasio Girardot, y agrega la siguiente nota:

“El resultado de esta acción es decisivo y el más ventajoso que podríamos desear, porque hemos superado el único obstáculo que se nos oponía, para continuar nuestra marcha hasta Caracas, que suspira por vernos llegar a libertarla...”.

En su informe al mismo Congreso, Bolívar escribe el 22 de junio desde Trujillo:

“En esta mañana ha entrado en esta ciudad la vanguardia al mando del Teniente Coronel Atanasio Girardot, que después de haber perseguido al enemigo hasta la provincia de Caracas, ha regresado cargada de despojos, de víveres y prisioneros; acompañada de muchos emigrados de distinción, que vinieron a unirse con nuestras tropas, de las ciudades de Carora y Tocuyo...”

Las tropas vencedoras de Carache han sido recibidas por los habitantes de la capital de Trujillo con transportes de gozo y gratitud, por haberlos libertado de los tiranos, que habían inducido a los habitantes de Carache a hacerles una guerra de bandidos.

El General en Jefe salió acompañado de la Plana Mayor del ejército, de un lucido cortejo de los ciudadanos más ilustres de esta ciudad a recibir la vanguardia fuera de la plaza; y después de haber felicitado al Comandante Girardot y oficialidad por su buena conducta y brillantes sucesos, hizo a los soldados la siguiente proclama:

A los soldados del Ejército Libertador de Venezuela:

Las tropas de bandidos que infestaban la provincia de Trujillo, acaudilladas por el miserable Correa, y el cobarde Cañas, han desaparecido con vuestra sola presencia. Las unas se han arrojado precipitadamente al Lago de Maracaibo, y las otras han sido exterminadas por vuestro valor. Carache, el infame pueblo de Carache, ha sido castigado y libertado a la vez. Sus habitantes rebeldes han muerto, o son vuestros prisioneros, y los otros que se han acogido bajo vuestra protección, gozan ya del abrigo de las leyes republicanas del estado de Trujillo, que tan gloriosamente habéis redimido. Pero vuestros trofeos nos esperan en los campos

de Barinas y de Caracas: volemós a cubrirnos con la doble corona del laurel y del olivo, subyugando a nuestros enemigos y dando la libertad a nuestros hermanos.

Vencedores de Carache, sabed que el pueblo que venís a rescatar es tan digno de vuestros heroicos sacrificios que todo él está lidiando por la libertad, o padeciendo por ella, hasta el sexo bello, las delicias del género humano, nuestras amazonas han combatido contra los tiranos de San Carlos, con un valor divino aunque sin suceso. Los monstruos y tigres de la España han colmado la medida de la cobardía de su nación, han dirigido las infames armas contra los cándidos y femeninos pechos de nuestras beldades: han derramado su sangre; han hecho expirar a muchas de ellas, y las han cargado de cadenas, porque concibieron el sublime desig-nio de libertar a su adorada patria.

¡Las mujeres, sí soldados, las mujeres del país que estáis pisando combaten contra los opresores y nos disputan la gloria de vencerlos! ¿Y con estos ejemplos de singular heroísmo en los fastos de la historia habrá un solo hombre en Colombia, tan indigno de este nombre, que no corra veloz a engrosar nuestra filas, que deben marchar a San Carlos, a romper las prisiones en que gimen estas verdaderas Belonas? ¡No, no! Todo hombre será soldado puesto que las mujeres se han convertido en guerreras y cada soldado será un héroe, por salvar pueblos que prefieren la libertad a la vida.

A nombre de mi patria, soldados, yo os congratulo, y os encarezco la gratitud que Venezuela os debe.

SIMÓN BOLÍVAR”.

Las fuerzas de Bolívar contaban con 1600 hombres frente a los 16000 que estaban a órdenes de Monteverde. Esta disparidad tan notable hizo pensar a Bolívar en que, dada la desigualdad de fuerzas en

términos cuantitativos, era preciso crear condiciones y artificios de tipo cualitativo para equilibrar las fuerzas en una guerra que tenía que ser irregular. En efecto, Bolívar estaba conduciendo un ejército naciente cuyas primeras acciones se asemejaban más a las confrontaciones de naturaleza guerrillera.

También sabía perfectamente que sus oponentes, las tropas del ejército realista, estaban muy bien equipadas y armadas y, sobre todo, poseían una experiencia de más de mil años de guerrear contra romanos, griegos, turcos y moros, y todavía en tiempos más remotos, contra las invasiones de los bárbaros.

Era preciso entonces, partiendo de dicha realidad, elaborar en su marcha cuidadosamente un planteamiento táctico, que dictase las normas adecuadas de guerrear para alcanzar la estrategia trazada. Ya había constatado dolorosamente los errores de dirección de Miranda, cuando pretendió hacer en Venezuela una guerra al estilo europeo.

Bolívar coincidía con Li Tsuo-peng en su justa apreciación de lo estratégico y lo táctico, comprendiendo que la rigidez de la estrategia debe acompañarse con la flexibilidad de la táctica que es siempre circunstancial y cambiante. “Cuando decimos que la táctica está subordinada a la estrategia, damos a entender que toda táctica debe asegurar efectivamente el cumplimiento del principio estratégico y la consecución del propósito estratégico. La estrategia y la táctica concuerdan entre sí y al mismo tiempo son diferentes”.

O sea que, según plantea el filósofo chino, “... la tarea de la ciencia estratégica es estudiar las leyes de dirección de la guerra que gobiernan una situación bélica en su conjunto, mientras que la de la ciencia táctica es estudiar las leyes de dirección de la guerra que gobiernan una situación parcial; en esto radica la diferencia”.

Bolívar supo improvisar sobre la marcha la respuesta a un problema de importancia vital como es el de superar la inferioridad física y

cuantitativa, que mucho tiempo después fue teorizado por Mao Tse-tung: “Podemos librarnos de nuestra inferioridad y pasividad relativas en el aspecto estratégico creando artificialmente la superioridad e iniciativa parciales en muchas ocasiones, para arrancar la superioridad y la iniciativa parciales al enemigo, arrojándolo en la inferioridad y la pasividad. La acumulación de estos éxitos parciales constituirá nuestra superioridad e iniciativa estratégicas y la inferioridad y pasividad estratégicas del enemigo. Tal viraje depende de la justa dirección subjetiva”.

El máximo conductor del pueblo en la revolución china, también señala que es preciso “... recurrir, como método principal, a la dispersión de las fuerzas para hacer la guerra de guerrillas, y como método auxiliar, la concentración de las fuerzas para hacer la guerra de movimientos”.

De tales premisas se derivan conceptos como los de “superioridad artificial”, “concentración y dispersión”, “iniciativa estratégica”, “defensa activa”, entendiéndose que, como señala Marx, “la concentración es el secreto de la estrategia” y que, como advierte Li Tso-peng, “debe haber una sola dirección principal de operaciones en un momento dado”.

Premisas y conceptos que, ya en 1813, Simón Bolívar empezaba a experimentar en la práctica, y sobre los cuales fue ideando, paso a paso, en medio de reveses y contratiempos de toda índole, su propio ideario estratégico y táctico, con una originalidad e inteligencia asombrosas.

Combinando su instinto ofensivo con el valor, la habilidad y la disciplina, realizó la Campaña Admirable, a la cabeza de un contingente de granadinos y venezolanos, en una gesta que se sale de todas las consideraciones teóricas preexistentes y posteriores, que hace exclamar a Mancini: “¡Nunca con menos se hizo más en tan vasto espacio y en tan breve tiempo!”.

Sucede que, como expresa Liévano Aguirre, en esa Campaña Bolívar efectúa una impensable inversión de métodos que son todo lo contrario a lo que parece lógico: “Mientras el fuerte se defiende, el débil ataca”, causando con ello una gran confusión en las tropas españolas.

Y enseña con todo lo anterior, para tomar las palabras de Wilfred Burchett: “derrotar lo grande con lo pequeño, oponer los pocos a los muchos, neutralizar lo largo con lo corto, vencer lo fuerte con lo débil”.

En la Campaña Admirable el pueblo de nuestra América descubrió a su conductor.

LOS LIBERTADORES ENTRAN A BARINAS

“El soberano Congreso de la Nueva Granada, animado de los sublimes sentimientos que lo caracterizan, ha enviado su valeroso ejército a destruir el intruso gobierno español y a restablecer la República de Venezuela sobre las mismas bases en que existía antes de la irrupción de los bandidos” (Simón Bolívar: Discurso a los ciudadanos y magistrados de la ciudad de Barinas. El 13 de julio de 1813).

Ya era claro que las victorias del ejército bolivariano habían logrado un objetivo muy importante; de un lado, anulaban la estrategia española que pretendía reconquistar a Mérida, y del otro, imposibilitaban su invasión a la Nueva Granada. Ahora, a las puertas de Barinas, la marcha hacia Caracas se hace más expedita.

El 26 de junio Bolívar se puso en marcha con la división Girardot, y ordenó a Ribas que se encontraba con las fuerzas de retaguardia en Mérida y a Urdaneta con sus efectivos a unir sus fuerzas con él en Barinas. El 26 remontó la cordillera y al día siguiente llegó a Boconó y en la noche llegó a Guanare donde permaneció dos días esperando a Ribas y Urdaneta.

Sin embargo, estando Ribas en marcha se enteró “que el español José Martí ha salido de Barinas hacia occidente con 800 hombres, desobedece a su jefe, contramarcha las 13 leguas que llevaba andadas, y el 2 de julio embiste a Martí en Las Mesitas, con Urdaneta por el centro y José María Ortega por la derecha. El combate duró todo el día...” Y, según relata O’Leary,” el triunfo fue completo. Hubo como 90 muertos, entre heridos estaban los granadinos capitán Félix Uzcatégui y los tenientes Antonio París y Sebastián Peña”. Y “cogió -según Lecuna- 445 prisioneros, 500 fusiles, 26.000 cartuchos, un cañón y los bagajes del enemigo, habiendo escapado Martí...”.

Es pertinente registrar aquí la crítica hecha por Lecuna sobre dicha operación:

“Mejor conducta habría observado Ribas, tan adelantado ya en sus marchas, en no devolverse hacia Niquitao. Siguiendo a Bolívar se aseguraba el éxito en Barinas... En cuanto a Martí, o se quedaba en la cordillera, o marchaba tras de Ribas o se devolvía a Barinas. En el primer caso no podía hacer daño alguno, en el segundo, fácil hubiera sido a Bolívar y a Ribas devolverse contra él y destruirlo, con la ventaja del número. Respecto al tercer caso, Martí no podía resolver su regreso a Barinas antes del 5 ó 6 de julio, por el tiempo necesario para cerciorarse del movimiento de Bolívar sobre dicha plaza, y por tanto habría llegado tarde para socorrer a Tíscar. El plan de Bolívar tenía la doble ventaja de sorprender al enemigo y de llevar todas las tropas disponibles a la acción decisiva. El movimiento audaz de Ribas lo condujo a un combate desigual, en el cual venció por su pericia y coraje”.

Anota Uribe White que “no será la primera vez que el tío desobedece al sobrino poniendo en jaque la campaña”. Ribas, ciertamente, se destacaba por su temperamento y arrojo, pero estas cualidades no eran acompañadas siempre por la disciplina. El hecho es que Bolívar determina encomendar a Girardot la operación decisiva sobre Barinas que estaba en poder de los españoles al mando de Tíscar. Nos na-

rra Uribe White que “Tízcar era un buen oficial, pero los movimientos rapidísimos de Bolívar lo desconcertaron. Este pasó el 3 de julio el crecido río Boconó, a más de cien metros de anchura, tirándose él mismo a nado para ayudar a pasar la infantería. El 5 de julio, Tízcar, sabedor de la derrota de Martí, abandonó la plaza que Bolívar, a todo galope con la caballería, ocupó, enviando sobre el humo a Girardot sobre las huellas del español”.

“El infatigable Girardot -dice Lecuna- persiguiendo al enemigo sin descanso en el espacio de 30 leguas, provocó la disolución de las fuerzas de Tízcar, y cuando Girardot se acercó con sus tropas, las reliquias del español y de su teniente Nieto se desbandaron por completo. En consecuencia, Girardot tomó sin disparar un tiro 400 fusiles y otros tantos prisioneros”.

La misión de Girardot que fue elogiada por Larrazábal, mereció del ilustre Lecuna el siguiente párrafo: “La persecución ejecutada por Girardot en tres días con sus noches, a través de sabanas inundadas en plena estación lluviosa, es una de las operaciones más heroicas de la campaña, y con sus otras acciones justifica las grandes esperanzas fundadas en este brillante jefe”.

Tras la conquista de Barinas por Bolívar y los republicanos, Oberto atrincheró a sus tropas en Araure, mientras que el coronel Izquierdo se ubica en San Carlos; González de la Fuente y el capitán Cañas (el mismo que fue derrotado en Carache), se instalan en Barquisimeto, en tanto que el general Monteverde se sitúa en Valencia, atento a reforzar oportunamente a Izquierdo.

Bolívar, entre tanto, tiene distribuidas sus columnas en este amplio territorio, recogiendo “cuanto material bélico y dinero encuentra, pero de tal manera que la reunión de sus fuerzas es rápidamente posible en cualquier punto. Su plan ahora es el de concentrar las columnas de Ribas, Urdaneta y Girardot, en Araure, para batir a Izquierdo, con efectivos superiores, y marchar a Valencia contra Monteverde”.

según lo apunta O'Leary, citado por Uribe White.

Y agrega: “Girardot ha regresado a marchas forzadas de Nutrias a Guanare, con su gente semidesnuda, y Bolívar lo espera hasta el 23 de julio. Ordena a Ribas que se dirija a Araure por el camino de Tucuyo a Sanare, nunca por el de Barquisimeto, para evitar encuentro con fuerzas superiores. Oberto retrocedió de Araure a Barquisimeto, y allí se reunió con González y Cañas”.

Pero, una vez más, Ribas obra por cuenta propia y desatendiendo las instrucciones de Bolívar “tomó el camino de Barquisimeto, con solo 500 infantes y 80 caballos; y al toparse con el enemigo, en los horcones, entre Barquisimeto y Quibor, se arrojó sobre ellos con su acostumbrada audacia, y los derrotó el 22 de julio. Luego ocupó a Barquisimeto. Pero claro no logró concurrir a la concentración de Araure, ni estuvo presente en Taguanes, poniendo en peligro todo el plan de Bolívar, pues -dice Lecuna- si el lerdo de Monteverde socorre a tiempo a Izquierdo, Bolívar se hubiera visto en gran inferioridad numérica, haciéndole falta los efectivos de la columna de Ribas, que entraban en sus cálculos”.

Esta deficiencia obligó a Bolívar a improvisar rápidamente ciertos movimientos, de tal forma que los españoles no sacaran beneficio de ella. Ello da como resultado que Urdaneta se apodere de Araure el 21 de julio. “Ahí llegó Bolívar el 24. Siguió Urdaneta a San Carlos, abandonado por Izquierdo al replegarse a Valencia, creyendo que Bolívar lo atacaba con fuerzas superiores (lo que era verdad). La División Girardot, pese a la fatiga, llegada a Araure tarde de la noche del 26 de julio, marchó para San Carlos en la misma madrugada. Bolívar no daba respiro, ni Girardot lo pedía”.

Pero como la cuestión no era solamente echar tiros, Bolívar va sentando la base organizativa política y civil por donde pasa. En su Discurso a los Ciudadanos y Magistrados de la ciudad de Barinas el 13 de julio, anuncia las medidas a ejecutar sobre este terreno:

“Las miras del Gobierno de la Nueva Granada no son otras que las que veréis por las sabias instrucciones que me ha dado, y tengo el honor de presentaros para vuestra inteligencia y satisfacción. En consecuencia de las disposiciones del Congreso se repone el Poder Ejecutivo Provincial en el ciudadano Miguel Antonio Pulido que ejercía estas funciones al tiempo de la disolución de la República.

Este Magistrado se halla suficientemente autorizado para organizar el gobierno político y civil del modo más conveniente a la naturaleza de las cosas en el día, interín se liberta la capital de Venezuela, y se restablece con solidez y legalidad el gobierno que debe regir las provincias unidas de nuestra confederación.

El intendente de la provincia, Nicolás Pulido, queda repuesto en su empleo y está especialmente encargado de la administración de Rentas Nacionales y colección de préstamos forzados y donativos voluntarios; pero en todo subordinado al Gobernador del Estado en quien reside la suprema autoridad de la provincia.

El coronel ciudadano Pedro Briceño antes Comandante General, vuelve a ejercer sus facultades militares, sin otra dependencia en el ramo de Guerra, que del Gobierno federal y a falta de éste del General en Jefe de las tropas de Venezuela.

El Comandante General es nombrado Gobernador interino del Estado mientras llega a esta capital, el propietario ciudadano Manuel Antonio Pulido.

Los bienes confiscados a los enemigos deben ser administrados provisoriamente por la comisión de secuestros, compuesta de los ciudadanos Luis Báez e Ignacio Requena, dependiente del gobierno de esta provincia, cuyas órdenes deberán ejecutar fielmente.

En cuanto al Gobierno de la Iglesia no habrá otro jefe en ella, en

tanto que las circunstancias varíen, que el ciudadano presbítero Ramón Ignacio Méndez.

Dejando así distribuidos los Departamentos de Estado, Hacienda, Guerra y de la Iglesia, en sujetos del más alto carácter, virtudes políticas y acendrado patriotismo, tengo la honra de ofrecerlos mis servicios y suplicaros os sirváis cooperar en cuanto esté al alcance de vuestras facultades a la redención del resto de la provincia de Caracas que aún gime bajo el yugo español, y yo parto a liberarla a la cabeza de nuestras invictas tropas”.

Para Bolívar el ser revolucionario genuino es, ante todo y sobre todo un ser moral, un ser ético. Ama de tal modo la causa por la que lucha que no duda en inmolarse por ella. Al combatir por su patria, por su pueblo, por la independencia, por la libertad y por las causas más altruistas de la humanidad, está realizando el acto de amor supremo. Así lo inculcó Bolívar entre sus soldados y entre el pueblo, como cuando le escribe al ciudadano comandante de Mérida, Antonio Ignacio Rodríguez Picón informándolo de la muerte de su hijo en combate:

“Y tú padre, que exhalas suspiros
al perder el objeto más tierno,
interrumpe tu llanto, y recuerda,
que el amor a la patria es primero”.

Agregándole que “estos son los sentimientos que deben animar a todo republicano que no tiene más padres ni más hijos que su libertad y su país. Yo congratulo a usted por la honra que refluye sobre su familia con las acciones de su ilustre hijo”.

LOS LIBERTADORES MARCHAN VICTORIOSOS A CARACAS

“Por fin, compatriotas míos, vuestra república acaba de renacer bajo los auspicios del Congreso de la Nueva Granada vuestra auxiliadora, que ha enviado sus ejércitos, no a daros leyes, sino a restablecer las vuestras extinguidas por la irrupción de los bárbaros, que envolvió en el caos, la confusión y la muerte a los Estados Soberanos de Venezuela, que hoy existen nuevamente libres e independientes y colocados de nuevo al rango de nación”. (Simón Bolívar: proclama a los caraqueños. Cuartel General de Caracas, 8 de agosto de 1.813)”.

Bolívar, que estaba enterado sobre la victoriosa lucha de los patriotas venezolanos que habían liberado a Cumaná, ya tiene a Caracas en la mira cuando desde su Cuartel General en San Carlos difundió su inteligente proclama A los españoles y canarios, con la intención de lograr un gran impacto psicológico de júbilo en las huestes y el pueblo republicano y de pánico y desasosiego en las filas españolas. Leamos su proclama:

“A los españoles y canarios:

Conducidas nuestras armas libertadoras por el ser omnipotente, que protege la causa de la justicia y de la naturaleza, hemos libertado todas las provincias de Occidente, batiendo 4 ejércitos, que en un número de 6.000 hombres oprimían a Mérida, Trujillo, Barinas y los pueblos internos de Caracas.

Nuestro ejército de Oriente ha dado la libertad a Cumaná, Barcelona y todos los llanos hasta Calabozo. No resta, pues, al imperio de los tiranos más que el pequeño territorio comprendido entre Valencia y Caracas, que ellos oprimen con extrema crueldad; pero que está cubierto de millares de patriotas que conocen sus derechos, saben defenderlos y morirán, si es preciso, por la gloria de salvar a su patria.

Un puñado de españoles y canarios pretende con demencia detener el veloz carro de nuestras victorias, guiado por la fortuna, y sostenido por el valor divino de nuestros soldados granadinos y venezolanos. Las bandas enemigas desaparecen delante de nosotros, aún antes de presentarnos, porque temen una espada exterminadora, que la justicia del cielo ha puesto en nuestras manos para vengar la humanidad, que tan vilipendiosamente ha sido escarnecida en el suelo americano.

Nuestra benignidad, sin embargo, os convida nuevamente, españoles y canarios, a gozar de la felicidad de existir entre nosotros en paz y armonía, abandonad estas tristes reliquias del partido de bandidos que infestaron a Venezuela, acaudillados por el pérfido Monteverde, que os ha puesto en la crítica y desesperada situación de morir en el campo, o en los caldazos perdiendo vuestras familias, vuestros hogares y vuestras propiedades. Si queréis vivir, no os queda otro recurso que pasaros a nuestro ejército, o conspirar directa o indirectamente contra el intruso e inicuo gobierno español; pero si permanecéis en la indiferencia sin tomar parte en

el restablecimiento de la República de Venezuela, seréis privados de vuestras propiedades: y sabed que cuantos españoles sirvan en las armas, y sean prisioneros en el campo de batalla, serán sin remisión condenados a muerte.

Confiad en nuestras ofertas liberales y temed nuestras amenazas, porque ellas son infalibles. Todos los españoles y canarios que se han presentado a nuestro ejército, han sido conservados en sus destinos y son tratados como americanos, asegurándoos que son dignos de este título y se portan con el valor y lealtad que caracterizan a los hijos de Colombia. Del mismo modo han sido recibidos con amistad y clemencia todos aquellos españoles, que han probado no ser desafectos a nuestro sistema y se han mantenido en inacción mientras los tiranos perseguían con el oprobio y la muerte a los inocentes americanos.

Nuestras huestes no han menester de vuestros auxilios para triunfar; pero nuestra humanidad necesita de ejercerse a favor de los hombres, aún siendo españoles y se resiste a derramar la sangre humana, que tan dolorosamente nos vemos obligados a verter al pie del árbol de la libertad.

Por última vez, españoles y canarios, oíd la voz de la justicia y de la clemencia. Si preferís nuestra causa a la de los tiranos, seréis perdonados y disfrutaréis de vuestros bienes, vidas y honor; y si persistís en ser nuestros enemigos, alejaos de nuestro país o preparaos a morir.

SIMON BOLIVAR”.

Tres días después, el 31 de julio, Bolívar se lanza a la batalla de Taguanes, que según la anotación Uribe White, tomando como fuente a O’Leary, tuvo el siguiente desenlace:

“En el repliegue que efectuaba el Coronel Izquierdo, de San Carlos

hacia Valencia, recibió orden de Monteverde, de regresar a esa plaza; pero, con buen juicio, se quedó en Tinaquillo con sus 1.200 soldados. Bolívar llegó a San Carlos el 29 de Julio donde ya estaba Girardot. A la media noche puso en marcha esta división y la de Urdaneta, con la orden de atacar a Izquierdo antes de que recibiera refuerzos. El 31 cargaron los republicanos. Bolívar había logrado reunir 2.300 combatientes. Izquierdo se retiró, dejando una pequeña fuerza en las alturas intermedias entre la sabana de Pegones y la de Taguanes, fuerza de que dio cuenta Urdaneta. El español se formó en batalla en la inmensa sabana. Llegaron todas las tropas patriotas. Girardot cargó de frente. Izquierdo en perfecto orden por columnas, emprendió de nuevo la retirada, con la intención de alcanzar un terreno quebrado. Bolívar hizo montar 200 infantes a la grupa de tres escuadrones, con orden de adelantarse al enemigo, echar pie a tierra y cortarlo por la espalda.

Esta maniobra la dirigieron Girardot, Urdaneta y D'Elhúyar. Los veteranos de Izquierdo no pudieron resistir el doble empuje, se desorganizaron, y en medio de gran mortandad, quedaron todos prisioneros. Izquierdo, herido, murió al ser llevado a San Carlos”.

Antes de la batalla de Taguanes, Bolívar había librado ya muchas escaramuzas y combates de tipo guerrillero. Pero la de Taguanes fue su primera “verdadera batalla campal” que él dirigía rodeado por su Estado Mayor. Ahora tenía abierto el camino hacia Caracas, pues el general Monteverde, al enterarse de la total derrota de sus tropas en Taguanes, abandonó a Caracas y corrió a encerrarse en el fuerte de Puerto Cabello. Franqueado el paso Bolívar pudo entrar a Valencia sin ninguna oposición, siguiendo luego a Maracay y la Victoria.

Fierro, que había sido comandante adjunto de Monteverde, sustituyó a éste en Caracas y dispuso que una comisión de notables solicitara a Bolívar un armisticio. Siempre guardando los derechos de la República –escribe Gilette Saurat-, Simón Bolívar concedió a los españoles condiciones de rendición extremadamente generosas “para

mostrar al universo que en medio de la victoria los nobles americanos desprecian las ofensas y dan raros ejemplos de moderación a los mismos enemigos que han violado el derecho de gentes y pisoteado los tratados más solemnes”.

Pero los españoles de Caracas, agrega Saurat, “con Fierro y las autoridades a la cabeza, no llegaban a concebir que los vencedores no les hicieran sufrir el tratamiento que ellos mismos les habían infligido a los republicanos. Sin esperar el regreso de la comisión de armisticio y a pesar de las noticias reconfortantes que les habían llegado, desertaron en masa de la ciudad. El camino que descendía hacia el mar, y el pequeño puerto de La Guaira fueron entonces teatro de las mismas escenas de pánico y de desesperación que habían seguido a la rendición de Miranda. Con la diferencia de que el terror había cambiado de campo y que nada se oponía a la partida de los fugitivos”.

Desde su Cuartel General de La Victoria, Bolívar escribió sobre su campaña al Presidente Encargado del Supremo Poder Ejecutivo de la Unión:

“Por fin tengo la satisfacción de participar a V.E. la terminación de la campaña, con la ocupación de Caracas y la Guaira por nuestras tropas vencedoras, siendo mucho más satisfactoria esta noticia por el modo con que ha sucedido la entrega de aquella ciudad, sin efusión alguna de sangre, y sin los desastres que indispensablemente habría sufrido, si hubiese sido tomada por la fuerza de las armas.

Ayer 4 del corriente se me presentaron en esta villa cinco comisionados por el gobierno español que oprimía a los pueblos comprendidos en el partido capitular de Caracas, para tratar conmigo sobre una transacción o capitulación que pusiese fin a la guerra; me presentaron la credencial que los autorizaba para entrar en los ajustes, y en virtud de ella los llamé a una conferencia, de la que resultó el tratado que en copia incluye a V.E. acompañado del

oficio en que fueron enviados y del que contesté a sus comitentes.

Yo creo excusado hacer presente a V.E. las consideraciones que me movieron a adoptar esta medida, pues es bien conocida la utilidad que de ella resulta, para que pueda dudar de que será aprobada en todas sus partes. Por este medio, además de que se asegura el objeto principal de mi misión, que sólo se dirige a redimir a Venezuela de la servidumbre, conseguimos también tomar las armas y las municiones que tenían allí los enemigos, y que seguramente habrían extraído, no dejándoles otro arbitrio para salvarse que el de la fuga.

Tiene V.E. cumplida mi oferta de libertar a mi país, y tiene V.E. la prueba más cierta que puedo haber dado de que no era aventurada la empresa, como pretendían algunos hacer creer a ese gobierno. Tan lejos estuvo de ser aventurada, que no es posible que haya una campaña más feliz: durante los tres meses que he hecho la guerra en Venezuela, no he presentado acción que no haya sido ganada por nosotros, y de cada una de ellas he sacado todas las ventajas imaginables, logrando con la actividad y rapidez en las marchas desconcertar a los enemigos, al paso que el valor de mis tropas los aterraba.

Solo me falta para completar la obra, la plaza de Puerto Cabello, que no resistirá mucho tiempo si no se rindiere a la intimación que pienso hacerle desde Caracas, para donde parto en este instante, a poner en ejecución los tratados y organizar las cosas de manera que pueda acudir a donde la necesidad me llame.

Desde allí hablaré a V.E. con extensión sobre la guerra concluida, y sobre los nuevos objetos que deben ocupar nuestra atención.

Dios guarde a V.E. muchos años.

(Fdo). SIMÓN BOLÍVAR”

El día 6 de agosto los libertadores entran a Caracas. El desfile lo encabeza Bolívar, a cuyo lado cabalgan Girardot, Urdaneta, Ribas, Campo Elías, D'Elhúyar, Montilla, Serviez, Ricaurte, Briceño Méndez y los demás granadinos y venezolanos que forman su ejército. Han sido, como anota Saurat, “de Barranca a Caracas, más de dos mil kilómetros jalonados de victorias, sin un solo fracaso. A través de dos cordilleras, seis cuerpos de ejército deshechos, un rico botín tomado al enemigo, cinco provincias libertadas”. Ahí marchan los héroes de tantos trabajos y sacrificios, para superar “la defección de Castillo, los sarcasmos de Santander, las dilaciones del Congreso, la noche de Trujillo, las marchas por los senderos helados de la sierra o el calor agobiante de los llanos.

El recibimiento que Caracas tributó a sus libertadores fue apoteósico. La ciudad entera salió a la bienvenida y de todas partes se oían gritos de ¡Viva nuestro Libertador! ¡Viva la Nueva Granada! ¡Viva Venezuela! ¡Viva la República! ¡Abajo Fernando VII! ¡Viva la América Libre! Las campanas saludaban su victoria. Los cañones lanzaban sus salvas al aire, las bandas tocaban himnos y cantos a la patria, mientras el pueblo cubría de flores el camino de los héroes. Los amigos de Bolívar se arrojaban en brazos de éste. Después de pasado el silencio impuesto por el despotismo de Monteverde en Caracas, ahora el júbilo que estallaba y cubría sus calles, era indescriptible. Los perseguidos se animaban a abandonar sus refugios, los prisioneros volvían a la vida y el sueño estaba cumpliéndose.

Allí, entre esa abigarrada masa de pueblo, Bolívar pudo distinguir a la negra Hipólita, la que lo crió y en quien Bolívar siempre reconocía como su madre y su padre. Un abrazo fundió estos dos seres anudados en la victoria, en la emoción y en la esperanza.

Simón Bolívar materializa, o mejor dicho es la expresión vivificante de aquella tesis del filósofo Hegel: “Los individuos heroicos... no es la dicha lo que han escogido, sino la pena, el combate, el trabajo por su objetivo. Conseguido su objeto, no llegan a un goce apacible”.

Ahora, en Caracas, aclamado como Libertador, comprende que la Campaña Admirable es apenas el comienzo de una contienda que será feroz y prolongada. Supo captar como nadie el instinto de América. Por eso, como bien lo señala el destacado escritor brasileño Paulo Méndez Campo, “él fue un revolucionario de la cabeza a los pies. En un continente de héroes rudos, poseía una inteligencia clara, alta, segura. Conoció mejor que nadie la geografía social y física de nuestra América”.

Digámoslo con las palabras de la poesía y pensamiento de Juana de Ibarbourou, la gran uruguaya digna hija de Artigas: “Imagínese, pues, lo que tiene que significar para todo el mundo civilizado un ser como Bolívar, en el cual parecen haberse dado cita todas las excepciones. Si cada necesidad origina el hecho en el cual ha de satisfacerse y el genio es creado por una suma de imperativos que tienden a una solución, bien puede afirmarse que Bolívar es el resultante de trescientos años de coloniaje fructificando en una concentrada avidez de libertad.

Nació para ser grande. ¡Quién sabe en qué crisol fundó el destino aquel espíritu que tuvo vislumbres de Platón y de Brummel, de Tamerlán y Cicerón! No hay en la historia del continente figura más completa y avasalladora que la de Bolívar. Fue el genio, secundado por el encanto”.

Y agrega “tuvo el romanticismo del ibero cuyo símbolo eterno es Don Quijote, y la orgullosa altivez de la raza india cuya encarnación más completa es Caupolicán. Fue a la vez un militar y un caudillo, un orador y un visionario; un legislador y un diplomático. “Artigas más San Martín”, eso es Bolívar –dice Rodó- y para darnos una idea completa de su personalidad le suma a Moreno, el más notable pensador de Sur América en los tiempos de la emancipación. Bolívar reunía en sí todas las condiciones que fulguraron dispersas en distintos prohombres de la época. Sólo Martí, más tarde, le iguala en ardiente elocuencia y sólo nuestro Artigas comparte con él la gloria del más puro ideal republicano”.

José Verissimo, de la Academia brasilera, considerado como la autoridad más alta de su país, hoy en cuestiones intelectuales, escribe: “Este hombre llamado Simón Bolívar, el más grande de las Américas y uno de los más grandes de la humanidad, reunió en grado eminente y en una perfecta armonía cualidades excepcionales de pensamiento y de acción”.

Así lo proclama en su ensayo titulado “Bolívar, profesor de energía”, traducido por el célebre poeta español Francisco Villaespesa. Y nos reitera en su síntesis: “Bolívar quedará siempre como uno de los ejemplos más completos de energía moral, de constancia inquebrantable, de tenacidad invencible, de virtud, en el alto sentido primitivo de la palabra (...) La estatura moral de Bolívar crecerá en la historia a medida que crezcan las naciones que fundó, a medida que crezca toda esta América del Sur, cuya redención a él se debe en primer término y de la que es la primacial figura”.

En Caracas, al recibir el título de El Libertador, Bolívar, en un gesto de solidaridad pura, reclama y consigue el título de Libertadores para los bravos granadinos y venezolanos que forman su ejército.

SIMÓN BOLÍVAR: PRECURSOR Y CREADOR DE LA REPÚBLICA DE COLOMBIA

“Apenas Venezuela unida con la Nueva Granada podría formar una nación que inspire a las otras la decorosa consideración que le es debida. ¿Y podemos pretender dividirla en dos? Este es el voto ahora de los venezolanos, y en solicitud de esta unión tan interesante a ambas regiones, los valientes hijos de Nueva Granada han venido a libertar a Venezuela...” (Simón Bolívar: Al ciudadano General en Jefe de Oriente, Santiago Mariño. Valencia, 16 de diciembre de 1813.

Ante todo, conviene aclarar que “la afirmación de que Bolívar hizo su entrada en Caracas en una carroza dorada tirada por doce niñas de la aristocracia de la ciudad es una invención de Du Coudray Holstein: Memorias, pag. 151, Londres, 1830”, tal como lo advierte Gerhald Masur, apoyándose en Lecuna y en las publicaciones de la Gaceta de Caracas. Y añade que “es difícil comprender cómo Mancini y después Rourke, pueden haber aceptado tal mentira al pie de la letra”.

Debemos agregar que esta mentirosa versión, que sería igualmente recogida y difundida por Cornelio Hispano y Liévano Aguirre, no sería la primera ni la última mentira, que de tanto repetirse ha sido tomada como cierta entre algunos historiadores. Otra gran mentira, difundida al pié de la letra o con ciertas variaciones, y vinculada a la harto conocida animadversión de Holstein hacia el Libertador, es la que atañe con las actividades del Libertador una vez establecido en Caracas, como podremos verlo en este mismo capítulo.

La envidia, el morbosos regionalismo provinciano y el espíritu xenófobo de ciertos elementos que, ayer, hoy y siempre estorban la solidaridad y cooperación amistosa e internacionalista entre los pueblos, y sobre todo entre Venezuela y Colombia, también tuvieron sus expresiones entre historiadores como Gil Fortoul, pretendiendo desdibujar la proeza de la Campaña Admirable, y sobre todo el que en ella desempeñaron los combatientes granadinos, hoy colombianos, bajo el mando inspirado del genio caraqueño.

“En ocasiones –escribe Gil Fortoul- la imaginación alborotada de Bolívar se armoniza por modo singular con el cálculo diplomático. Sus triunfos de 1813, relativamente fáciles, y sobre todo efímeros, él los exagera, los magnifica, los convierte en epopeya, y como fue con oficiales de Nueva Granada que se aventuró a la reconquista de Venezuela, ¡para ellos canta sin cesar himnos de gloria!”.

Más juicioso y veraz es el punto de vista del historiador español Pedro de Urquinaona que, obviamente, no tenía motivos especiales para elogiar a los granadinos, ni para alabar esta campaña: ¡Bolívar -dice Urquinaona- con 300 miserables de Santafé (Bogotá) arrolló el famoso ejército de occidente, dispersando a Tíscar, destruyendo a Izquierdo y encerrando a Monteverde en la fortaleza de Puerto Cabello!”.

Sobre el mismo tema vale consignar el criterio del historiador alemán George Gervinus, en su Historia del siglo XIX, tomo VI, al refe-

rirse a la Campaña Admirable: “Esta rápida campaña, que los entendidos colocan al lado de las más atrevidas empresas militares de que la Europa era entonces teatro, ha sido el germen de la grandeza futura de Bolívar, y le ha merecido el primero, y quizás el más hermoso y el más puro florón de su corona triunfal... !”.

El conocido historiador argentino Bartolomé Mitre, que condenó la proclama de la guerra a muerte dictada por Bolívar, hace el siguiente balance: “Seis grandes combates, que valen batallas, ganadas en un trayecto de 1.200 Kilómetros, sin un solo revés, al través de dos cordilleras; cinco gruesos cuerpos de ejército que sumaban 4.500 hombres, dispersados, muertos y prisioneros o rendidos con sus armas y banderas; la captura de 50 piezas de artillería y tres grandes depósitos de guerra, la reconquista de todo el occidente de Venezuela de cordillera a mar, ligando sus operaciones con las del ejército del oriente ya rescatado, y la restauración de la República Independiente de Venezuela. Y todo esto con 600 hombres y en 90 días. ¡Nunca con menos se hizo más en tan vasto espacio y en tan breve tiempo!”.

Y que lo diga el prócer venezolano José de Austria, autor de la Historia Militar de Venezuela; “Los D’Elhúyar, Girardot, París, Vélez, Ortega, Ricaurte, Mantilla, Samper, Rosas, Serrano, Maza, Tejada, Orta y otros granadinos, a la cabeza de los invencibles batallones 4 y 5 de la Unión, fueron inseparables de los peligros de aquella campaña, y siempre presidieron la serie de victorias del Ejército Libertador. A ningún venezolano cedieron en intrepidez para combatir contra los opresores.

La historia de mi patria les consignará una brillante página y, entre tanto, sirva este ligero recuerdo como un testimonio de gratitud!”.

Es Bolívar, desde luego, quien de una manera más patética y sincera reconoce el aporte granadino y lo sitúa como un ejemplo de confraternidad revolucionaria, en la tarea de educar, despertar y unir a los pueblos de la Nueva Granada y Venezuela como la firme base para

edificar la República de Colombia.

Bolívar inspiró en estos pueblos que nacían hermanados en la lucha por la independencia haciendo causa común con toda Hispanoamérica, un ejemplo que será imborrable para la humanidad y para la historia.

Pero todo estaba por hacer y al día siguiente de su entrada en Caracas, escribe al arzobispo de la ciudad, Narciso Coll y Prat, que tan funesto papel había desempeñado contra el gobierno de Miranda, provocando la caída de la Primera República, “para proceder –le dice Bolívar- con el acierto, pulso y tino que tanto deseo en el desempeño del mando supremo de estas provincias, a que la Providencia divina y la voluntad general de sus habitantes me ha constituido, necesito tener a la vista una razón circunstanciada del número de curas, párrocos propietarios que hay en los pueblos de ella; tiempo de su ingreso al que actualmente sirven; del de los coadjutores o ecónomos; sus propietarios, y el tiempo que ha están separados. Y pues en el estado de trastorno y confusión en que he encontrado la secretaría y archivo no es posible hacerme de estos datos con la brevedad que importa, al paso que a vuestra Señoría Ilustrísima le sería muy fácil por haber estado siempre al frente de sus negocios, espero que se sirva disponer que inmediatamente se me pase dicha relación”.

El arzobispo le respondió a Bolívar al día siguiente “remitiéndosele razón individual de todos los curatos y misiones”. Y como había que adoptar una relación clara con la iglesia, Bolívar escribe de nuevo a Coll y Prat el 10 de agosto:

“Ilmo. Señor:

La marcha alevosa y destructora del intruso gobierno español ha reducido un país floreciente (y que el Ser Supremo no ha condenado a una eterna dependencia de la España) a un exterminio lamentable y desconocido, que el deber y la autoridad del jefe de Venezuela tratan de reparar por las más eficaces y enérgicas pro-

videncias. Instruido por una experiencia cruel, he descubierto que las contemporizaciones y la impunidad en tiempo de la primera junta suprema y de los poderes ejecutivos dieron audacia a los conspiradores y a los enemigos y lo que es más asombroso aquellas autoridades toleraron sin sofocarlos los incentivos que en el confesionario se suministraron a la guerra sorda que al fin aniquiló nuestra independencia.

El General en jefe después de haber restablecido la República ha empleado y sostendrá en sus resoluciones aquel carácter fuerte que aterre a tan péfidos maquinadores, que mantenga en el respeto debido a todos los súbditos del gobierno y que infunda en las demás naciones la decorosa consideración a que es acreedor el pabellón de una república civilizada y triunfante.

No es ya el tiempo de burlar las disposiciones gubernativas y todo el peso de la ley caerá sobre los infractores. En consecuencia animando a las órdenes de Vuestra Señoría Ilustrísima el mismo espíritu, intime V.S. Ilma. Bajo las penas del resorte de su autoridad a todos los párrocos, predicadores y confesores de la arquidiócesis expliquen semanalmente los justos principios de la emancipación americana, persuadan la obligación de abrazarla y defenderla al precio de los intereses y de la vida, precavan a los sencillos contra la seducción y los conatos de los perturbadores, y que sobre todo presten cuantos existen bajo la protección del gobierno, la correspondiente cooperación a sus miras.

El confesionario que está sustraído por su sigilo a las inquisiciones públicas es el que principalmente debe ocupar las reformas de V.S. Ilma., y parece que con la mayor eficacia impediría el abusar de este sagrado ministerio, que V.S. Ilma. Dispudiese, que aquél que en semejante acto tratase de extraviar la opinión pública que sostiene al presente gobierno, por el mismo hecho se considere suspenso de sus funciones”.

El día 13 del mismo mes se remitió al Libertador “copia de la carta circular que se va expedir a consecuencia de este oficio a fin de que sea ésta de su agrado”.

Ya el día 8 de agosto había escrito a los Señores de la Comisión Política Militar del Supremo Congreso de la Nueva Granada, informando sobre el estado en que halló a Caracas y la rendición de “las dos divisiones de los españoles Budia y Mármol, únicas que les quedaban”, poniendo de presente que “interín se organiza un gobierno legal y permanente, me hallo ejerciendo la autoridad suprema, que depondré en manos de una asamblea de notables de esta capital, que debe convocarse para exigir un gobierno conforme a la naturaleza de las circunstancias, y de las instrucciones que he recibido de ese agosto congreso”.

En ese mismo informe Bolívar remite anexos la proclama y manifiesto para todos sus conciudadanos:

“A los caraqueños:

Anonadados por las vicisitudes físicas y políticas, hasta el último punto de oprobio y de infortunio, a que la suerte ha podido reducir a un pueblo civilizado, os veis ya libres de las calamidades espantosas que os hicieron desaparecer de la escena del mundo; y por decirlo así, hasta de la faz de la tierra: pues sepultados, muertos en los templos y vivos en las cavernas que el arte y la naturaleza han formado, estabais privados de la influencia del cielo y de los auxilios de vuestros semejantes.

En un estado tan cruel y lamentable; y a tiempo que las persecuciones habían llegado a su colmo, un ejército bienhechor compuesto de vuestros hermanos los ínclitos soldados granadinos aparecen, y como ángeles tutelares os hacen salir de las selvas y os arrancan de las horribles mazmorras donde yacíais sobrecojidos de espanto, o cargados de las cadenas tanto más pesadas, cuanto más ignominiosas. Aparecen, digo, vuestros libertadores,

y desde las márgenes del caudaloso Magdalena, hasta los floridos valles del Aragua y los recintos de esta ilustre capital, victoriosos, han surcado los ríos del Zulia, del Táchira, del Boconó, del Masparro, la Portuguesa, el Morador, y Acarigua, transitando los helados páramos de Mucuchíes, Boconó y Niquitao, atravesando los desiertos y montañas de Ocaña, Mérida y Trujillo, triunfando siete veces en las campales batallas de Cúcuta, la Grita, Betijoque, Carache, Niquitao, Barquisimeto y Tinaquillo, donde han quedado vencidos cinco ejércitos que en número de diez mil hombres devastaban las hermosas provincias de Santa Marta, Pamplona, Mérida, Trujillo, Barinas y Caracas.

Caraqueños: El ejército de bandidos que profanaron vuestro territorio sagrado ha desaparecido delante de las huestes granadinas y venezolanas, que animadas del sublime entusiasmo de la libertad y de la gloria, han combatido con un valor divino, y han llenado de un pánico terror a los tiranos cuya sangre regada en los campos ha expiado una parte de sus enormes crímenes. Vuestros ultrajes han sido vengados por nuestra espada libertadora, que a un solo golpe ha inmolado los verdugos y cortado las ligaduras de las víctimas.

Los habéis visto, caraqueños, escaparse como tráfugas de vuestra capital y puertos, temiendo vuestra justa indignación, y no temiendo la vergüenza de huir de un pueblo todavía encadenado. No esperaron, no, la clemencia del vencedor a que ellos no eran acreedores por las infracciones impías que han cometido en todas las partes del mundo americano: pero el magnánimo carácter de nuestra nación ha querido superarse a sí mismo concediendo a nuestros bárbaros enemigos tratados tan benéficos que le han asegurado sus bienes y sus vidas, únicos objetos de su codicia.

Mirad cuán pérfidos deben ser unos hombres que entregándoos a la anarquía os pusieron en la necesidad absoluta de existir en medio de los tumultos sin gobierno y sin orden. Mirad cuál será su

carácter fementido y protervo, cuando abandonan a sus propios defensores a la merced de un vencedor, y de un pueblo irritado que con razón clamaba a la venganza de tres siglos de opresión y de un año de exterminio. Mirad en fin con el vilipendio que ellos merecen a esos miserables que erguidos en la prosperidad, y cobardes en el infortunio, precipitan a sus hermanos al peligro, y los abandonan en él.

Por fin, compatriotas míos, vuestra República acaba de renacer bajo los auspicios del Congreso de la Nueva Granada, vuestra auxiliadora, que ha enviado sus ejércitos, no a daros leyes sino a restablecer las vuestras, extinguidas por la irrupción de los bárbaros, que envolvió en el caos, la confusión y la muerte de los Estados Soberanos de Venezuela, que hoy existen nuevamente libres e independientes y colocados de nuevo al rango de Nación.

Esta es, caraqueños, mi misión, aceptad con gratitud los heroicos sacrificios que han hecho por vuestra salud mis compañeros de armas, que al daros la libertad se han cubierto de una gloria inmortal”.

En el Manifiesto de Bolívar a sus conciudadanos, dado en Caracas el 9 de agosto, sólo destacamos su declaración de compromiso total en su lucha contra la opresión, cuando les manifiesta: “El general que ha conducido las huestes libertadoras al triunfo, no os disputa otro timbre, que el de correr siempre al peligro y llevar sus armas donde quiera que haya tiranos”.

Y, en su parte final, su incommovible principio republicano y democrático, al declarar: “Una asamblea de notables, de hombres virtuosos y sabios, debe convocarse solemnemente para discutir y sancionar la naturaleza del Gobierno, y los funcionarios que hayan de ejercerle en las críticas y extraordinarias circunstancias que rodean a la República. El Libertador de Venezuela renuncia para siempre, y protesta formalmente, no aceptar autoridad alguna que no sea la

que conduzca nuestros soldados a los peligros para la salvación de la Patria”.

Como la victoria militar sería nula si no se adopta una política firme y correcta para la reconstrucción del Estado, Bolívar encara tan colosal tarea llamando a la solidaridad del pueblo, reclamándole su entrega generosa para salvar su patria y edificarla sobre las ruinas de los despojos de la opresión española. Así lo comunica a los venezolanos en su proclama del 11 de agosto:

“... No podremos formar un Gobierno estable y permanente, consolidar nuestra independencia, ni cantar la victoria (...) si todos no contribuíis eficazmente a tan sagrados fines, cada cual con lo que permitan sus facultades y circunstancias, nuestra lucha puede dilatarse, aunque jamás entorpecerse ni anonadarse; pues tengo jurado, y mis heroicas tropas, morir antes que sucumbir por un solo instante a la tiranía española; pero como esto solo no basta para sostener el propósito, pues sin auxilios y socorros oportunos nada podrá hacerse, espero que mis conciudadanos franca y generosamente se prestarán gustosos a proporcionarlos, ya por ser uno de sus imprescindibles deberes, ya por no degradarse del alto rango a que la Providencia los ha elevado; y ya por imitar el asombroso ejemplo que la Nueva Granada y todos los pueblos del tránsito a esta capital han dado en nuestras tropas vencedoras, a las cuales nada les ha faltado para su subsistencia y lucha”.

Para organizar el recaudo y aplicación de los aportes de la población, Bolívar informa en la misma proclama:

“He resuelto nombrar, como nombro, para que ante ellos se haga, a los cuatro corregidores recientemente electos, que diaria y nocturnamente se prestarán a cuantos ocurran en sus donativos, sean cuales fueren, pues no está ceñida mi esperanza a solo el metálico sonante, sino a cuantos artículos sean necesarios para la guerra: en el supuesto de que no quiera que suene su nombre será reser-

vado, y al que importe acreditar en todo tiempo sus servicios, se le entregará un comprobante que lo califique. Con todos hablo, ciudadanos: a nadie exceptúo: cualesquiera demostraciones llenarán mis deseos, pues que ellas nos han de elevar a la cumbre de la gloria.

Habrá padres de familia, jóvenes expertos y otras personas que no tengan con qué acreditar su decidido interés: estoy muy convencido de esto; pero estos mismos padres, estos mismos jóvenes tienen la puerta abierta, los unos para sus hijos, y los otros por sí, para presentarse al gobierno, que les destinará en lo que parezca más a propósito; entendidos de que todos aquellos que se prestasen al servicio que se les destinase sin devengar los sueldos que les quepan en las clases que se coloquen serán sentados sus nombres en un libro que el gobierno abre desde hoy, para que en todos los tiempos conste tan heroico sacrificio, e igualmente el de sus hazañas personales; y para que en su posteridad se tenga con ella la consideración debida a su causante uno de los libertadores de Venezuela”.

Bolívar y el pueblo fusionados con el ejército libertador se citan al heroísmo y al sacrificio que todo patriota, republicano, democrático y revolucionario tiene que acudir por necesidad, por convicción y por ética. Enseña a sus conciudadanos a identificarse con su ejército, que es el brazo armado del pueblo, que es el pueblo en armas luchando por la patria, defendiendo la soberanía nacional, garantizando la independencia, y por eso, uniendo pueblo y ejército, el verdadero fundador de la República y su primer garante. Con base en ello pide a los venezolanos:

“No será pues extraño partáis vuestra renta con el guerrero soldado que tan noble y generosamente pone el pecho a las balas por defender vuestra libertad civil. Dentro de los muros de una ciudad provista como ésta de cuantos mantenimientos son necesarios de cualquier modo podéis proporcionar nuestra subsistencia y la de

vuestra familia, cubriendo las carnes con telas ordinarias en obsequio de vuestra felicidad futura y la de toda vuestra posteridad cuya heroicidad resonará en el mundo entero”.

Dos días después, el 13 de agosto, Bolívar hace una nueva proclama dirigida a los venezolanos, en la que se confirma en las decisiones adoptadas, anotándoles:

“No otro interés, no otro deseo debe ser el de todo conciudadano, que el de conservar a toda costa la República. Yo he entrado a esta capital a tiempo que la dilapidación y torpeza del gobierno español han agotado todos los recursos y reducido a la nada los fondos públicos. Aún no ha terminado la guerra y me he propuesto llevar mis huestes vencedoras donde quiera que haya enemigos de la Patria; pero tocando los inconvenientes que resultan de la inmoderada distribución de los premios en personas que no los hayan merecido por algún sacrificio extraordinario al Estado: desde ahora os hago conocer que todo empleado sea militar o político, lo será para servirlo, y no para presentarse con pomposas decoraciones y para obtener sueldos extraordinarios que debilitaron e hicieron ridícula nuestra República naciente...”.

Su proclama concluye advirtiendo a los venezolanos:

“...desde ahora os anuncio que habrá una reforma saludable en todos los empleos de la República, sea con respecto al número, sea con respecto a los sueldos. Nuestras erogaciones deben ser en proporción de nuestros ingresos para que se salve la patria. No faltarán hombres virtuosos que en todos ramos se contenten con lo necesario para su subsistencia; y de éstos son de los que me valdré para darle vigor a todos los ramos de la administración pública”.

La Campaña Admirable no sólo fue una gloriosa epopeya militar, sino que significó en lo social y público un mismo impulso político, cultural y filosófico de creación de los primeros elementos constitu-

tivos de la proyectada república democrática. Hacia el objetivo de sentar los fundamentos republicanos se dirigen las principales miras políticas del Libertador que, como soldado, imparte ya una formidable cátedra de fundamentos constitucionalistas. Así podemos constatarlo al leer su comunicado del 14 de agosto, dirigido a Camilo Torres como presidente del congreso granadino:

“Mi autoridad y mi destino en Venezuela están reducidos a hacer la guerra; y en efecto, asegurado todo el territorio libertado de agresiones exteriores y de conmociones interiores (...) He establecido una suscripción para mantener un ejército que haga respetar al gobierno independiente; he abierto donativos, suplementos y suscripciones para asalariarle; he enviado agentes extraordinarios a los Estados Unidos y a la Gran Bretaña para interesarlos en nuestra causa y que auxilién nuestros esfuerzos.

A estas se reducen las principales medidas que he adoptado, y de las cuales tengo derecho a esperar las más benéficas resultas. Por ellas creo afianzar para siempre la independencia venezolana y hacerla generalmente reconocer. Así siete provincias con cadenas salen de la nada a figurar en el globo. Así un ejército europeo derrotado y los opresores destruidos hacen respetar el nombre y las armas granadinas. En lugar de los americanos pusilánimes y estúpidos que representaba la España, ha visto hombres intrépidos e inteligentes aniquilar a su caudillo más ponderado”.

Y, como es habitual en él, puntualiza en su comunicado los sentimientos de solidaridad y gratitud granadinos y venezolanos, en cuya unión sueña para construir a Colombia.

“Caracas -dice Bolívar a Camilo Torres -mira la Nueva Granada como su libertadora. Ve sus cadenas rotas por el esfuerzo granadino y salir del sepulcro a la vida conducida por V.E. Es imposible explicar la gratitud, el entusiasmo, todos los exaltados sentimientos de los caraqueños por los granadinos. Este pueblo generoso y

ardiente no perdona testimonios de su viva sensibilidad y los explica por demostraciones las más dignas de su ilustración”.

Y como todos deben participar para alcanzar la prosperidad de la nación, Bolívar difunde el 16 de agosto su “Llamamiento a los extranjeros:

“Por cuanto las provincias de Venezuela han entrado por segunda vez en el goce de su libertad e independencia, que les fue usurpada momentáneamente por un puñado de españoles que han señalado su gobierno con horrendos crímenes y negras injusticias; siendo una de ellas la de robar, perseguir y exterminar a los honrados extranjeros que justamente merecían la protección y consideraciones del Gobierno en nuestra primera transformación política; y por cuanto la conducta de un pueblo libre debe ser absolutamente opuesta a la que observan nuestros enemigos, que lo han sido y serán siempre de la prosperidad y felicidad de la América, he resuelto por tanto: lo primero: que se invite de nuevo a los extranjeros de cualquiera nación y profesión que sean, para que vengan a establecerse en estas provincias, bajo la inmediata protección del gobierno, que ofrece dispensársela abierta y francamente; en la segura inteligencia de que la fertilidad de nuestro suelo, sus varias y preciosas producciones, la benignidad de nuestro clima, y un régimen prudente de administración que garantice la seguridad individual y el sagrado derecho de propiedad, debe proporcionarles todas las ventajas y utilidades que podrían desear en su país. Segundo: que a cualquier extranjero que milite bajo nuestras banderas, defendiendo la causa de la libertad e independencia, se le declare el derecho de ciudadano de Venezuela, y se recompensen sus servicios de un modo competente”.

ATANASIO GIRARDOT: HÉROE DEL INTERNACIONALISMO BOLIVARIANO

“Las armas americanas deben honrarse de que haya militado en ellas el virtuoso Girardot, y la causa de la libertad por la que los hombres más grandes de la tierra han combatido, nunca ha sido sostenida con más honor que en los campos famosos donde Girardot la ha hecho triunfar de los tiranos... El nombre de Girardot será funesto a cuantos tiranos oprimen a la humanidad...” (Simón Bolívar: Carta al Ciudadano Luis Girardot. Valencia, 5 de octubre de 1813).

Al escribir sobre la batalla del Bárbula, don Vicente Lecuna describe el momento en que Atanasio Girardot muere en combate:

“El día 30 (de septiembre) en la tarde tres columnas de infantería a cargo de Girardot, D’Elhúyar y Urdaneta se precipitaron sobre la altura (del Bárbula) en movimientos rápidos y combinados, bajo el nutrido fuego de los españoles. Sorprendidos estos de tanto arrojo no presentaron la resistencia propia de una fuerza veterana. Después de un fuego vivo la columna española envuelta cedió el campo y fue totalmente destruida... victoria

brillante, relativamente fácil, pero comprada al más alto precio con la vida del heroico Girardot, muerto de un balazo en la frente al coronar la altura con la bandera de la patria en las manos”.

La bandera que Girardot había llevado a la cumbre del Bárbula, cuando una bala perdida le cortó la vida, era, según José María Ortega y Nariño la bandera granadina, advirtiéndole que la bandera que Bolívar trajo para su campaña de 1813, según apunte de Uribe White, era el estandarte de Cartagena de Indias. En fin, la sangre y el pabellón granadinos simbolizados en el sacrificio del Comandante en jefe de la vanguardia del Ejército Libertador, abonaba el fecundo suelo venezolano con el ejemplo eterno de la solidaridad internacionalista bolivariana.

La consternación y el dolor por la muerte de Girardot se propagó por el ejército republicano y aquella misma noche, en Valencia, Bolívar dirigió las honras fúnebres, con la intención de transformar el luto en fuerza y su muerte en paradigma del heroísmo revolucionario. En consecuencia, decreta lo siguiente:

“Ley de la Republica de Venezuela para honrar la memoria del coronel Atanasio Girardot:

El coronel Atanasio Girardot ha muerto en este día en el campo de honor.

Las Repúblicas de la Nueva Granada y Venezuela le deben en gran parte la gloria que cubre sus armas y la libertad de nuestro suelo. Vencedor en Palacé de un tirano formidable llevó por la primera vez el estandarte de la Independencia bajo las órdenes del General Baraya, a la oprimida Popayán. Las circunstancias extraordinarias de esta batalla memorable, la harán interesante, no sólo al mundo americano, sino a los guerreros valientes de todas las partes de la tierra.

El joven Girardot osó aguardar el ejército enemigo en número de dos mil hombres con setenta y cinco soldados en el puente del río Palacé. Tacón, el tirano de Popayán, no dudaba subyugar con aquellas fuerzas el extenso país de la Nueva Granada: destinó sevecientos hombres para desalojar los defensores del puente; pero, el nuevo Leonidas resolvió perecer antes con sus dignos soldados, que ceder un punto al poder de su enemigo. La fortuna preservó su suerte de la desgracia de sus soldados que fueron todos muertos o heridos, y la victoria más completa premió su esforzado valor y virtud. Más de doscientos cadáveres regaron con su sangre aquel campo célebre para consagrar en caracteres terribles un monumento propio al genio guerrero del héroe. Hasta entonces la Nueva Granada no había visto un peligro mayor para su libertad recientemente adquirida, y las consecuencias del triunfo de Girardot salvaron a un tiempo a su patria de la esclavitud y del exterminio con que la amenazaba el tirano.

En la actual campaña de Venezuela, la audacia y el talento militar de Girardot han unido constantemente la victoria a las banderas que mandaba. Las provincias de Trujillo, Mérida, Barinas y Caracas, que perecían bajo el cuchillo o gemían en las cadenas, respiran libres y aseguradas por los esfuerzos con que él ha cooperado bajo las órdenes de los Jefes de la Unión. Le han visto buscar en estos campos a los ejércitos opresores, vencerlos intrépidamente, desafiando la muerte por libertar a Venezuela. Hoy volaba a sacrificarse por ella sobre las cumbres del Bárbula, y al momento que consiguió el triunfo más decidido, terminó gloriosamente su carrera.

Siendo por tanto el coronel Atanasio Girardot, a quien muy principalmente debe la República de Venezuela su restablecimiento, y la Nueva Granada las victorias más importantes; por lo tanto, para consignar en los anales de la América la gratitud del pueblo venezolano a uno de sus libertadores, he resuelto y resuelvo lo siguiente:

1. *El día 30 de septiembre será un día aciago para la República, a pesar de las glorias de que se han cubierto sus armas en este mismo día, y se dará siempre un aniversario fúnebre, que será un día de luto para los venezolanos.*
2. *Todos los ciudadanos de Venezuela llevarán un mes consecutivo de luto por la muerte del coronel Girardot.*
3. *Su corazón será llevado en triunfo a la capital de Caracas, donde se le hará la recepción de los libertadores y se depositará en un mausoleo que se erigirá en la Catedral Metropolitana.*
4. *Sus huesos serán transportados a su país nativo, la ciudad de Antioquia en la Nueva Granada.*
5. *El cuarto batallón de línea, instrumento de sus glorias, se titulará en lo futuro el Batallón de Girardot.*
6. *El nombre de este benemérito ciudadano, se inscribirá en todos los registros públicos de las Municipalidades de Venezuela, como el primer bienhechor de la patria.*
7. *La familia de Girardot disfrutará por toda su posteridad de los sueldos que gozaba este mártir de la libertad de Venezuela, y de las demás gracias y preeminencias que debe exigir el reconocimiento de este Gobierno.*
8. *Se tendrá ésta por una ley general, que se cumplirá inviolablemente en todas las provincias de Venezuela.*
9. *Se imprimirá, publicará y circulará para que llegue al conocimiento de todos los habitantes.*

Dada en el Cuartel General de Valencia a treinta de septiembre de

mil ochocientos y trece años, tercero de la independencia y primero de la guerra a muerte, firmada de mano y sellada con el sello provisional de la República y refrendada por el Secretario de Estado.

(Fdo.) SIMÓN BOLÍVAR. ANTONIO MUÑOZ TEBAR, Secretario de Estado”

Bolívar comunicó sus sentimientos al señor Luis Girardot, padre del héroe que tan gloriosamente se entregó a la patria para morir por la independencia y libertad de una patria hermana:

“Valencia, 5 de octubre de 1813.

Ciudadano Luis Girardot:

Temería cursar a usted el más acerbo dolor participándole la muerte de su ilustre hijo, si no estuviese persuadido que más aprecia usted la gloria que cubre las grandes acciones de su vida, que una frágil existencia.

Es verdad que la vida del coronel Atanasio Girardot, mientras más se hubiera prolongado, más timbres hubiera añadido a su gloria, y más beneficios a la libertad de la patria. Su pérdida es de aquellas que eternamente deben llorarse. Pero la causa sagrada por que ha perecido debe un tanto suspender el dolor, para pensar en sus grandes hechos, y en el respeto que se debe a sus cenizas inmortales.

Ellas vivirán en el corazón de todos los americanos, mientras el honor nacional sea la ley de sus sentimientos, y mientras la sólida gloria tenga atractivos para las almas nobles. La carrera de Girardot y su muerte excitará, aún en la posteridad más remota, la emulación de cuantos aspiren al precio del valor, y sientan en sus pechos el fuego divino con que buscó la gloria propia y la de su amada patria.

Las armas americanas deben honrarse de que haya militado en ellas el virtuoso Girardot, y la causa de la libertad por la que los hombres más grandes de la tierra han combatido, nunca ha sido sostenida con más honor que en los campos famosos donde Girardot la ha hecho triunfar de los tiranos.

Los españoles que constantemente venció, siempre temerán la espada que castigó sus perfidias, y puso un borrón indeleble a sus almas. El nombre de Girardot será funesto a cuantos tiranos oprimen la humanidad, y sus virtudes republicanas le colocan entre los nombres ilustres de Bruto y de M. Scévola.

Venezuela se ha cubierto de un luto espontáneo por la muerte del Libertador y el dolor amargo que oprime los corazones no ha dejado gustar las ventajas de la última interesante victoria que proporcionó a la República.

El gobierno, ligado por las obligaciones más sagradas a ese benemérito jefe, le ha decretado por ley los primeros honores que pueden honrar la memoria de un mortal; y como comprende a usted y a toda su posteridad la disposición del artículo séptimo, la pongo en su noticia para que se sirva librar contra las cajas nacionales de Venezuela, a efecto de percibir los sueldos que pertenecían al coronel Atanasio Girardot...

(Fdo.) SIMON BOLIVAR”.

Cuando Atanasio Girardot acompañó a Bolívar en su expedición libertadora sobre Venezuela, su hermano, Pedro Girardot, se alistó con las tropas comandadas por don Antonio Nariño en la campaña del sur de la Nueva Granada, y luego de participar en el combate de Calibío, dice O’Leary en sus Memorias, siguió a Nariño hasta el sangriento combate del Juanambú, el 28 de abril del mismo año 1813, “en el que perdió la vida combatiendo como un valiente”. Así lo testimonia, entre otros, el mismo Antonio Nariño.

Pero había otro Girardot, hermano de Atanasio y de Pedro. Su nombre era Miguel y llegó a ser nombrado como subteniente del Batallón Barlovento en Venezuela. Muy someramente digamos de él, citando al historiador Uribe White, que “cuando Bolívar entró a Bogotá en 1815, don Luis Girardot se le presentó a ofrecerle su último hijo. Bolívar lo nombró en el Batallón de Barlovento... Miguel, después acompañó al Libertador a Jamaica y regresó con él a Venezuela, en su Guardia de Honor, para la Campaña de 1818” contra el ejército español que estaba al mando de Pablo Morillo.

También recibió Venezuela la sangre de Miguel Girardot, muerto en combate el 17 de febrero de 1818, en la batalla de El Sombrero, tal como lo escribe Vicente Lecuna: “El 17 de febrero de 1818, se empeña el combate llamado de El Sombrero. Pero las tropas de Bolívar, agotadas por la marcha de 20 leguas en 18 horas, no pudieron perseguir a Morillo, que se retiró, derrotado, a Barbacoas. Los patriotas tuvieron en el combate 80 muertos y heridos”. Y anota Uribe White que “de los primeros -o sea, los muertos, el teniente coronel Passoni, italiano distinguido, ayudante del Estado Mayor; el experto capitán Arévalo y el valeroso teniente Miguel (Lecuna escribe equivocadamente, “Luis”) Girardot, hermano del Héroe del Bárbula, de la Guardia de Honor”. Y, hermano, como ya anotamos, de Pedro, el combatiente de Nariño.

Muertos sus tres hijos en el combate heroico por la creación, independencia y libertad de la patria, en esa gesta inspirada por Bolívar en que granadinos y venezolanos hermanados anunciaban a Colombia y se identificaban con las luchas de los pueblos latinoamericanos, don Luis Girardot, no teniendo más hijos para entregar al ejército libertador, se entregó él mismo. Pese a su avanzada edad, reunió sus recursos económicos para tener con qué desplazarse a los Llanos de Casanare y Apure, donde murió.

Pero esta fue una muerte absurda. Los combatientes del general José Antonio Páez, muchos de ellos ganados a las hordas que movió To-

más Boves en Venezuela, todavía adictos al bandidaje, indisciplinados, de moral relajada y viciosos, asesinaron a don Luis Girardot, lo mismo que al general Serviez que lo acompañaba en su ruta hacia Simón Bolívar. Horrendo crimen cuyo móvil fue el robo. A este triste insuceso se refirió Páez en su Autobiografía (tomo 1, pp. 121-122) en forma escueta:

“Girardot que había tomado pasaporte para ir a la provincia de Guayana, fue alcanzado en su marcha y asesinado cerca de las riberas del Orinoco por dos hombres. Inmediatamente los hice perseguir, y habiendo aprehendido a uno de ellos, el teniente Juan Ignacio García, le hice juzgar y fue pasado por las armas en el Yagual, habiendo su cómplice, un tal Santa María, escapado a la isla de Trinidad”.

Sin embargo, el general José Félix Blanco, que había sido subalterno del general Serviez, citado por Uribe White en su obra biográfica sobre Girardot, da una versión bastante diferente a la de Páez: Relato del General José Félix Blanco en la p. 555 del tomo V de los Documentos para la historia de la vida pública del Libertador, Caracas, Impr. de la Opinión Nacional, 1876. Leamos su versión:

“Yo serví con el general Serviez en el sitio de Santafé el año 14, y en la última campaña de Nueva Granada el año 15, luego que llegué de la de Cartagena. Cuando ya perdimos la esperanza de poder defender el país con nuestra escasa División de 1500 soldados bisoños, contra las numerosas falanges de Morillo, me esforcé en persuadir al General Serviez las ventajas de nuestra retirada sobre Venezuela, de preferencia de ir al sur (Popayán), como pensaba y lo verificó el Presidente Madrid con la poca tropa que guarnecía la capital. Sea porque dicho jefe se persuadió de la exactitud de mis observaciones, o sea que también oyese a otro de mi misma opinión, él dirigió su marcha por Caquetá y los Llanos de San Martín a Casanare: de aquí seguimos al Apure: y se batió (...) en la batalla de Yagual. Ocupada la isla de Achaguas por Páez, Serviez eligió para su habitación un pequeño rancho o bohío frente a la isla, con el río de por medio, y

allí vivía casi incomunicado porque apenas lo visitábamos el coronel Tomás Montilla y yo. Algunos jefes apureños, que estaban pobres, desnudos, y más que todo viciosos, se propusieron por rica presa los baúles del general Serviez, porque lo juzgaban con dinero; y en una noche del mes de noviembre lo asaltaron, le dieron muerte horrorosa a machetazos, y saquearon su tesoro, el cual rodaba al día siguiente apenas, en las mesas de juego, en onzas de oro. Ninguna providencia vimos tomar al gobernador coronel José Antonio Paredes, ni tampoco al general Páez a su regreso del sitio de San Fernando, para siquiera cubrir el expediente, como suele decirse, con una ligera averiguación sumaria. ¡Juzgue el lector, por los antecedentes, la acerba pena que me causó tamaño y tan escandaloso atentado!” (subrayas del original).

El general José Félix Blanco concluye su relato anotando que “como la impunidad abre la puerta al crimen, luego tuvo lugar el homicidio perpetrado, a orillas de la propia isla en las personas de los franceses Serviez y Girardot, por aprovecharse de unas botellas de oro en polvo que cargaban consigo...”.

Pero por mucho que hicieron y siguen haciendo los pupilos de Páez, Monagas, Carujo, Santander, Azuero y Obando con sus secuaces adecos, copeyanos, liberales y conservadores por desintegrar y destruir la integración solidaria de granadinos y venezolanos, es indudable que en el fondo del pueblo profundo, en el alma del hombre sencillo y generoso, siempre alentará la actitud espiritual y solidaria que nos legaron hombres como Bolívar y Girardot, y la resolución invencible de mujeres como las de Mérida.

Así pensamos los bolivarianos de hoy y por eso luchamos por la integración solidaria latinoamericana en esta hora crucial, en la que la potencia de los Estados Unidos de Norteamérica y sus gobernantes satélites en nuestro continente, nos han colocado ante la única alternativa de integrarnos solidariamente o perecer, tal como lo había advertido el Libertador.

Esa integración bolivariana y solidaria con paradigmas tan esplendrosos como el de Girardot, nos invita a recordar las palabras expresadas por Simón Bolívar cuando recibió el título de Hijo Benemérito del Estado de Cartagena:

“La amistad más sólida, la unión más perfecta reinarán siempre entre Cartagena y Venezuela. Nuestros vínculos aumentarán la grandeza de la República y nuestros enemigos al vernos unidos abandonarán el loco proyecto de dominarnos que les ha fascinado. Los hijos de Cartagena y Venezuela serán los hijos de una misma familia, unidos por reconocimiento, unidos por amor e intereses mutuos”.

Todos los historiadores coinciden en el homenaje hacia la Campaña Admirable como un hecho militar asombroso y antológico en el mundo de las armas. Pero muy pocos destacan esa campaña por lo que enseña en su fondo ideológico, filosófico y político. Al fin y al cabo todos los historiadores de las academias oficiales afirman admirar o fingir acatar el liderazgo guerrero del Libertador, pero, la mayoría de esos mismos historiadores rechazan y maldicen su liderazgo político.

Hay que decir que al realizar su fulminante campaña, el asombro y regocijo de Venezuela no eran indicativos de que su pueblo hubiese despertado y tomado conciencia americanista. La mentalidad colonialista era como una lama aferrada a las paredes de su cerebro. También hay que decir que el pueblo venezolano no se sentía representado por las élites mantuanas y esclavistas que habían proclamado su independencia en 1810. Cuando Bolívar enarbola la bandera de la libertad de los esclavos, la redención de los indígenas y la igualdad social, ese pueblo, incluido el que tan ferozmente combatió por Dios, por el rey y por el botín junto a Boves y Morales, cambiará de bando y engrosará a las filas de los republicanos.

Simón Bolívar, como dice el filósofo Fernando González, “concibió

una nacionalidad y la formó en luchas mas terribles contra los americanos que contra los españoles: concibió un ejército y lo formó, un plan y lo realizó. No es propiamente que haya creado, sino que estaba tan personificado con el continente que podía aprovechar todo, evitar los obstáculos, vencer las dificultades, etc. La vida evolucionaba por su intermedio”.

El Manifiesto de Cartagena y su centelleante Campaña Admirable, como anota Fernando González, “crearon momentáneamente el entusiasmo nacional; se formó el ejército heroico que en pocos días llegó a Caracas. Pero el Libertador tuvo que luchar con los espíritus pequeños, tales como Manuel del Castillo y Francisco de Paula Santander, que a sus ideas universales oponían el regionalismo y la envidia (...) Logró Bolívar libertar a Venezuela y tenerla casi unida a la Nueva Granada durante los años 13 y 14. La relación de sus esfuerzos y de su actividad continua para lograrlo es conmovedora: Creó gloria para su patria; glorificaba a sus oficiales, a los gobernantes y colaboradores. No fue romántico; se exageró, se exaltó para su obra; fue un énfasis exigido por el fin que se proponía”.

Pero este hombre que, como dijera Jesús Mejía Ossa, tiene las exageraciones propias del paisaje múltiple de nuestra América, tendría que librar otra lucha durísima contra los pequeños espíritus de Venezuela: rústicos como Bermúdez, divisionistas como Mariño, que se le opusieron tercamente y contribuyeron al hundimiento de la Segunda República.

Y una vez más resurgirá Bolívar de entre los escombros para edificar, de nuevo, la independencia y la República. Pablo Morillo dirá de él que era más peligroso derrotado que vencedor. Con razón ha escrito el historiador italiano César Cantú, que fue Bolívar el que salvó las ideas republicanas y los principios de la Revolución en América “con 500 hombres, cuando Napoleón los dejaba perder con 500.000 en Europa”.

Sobre esa lucha de Bolívar contra los espíritus pequeños, el historiador norteamericano Lorain Petre afirma que, en realidad fueron pocos los jefes en quienes el Libertador podía confiar ampliamente. En cambio, “Mariño, Bermúdez, Páez, Piar, Arismendi, Ribas –todos-, una u otra vez, se volvieron contra él. Córdoba, Padilla, Santander Obando y López conspiraron contra su autoridad. Páez y Santander fueron sus más encarnizados enemigos, aunque cada uno de ellos reconocía públicamente las virtudes del Libertador”.

Bolívar sabe que su gran tarea es hacer lo imposible, que de lo posible se encargan los demás todos los días. Por eso una y otra vez y siempre surgirá como de la nada para crear lo nuevo. Porque, como bien lo expresara Camilo Torres, la libertad y la independencia de nuestra América vivirán mientras viva la espada de Bolívar.

MANIFIESTO BOLIVARIANO A LAS NACIONES DEL MUNDO

*“Los pueblos del mundo que han lidiado por la libertad han exterminado al fin a sus tiranos” (Simón Bolívar: **Proclama a los venezolanos**, en el Cuartel General Libertador de San Mateo, 24 de marzo de 1814).*

La epopeya de la independencia de nuestra América, con la que simpatizaron los republicanos de todo el mundo, fue, no obstante, y sigue siéndolo hoy mismo, una lucha que ha tenido que hacerse ante la indiferencia de las naciones del mundo. Estados Unidos pudo liberarse de la dominación británica, gracias al apoyo en recursos bélicos y en tropas brindado por el imperio francés, y contó igualmente con el importante respaldo de los imperios de Rusia y España. Además, numerosos latinoamericanos combatieron al lado del general Washington para derrotar el colonialismo británico. No olvidemos que el general Francisco Miranda fue uno de esos latinoamericanos.

No ocurrió lo mismo con la gesta bolivariana en Hispanoamérica. Cada una de las potencias tenía intereses políticos y económicos contrarios al establecimiento de repúblicas democráticas en nuestra

América, y, sobre todo, veían en la solidaridad continental propuesta por Bolívar, un serio obstáculo para caer sobre nuestras naciones y sus recursos una vez que España fuera vencida.

Inglaterra deseaba la independencia de nuestras naciones, pero temía el carácter revolucionario que Bolívar imprime a la guerra emancipadora. Además, no quería comprometerse en un apoyo institucional, económico, militar o político que fuera, contra España, a quien necesitaba junto con Portugal para formar un equilibrio de fuerzas que le permitiera contrarrestar la posibilidad de una invasión napoleónica o un levantamiento general del pueblo irlandés.

Francia que, como enseña Bolívar, siempre ha sido un imperio, aspiraba a dominar a Europa. Napoleón fue el instrumento preciso para saciar sus apetitos expansionistas. Incluso, como también lo advirtió Bolívar, acarició la idea de extender su señorío imperial al continente americano. Por eso, mientras juraba la Revolución Francesa, instalaba el yugo de la esclavitud más abominable en Haití, que fue heroicamente liquidada cuando el pueblo haitiano proclamó su independencia y fundó la primera República negra que conoce la historia.

La Santa Alianza, que unía a los regímenes más retrógrados de Europa, como Alemania, Austria, Prusia y Rusia, y que contaba con la misma Gran Bretaña como asistente, apoyaba a España contra la voluntad de independencia y libertad de los pueblos que eran sus colonias, y temía que si Bolívar lograba formar en América un bloque continental de pueblos libres y organizados en repúblicas democráticas, caerían en Europa las monarquías contra las que siempre han luchado los pueblos del viejo continente.

Estados Unidos, cuyos gobernantes y agentes diplomáticos conspiraron groseramente contra el Libertador al que llamaban “**el loco de Colombia**”, lo odiaban por razones de puro cálculo de economía política: la fementida democracia norteamericana era la primera

potencia esclavista del mundo: más de dos millones de esclavos de origen africano eran segregados y oprimidos por sus amos racistas y crueles que, además, exterminaron en masa a los aborígenes de las praderas del norte de América. Los sobrevivientes eran reducidos a determinadas regiones como campos de concentración. Los negros y los indígenas no podían ser **ciudadanos** de los Estados Unidos. El gobierno de Washington (la capital de Estados Unidos) veía con horror a Bolívar y lo acusaba de ser “**un déspota militar y de talento**”, que anda “**libertando negros**”.

Todas esas potencias, valiéndose de títeres que formaban las oligarquías criollas del continente, se opusieron entonces a que se cristalizara el ideal bolivariano de identificar la guerra de la independencia con una revolución social que echara abajo los privilegios y que eliminara todas las formas de opresión y elevara a sus habitantes al rango de **ciudadanos**.

Por eso fue y sigue siendo una lucha tan desigual y prolongada. Ayer como hoy la indiferencia del mundo ha sido una constante en el proceso de las luchas y reivindicaciones sociales. Y ayer y hoy se califica a nuestros revolucionarios y líderes más auténticos como “bandidos”, “terroristas”, “sanguinarios”, “delincuentes”, etc. La propia Iglesia católica que excomulgó a Bolívar y a los libertadores, llegó a comparar a nuestro Libertador “con el mismo Satanás”, con “el más cruel Nerón”. Y, como hoy, la propaganda negra internacional se ocupaba en calumniar y vituperar a los adalides de las justas aspiraciones republicanas y populares.

Para enfrentar esa propaganda perversa y hostil a nuestro pueblo, Simón Bolívar se convirtió en maestro de la pluma y la palabra hasta el fin de su vida. Había que luchar contra la unilateralidad y la mentira, y él lo hizo en forma altísima. Veamos por ejemplo su **Manifiesto a las Naciones del Mundo**, emitido desde su Cuartel General de Valencia el 20 de septiembre de 1813, en el que desenmascara a los verdaderos terroristas y asesinos, y citemos uno de sus párrafos:

“Los rendidos, los pacíficos labradores, los hombres más honrados, los inocentes, morían a pistoletazos y sablazos o eran azotados bárbaramente (...) Por todas partes corría la sangre y los cadáveres eran el ornato de las calles y plazas de Guatire, Calabozo, San Juan de Los Morros y otros pueblos habitados por gente laboradora y pacífica, que lejos de haber tomado las armas, huían al acercarse las tropas a los montes, de donde los conducían atados para quitarles la vida sin más formalidad, audiencia o juicio, que hacerlos hincar de rodillas. Cualquier oficial o soldado estaba autorizado para dar impunemente muerte al que juzgaba patriota, o tenía que robar”.

Por eso, con esa dignidad y valor que debemos aprender de él, reclama justamente su solidaridad a las naciones del mundo y les advierte:

“Aún estoy con las armas en las manos, y no las soltaré hasta no dejar absolutamente libres de españoles a las provincias de Venezuela que son las que más recientemente han conocido el exceso de su tiranía, de su injusticia, de su perfidia y de sus atrocidades. Yo llenaré con gloria la carrera que he emprendido por la salud de mi patria, la felicidad de mis conciudadanos, o moriré en la demanda manifestando al orbe entero, que no se desprecia y vilipendia impunemente a los americanos”.

Sus manifiestos, discursos y proclamas son no sólo para sus conciudadanos sino para el mundo, como el que dirige desde su Cuartel General de San Mateo el 24 de marzo de 1814, con el título de **Manifiesto a las Naciones del Mundo sobre la Guerra a Muerte**, en el que refiere sus esfuerzos por llegar a un acuerdo para hacer canjes de prisioneros y poner fin a los masacramientos de los republicanos presos en las cárceles, como era costumbre por parte de las autoridades españolas: propuestas que, como lo denuncia en su manifiesto “fueron igualmente desechadas”, y finaliza proclamando:

“¡Pueblos de la América! Leed en los acontecimientos de esta

guerra las intenciones españolas: medita sobre el destino que se os prepara. Para no desaparecer, decidid qué partido os queda. ¡Naciones de la Tierra! que no queréis ciertamente que sea extinguida una mitad del mundo: conceded a nuestros enemigos: vais a inferir la inevitable alternativa de que ellos o nosotros han de ser inmolados. Seréis justas: un corto número de advenedizos no debe prevalecer sobre millones y millones de hombres civilizados. Vosotros aplaudís ya nuestra última indispensable sentencia, y el sufragio del universo es lo que más la justifica”.

Con esa misma dignidad y valor hacemos hoy, en el siglo XXI, el manifiesto bolivariano desde Colombia, donde más del 60% de la población vive en la pobreza, y se calcula por casi tres millones el número de los desempleados y los índices de homicidios son los más altos del mundo. Un día de guerra le cuesta a este país la astronómica suma de cuarenta y cinco mil millones de pesos. El gobierno de Bush ha elogiado a sus satélites criollos por su política de **Seguridad Democrática**, que consiste en incentivar la guerra, ejercer una opresión totalitaria, atropellar los derechos de los ciudadanos, acrecentar el mar de desplazados y masacrar la legislación laboral. El pueblo colombiano es cada día más miserable y la integridad de la nación expuesta a todos los crímenes y latrocinios.

Como patriotas bolivarianos rechazamos los fundamentos guerreristas del mal llamado **Plan Colombia**. Estamos por la paz. Llamamos a unificar fuerzas para construir en Nuestra América, por primera vez, la democracia popular directa que enseñó Bolívar. A la oligarquía la invade el pánico ante la sola idea de que la democracia sea posible. Teme que el pueblo se dé su propio Gobierno, forje sus instituciones, defina su Estado, fije su propia Constitución y se instituya como Soberano.

¡Pueblos del Mundo! Rechazad el régimen oligárquico atroz, parricida, genocida e inmoral que padecemos, obra del despotismo de una minoría avarienta y feroz, imperio de una plutocracia inhumana y su-

perflua, perversa institución de una cacocracia que se roba el Estado y fería los recursos de la nación en el festín de las privatizaciones ordenadas por el imperialismo. Un régimen que ha asesinado a centenares de miles de trabajadores del campo y la ciudad, que ha segado la vida de sus más destacados intelectuales y líderes, que, como ocurrió en Colombia, exterminó a un partido político entero como el de la Unión Patriótica, empezando por sus candidatos a la presidencia de la república, sus senadores, representantes a la Cámara, diputados, concejales, alcaldes populares, y terminando con sus dirigentes y activistas.

¡Naciones de la Tierra! Lo que Nuestra América y el mundo entero necesitan es democracia auténtica: una democracia que surja desde las regiones y municipalidades. No podemos olvidar las palabras de Bolívar cuando afirma que el progreso de las regiones forma el bienestar nacional. Una democracia con **Poder Ético** erigido directamente por el pueblo, y apoyado en las armas de un ejército educado en los principios patrióticos y éticos que nos legó el Libertador: un ejército que sea el pueblo en armas defendiendo la patria, garantizando las libertades civiles, la integridad territorial, la soberanía estatal, la defensa de los débiles frente a las arbitrariedades de los poderosos; una democracia que genere el progreso, la participación popular, la educación, el trabajo, la salud, la cultura, las ciencias, el amor a la patria y la paz.

Los trabajadores de la ciudad y del campo, las comunidades indígenas sobrevivientes, las negritudes siempre ignoradas, los educadores malpagados y humillados, los estudiosos, los intelectuales, los poetas, los artistas, los científicos, los deportistas, en fin, todos nosotros, hombres y mujeres de toda edad y condición, estamos llamados a emprender esta colosal obra para integrarnos con la América que es nuestra y que fue perfilada por Simón Bolívar, Simón Rodríguez, Antonio Nariño, Gervasio Artigas, José Martí, Benito Juárez, Hostos, Sandino, Alfaro, Camilo Torres, que son nuestro paradigma del decoro humano.

¡Naciones del mundo! Sabed que estos son los fundamentos para formar una América Latina fraternal, integrada, sólida, unida por intereses comunes y por lazos históricos y culturales que no pueden olvidarse, solidaria y abierta a la cooperación con todos los pueblos, y firme para que pueda concurrir en bloque para hablar con todos los gobiernos de la tierra en pie de igualdad: Sólo así, como nos enseña el Libertador, podremos ser alguien en el concierto universal.

Que la Campaña Admirable ratifique la solidaridad de Colombia y de la América entera, con la nación de Venezuela, que hoy construye su República Bolivariana bajo la conducción de su presidente Hugo Chávez; y que rodee con apoyo combativo al pueblo de José Antonio Galán y sus comuneros, a los hermanos de la Gaitana y Girardot y todos los bolivarianos que vienen forjando la Nueva Colombia.

Que inspire y aliente a los descendientes de Tupac Amaru y Atahualpa, y que desde el Pichincha hasta Ayacucho y Potosí reviva la vitalidad de los pueblos hermanos de Ecuador, Perú y Bolivia y a sus indígenas que hoy se yerguen como protagonistas decisivos de su historia; y que Chile, cuna de Colocolo y Salvador Allende avive todo su fuego de republicanismismo soberano.

Que esta ardida evocación tremole como invencible bandera en el alma de las madres de la Plaza de Mayo, en la sangre generosa de los Montoneros, de los Tupamaros y los Piqueteros, y encienda en ambas márgenes del Plata la estrella de Artigas y Guevara, que levante con los paraguayos el ímpetu altivo de los guaraníes.

Que abra, sí, que ya es la hora, la heroica senda transitada por Sandino, la actividad integradora de Morazán, la humanidad esplendorosa de Roque Dalton y Farabundo Martí, las savias ancestrales de Guatemala, Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica, que muy cerca se oyen las proclamas de Chiapas convocando a los mexicanos de Benito Juárez y Emiliano Zapata, para expresar con voz de trueno: ¡Basta ya! ¡No más agresiones! ¡No más invasiones! ¡No más guerras!

¡Sí! Para fundir en un todo latinoamericano las virtudes revolucionarias y éticas de los Andes, los Llanos, el Caribe y las Antillas para manifestar con Simón Bolívar y José Martí, con Caupolicán y Toussain Louverture, con Antonio Nariño y Ezequiel Zamora, y Rafael Uribe Uribe y Betances, y Maceo y Alfaro: proclamamos la libre auto determinación de los pueblos y la cooperación internacionalista de las naciones, basada en el respeto mutuo y en la no intervención de un Estado en los asuntos internos de los otros Estados.

Cuba, Puerto Rico, Haití, República Dominicana, Jamaica y todas las Antillas recibieron la luz integradora fraternal de nuestro Libertador Simón Bolívar. Todavía alumbra en Panamá la anfictionía latinoamericana, que hoy llega al Brasil, llevada por los vientos libérrimos del Amazonas para acompañar a todo su pueblo, para que entre todos, desde el río Bravo hasta la Patagonia y desde las Antillas a los Andes pongamos en marcha la Campaña Admirable que reclama el siglo XXI.

¡Naciones de la Tierra! No olvidéis nunca la infalible sentencia de Bolívar: “**¡Los pueblos del mundo que han lidiado por la libertad han exterminado al fin a sus tiranos!**”.

EPILOGO

He considerado apropiadas las siguientes declaraciones concedidas en Caracas el 7 de agosto de 2003, a un grupo de jóvenes periodistas universitarios:

Pregunta: ¿Señor Juvenal Herrera: qué se persigue con la reedición de la Campaña Admirable?

Respuesta: Los objetivos propuestos son múltiples. Ante todo se quiere recordar a Simón Bolívar como el más claro referente de la integración solidaria de nuestra América. Fue al calor de esta campaña cuando vislumbró a Caracas como “cuna de la independencia colombiana” y concibió la creación de la república de Colombia, sobre la base unitaria de los pueblos de Venezuela, Nueva Granada (que incluía Panamá) y del Ecuador. Todo esto con su perspectiva estratégica de libertar a la América entera, para formar un poderoso bloque continental de pueblos libres que, unidos entre sí, pudieran constituir el “equilibrio del universo”.

Hoy, cuando el imperialismo de Washington lanza su maquinaria terrorista contra Irak, despedazando los rudimentos de la legalidad internacional y convirtiendo la ONU en una desvergonzada celesti-

na; hoy, cuando el atroz imperio orquesta la conspiración permanente contra la República Bolivariana de Venezuela; cuando maniobra para generalizar la guerra en Colombia y engullirse al continente entero: hoy –repito–, el pensamiento de Bolívar es presente de concientización y lucha, y su obra en construcción no se detiene.

Por eso, al reeditar la Campaña Admirable, recorriendo desde Cartagena hasta Caracas los pueblos y lugares que vieron a Simón Bolívar y se sumaron a su naciente ejército de venezolanos y granadinos, leyendo sus discursos, manifiestos, decretos y proclamas, hemos realizado una hazaña extraordinaria en el terreno de la pedagogía social. Si el 6 de agosto de 1813, Bolívar y su ejército de libertadores entraron victoriosos a Caracas; ahora, el 6 de agosto de 2003, otro ejército de colombianos y venezolanos, acompañado por delegaciones de América entera y por amigos que vinieron desde Europa, ha entrado a Caracas armado con el pensamiento bolivariano, demostrando así que Simón Bolívar es nuestro contemporáneo, y que su significación histórica y política nos convoca a continuar su obra libertadora y revolucionaria. La Campaña Admirable está en marcha.

Pregunta: ¿Al hablar de la vigencia del pensamiento de Bolívar, puede afirmarse que hoy se enfrenta ante una recolonización de nuestros pueblos?

Respuesta: Así es, en efecto. A la oligarquía imperialista de los Estados Unidos nunca le agradó que Simón Bolívar, redentor de indígenas y libertador de los negros esclavos, trabajara por la unidad e integración latinoamericana, tal como lo expuso en su convocatoria al Congreso Anfictiónico de Panamá. Estados Unidos, que había exterminado a casi toda la población aborigen de las praderas norteamericanas, surge como la primera potencia esclavista del mundo signada por la segregación racista más abominable. Ni el negro ni el indígena eran admitidos como ciudadanos por los republicanos y demócratas que habían declarado en Filadelfia su independencia de Inglaterra.

Simón Bolívar, el abanderado de la igualdad social, el gran republicano e internacionalista de nuestra América, fue atacado y calumniado por el gobierno de Washington, que lo calificaba como “loco” y “tirano”. Y hoy sigue acusándolo de subversivo, tal como puede leerse en lo escrito en Santa Fe IV, que es como el catecismo ideológico de la política exterior de Washington. Todo ello se explica porque Bolívar representa un obstáculo a sus pretensiones hegemónicas y porque, ayer y hoy, Bolívar es camino, presencia y bandera de independencia, soberanía y dignidad.

Pregunta: ¿Existe alguna semejanza entre la Campaña Admirable emprendida por el Libertador y la desarrollada ahora?

Respuesta: La Campaña Admirable no se puede comparar consigo misma. Es una misma la campaña que Bolívar inició desde Cartagena en su Manifiesto de diciembre de 1812 y que hoy continúa con nosotros. Somos el mismo pueblo que él condujo. Este es el mismo suelo y el mismo cielo ondeando su bandera. Desde luego, las camarillas oligárquicas suplican a su amo del norte que use todo su arsenal de terrorismo para impedir que la gesta bolivariana avance victoriosa. Es que sienten un pánico terrible de que los pueblos de América Latina se encuentren con su verdadero líder histórico y político.

Y temen, con toda razón, que la república bolivariana y la unidad antiimperialista de nuestra América sean posibles. Saben que el fin de su opresión no está lejano. Por eso no permiten que se enseñe nuestra verdadera historia en la mayoría de escuelas y universidades. Por eso no se estudia a Simón Bolívar en su colosal dimensión revolucionaria. ¿Por qué? Por que saben que esa unidad de ejército bolivariano y pueblo es invencible.

Pregunta: ¿Qué campaña debe ser emprendida por nuestros pueblos en la actualidad para combatir la pobreza y el atraso y lograr la independencia política y económica?

Respuesta: La gran campaña bolivariana es integral. Se libra en todos los terrenos. No se puede combatir la pobreza si nuestros pueblos no recuperan la independencia política y económica, si no recuperan la plenitud de su soberanía nacional, si no están en contacto directo y posesión de los recursos de su territorio, si no pueden potenciar toda su capacidad e imaginación. Por esta razón elemental, la gran campaña bolivariana tiene que crear la integración política, económica, cultural y militar de nuestra América.

No olvidemos nunca esta enseñanza del Libertador: no son las armas enemigas las que nos oprimen, sino nuestra dispersión, nuestra propia falta de unidad: ¡“Unidos seremos formidables y merecemos respeto; divididos y aislados perecemos”!

Al formular la reedición de la Campaña Admirable que inició Simón Bolívar, estamos proclamando desde Venezuela y Colombia para el mundo que la causa bolivariana y el pueblo llamado a concretarla constituyen la conciencia de América Latina.

BIBLIOGRAFIA

SIMON BOLIVAR: Obras Completas. Compilación y notas de Vicente Lecuna, segunda edición en 5 tomos. Bogotá, 1.979.

ANTONIO NARIÑO: La Bagatela. 1811-1812. Edición Facsimilar dirigida por Guillermo Hernández de Alba. Bogotá, 1966.

WALDO FRANK: Simón Bolívar–Nacimiento de un Mundo. Fica, Cali, Cali-Bogotá-Bucaramanga, 1999.

GILETTE SAURAT: Bolívar el Libertador: Traducción: Gonzalo Mallarino. Primera edición. Bogotá, 1987.

GERHARD MASUR: Simón Bolívar. Versión española de Pedro Martín de la Cámara. Segunda Edición. Bogotá 1980.

Memorias del General Santander. Biblioteca banco Popular. Bogotá, 1973.

JOSE MARIA ESPINOSA: Memorias de un abanderado. Bogotá, 1997.

ENRIQUE URIBE WHITE: Girardot – Ensayo Biográfico. Imprenta y Litografía de las Fuerzas Militares. Bogotá, 1971.

JOSE FELIX BLANCO Documentos para la historia de la vida pública del Libertador, T.V Impr. De La Opinión Nacional. Caracas, 1.876.

BERNARDO J. CAYCEDO: Grandezas y Miserias de dos Victorias. Bogotá, 1.951.

JOSE GIL PORTOUL: Historia Constitucional de Venezuela. Berlín, 1907.

MAX GRILLO: El Hombre de la Leyes. Imprenta Nacional , Bogotá, 1.940.

VICENTE LECUNA: Catálogo de errores y Calumnias en la Historia de Bolívar. Colonial Press. NewYork, 1.950.

VICENTE LECUNA: Bolívar y el Arte Militar. New York, 1.955.

JULES MANCINI: Bolívar y la Emancipación de las Colonias Españolas. Traducción de Carlos Docteur-Bouret. Paris, 1930.

JOSE ANTONIO TORRES Y PEÑA: Santa Fé Cautiva, Bogotá, 1802.

GERMAN ARCINIEGAS: Bolívar y la Revolución. Bogotá, 1984.

CORNELIO HISPANO: Colombia en la Guerra de Independencia. La cuestión Venezolana. Bogotá, 1.972.

INDALECIO LLEVANO AGUIRRE: Bolívar. Caracas, 1.974.

INDALECIO LLEVANO AGUIRRE: Bolívarismo y Monroísmo.

Bogotá, 1971.

JUVENAL HERRERA TORRES: Simón Bolívar: Vigencia Histórica y Política. Edición en 2 tomos. Medellín, 1983.

JUVENAL HERRERA TORRES: Bolívar, el Hombre de América – Presencia y Camino. Tercera Edición, México, 2002.

Documentos para la Historia de la vida política del Libertador. Selección de José Félix Blanco y Ramón Azpurúa. Reedición, Caracas, 1978.

DANIEL P. O'LEARY: Memorias. Vols. I-III, Caracas, 1983.

JOSE ANTONIO PAEZ: Autobiografía. Edición en 2 tomos. Medellín, 1970.

JOSE MANUEL RESTREPO: Historia de la Revolución en Colombia. T. I, Medellín, 1974.

EDUARDO BLANCO: Venezuela Heróica – Cuadros Históricos. Caracas, 1883.

FERNANDO GONZALEZ: Mi Simón Bolívar. Tercera Edición, Medellín, 1969.

FERNANDO GONZALEZ: Santander. Segunda Edición, Medellín, 1971.

DARIO GUEVARA: Bolívar, Libertador y arquitecto de la unidad americana. Quito, 1974.

MAO TSE-TUNG: Sobre la Guerra prolongada. Pekín, 1966.

ANATOLI SHULGOVSKI y otros: Ensayos Políticos acerca de Si-

món Bolívar. Ediciones Anfictionicas. Caracas, 2000.

JUAN USLAR PIETRI: Historia Política de Venezuela. Caracas y Madrid, 1970.

ALVARO VALENCIA TOVAR: El ser Guerrero del Libertador. Bogotá, 1.980.

JORGE RICARDO VEJARANO: Nariño, su vida, sus infortunios, su talla histórica Bogotá, 1972.

MANUEL MEDINA CASTRO: Estados unidos y América Latina, siglo XIX. Premio Casa de las Américas. La Habana, 1.968.

ANTONIO JOSE RIVADENEIRA: Bolívar: Integración y libertad. Bogotá, 1981.

ROBERT TABER: La Guerra de la Pulga. Traducción: Pedro Durán Gil. México, 1.970.

JOSE VERISSIMO: Bolívar, profesor de Energía, traducción de Francisco Villaespesa, publicado en Bolívar, Biblioteca Ayacucho, 1.983.

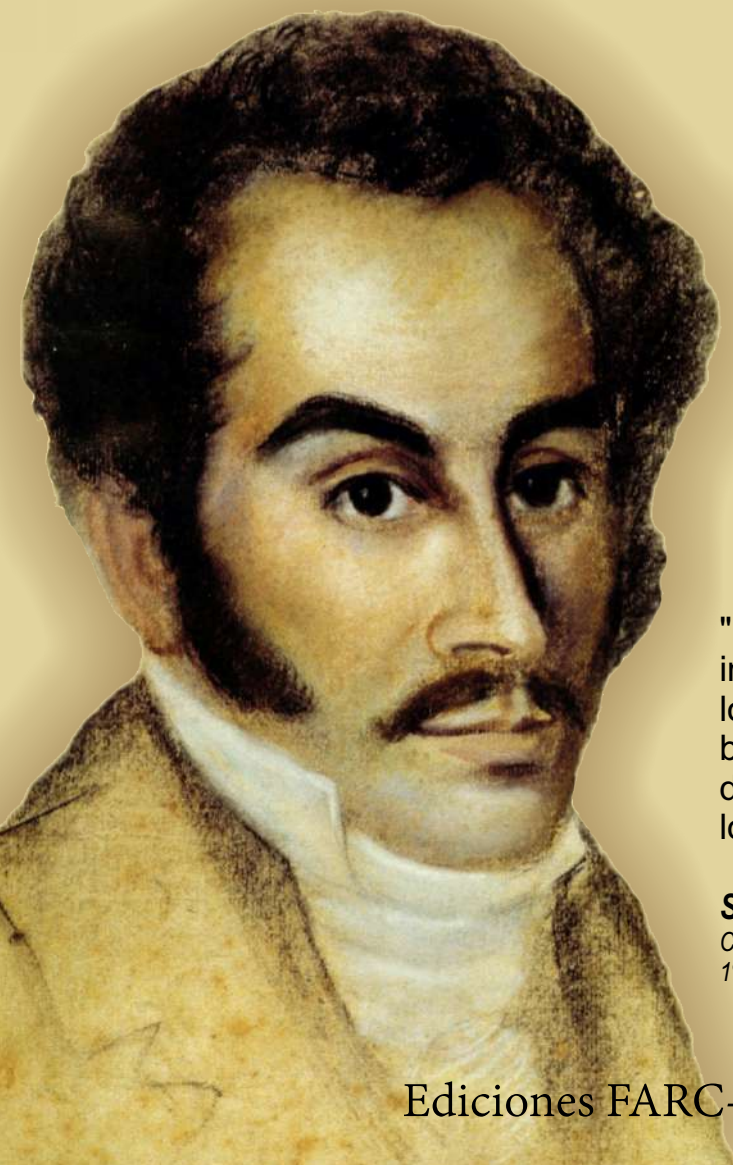
JUANA DE IBARBOUROU: Alabanza de Bolívar, en Op.Cit., Sucre, Venezuela, 1.983.

JOSE ENRIQUE RODO: Bolívar en Obras Completas, Madrid, 1.957.

La Gran Colombia. Revista de Historia de la Corporación Bolivariana Simón Rodríguez, No 1, Medellín, 2002.

La Campaña Admirable

Yo soy, granadinos, un hijo de la infeliz Caracas, escapado prodigiosamente de en medio de sus ruinas físicas y políticas, que siempre fiel al sistema liberal y justo que proclamó mi patria, he venido a seguir aquí los estandartes de la independencia, que tan gloriosamente tremolan en estos estados.



“Habéis ofrecido acompañarme. Vamos a aprender juntos el arte de la guerra y de vencer. En la lucha que la razón y el derecho oponen al despotismo que oprime y a las malas pasiones, decide la justicia. Nadie podrá dudar que el triunfo estará de nuestro lado”.

***Simón Bolívar,
Mompós, diciembre 28 de 1812***

"El solo brillo de vuestras armas invictas, hará desaparecer en los campos de Venezuela, las bandas españolas, como se disipan las tinieblas delante de los rayos del sol"

Simón Bolívar: A los soldados del ejército de Cartagena y de la Unión. San Antonio de Venezuela, 1º de marzo de 1813